



# LA MONTES

*Ebel Barat*

HomoSapiens  
EDICIONES

# La Montes



Ebel Barat

# *La Montes*



Barat, Ebel  
La Montes.  
- 1a ed. - Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2016.  
224 p.; 22x15 cm.

ISBN 978-950-808-....-...

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.  
CDD A863

© 2016 · **Homo Sapiens Ediciones**

Sarmiento 825 (S2000CMM) Rosario | Santa Fe | Argentina

Tel. 54 341 4406892 | 4253852

**E-mail:** editorial@homosapiens.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN 978-950-808-....-...

Este libro se terminó de imprimir en julio de 2016

en **Talleres Gráficos Fervil S.R.L.** | Santa Fe 3316 | Tel. 0341 4372505

Email: fervil srl@arnetbiz.com.ar | 2000 Rosario | Santa Fe | Argentina

*“Una crónica del desencuentro llamado Argentina”*



El hombre ha conocido el bosque. Un bosque caliente y húmedo. A esa hora le parece extraño que no esté sudando. El descubrimiento no le gusta. No sabe que no le gusta, lo siente. Presta atención a sus latidos y alcanza a percibir el retumbe apagado. Allí está su corazón, respondiendo como de costumbre. Levanta la vista para controlar el lugar. Pero las cosas le parecen lejanas. Las cosas están casi todas lejos, y las pocas que están cerca son pequeñas y sin importancia. Apenas algunos arbus-tos y árboles débiles, como si siempre hubieran tenido hambre. Se mira las manos y el barro adherido se le ha blanqueado. No es como el del bosque que se las deja rojas.

Jamás vio una extensión tan grande de bañados y de canuti-lares. Piensa que los canutillos simulan una ingenuidad que no tienen, porque si no, no esconderían la mitad de su cuerpo bajo el agua. El agua esconde cosas debajo de su superficie plana y abierta. Aunque parezca plateada, es marrón y no deja ver sus pies sobre el limo que se aplasta con su peso cuando cruza desde un albardón a un sendero, enfrente.

Ha caminado muchas horas por las lenguas pobres de tierra donde todas las cosas están lejos.

Ve el pacá. No es igual pero sabe enseguida que es un pacá, y vuelve a preguntarse por qué el pacá no sirve para comer, o casi. Cuando el animal repite una carrera oblicua que él conoce, el hombre sonrío. Hay algo alegre en el huidizo pájaro de largas patas y andar enhiesto. Tal vez alguna compañía en ese paisaje



lánguido que parece a punto de enfermarse. El pacá cruza a la carrera como saludando, como diciendo estoy aquí, este también es mi lugar.

Está cansado, quisiera llegar a tierra firme. A la tierra donde debería haber más cosas, a una tierra que sirva para refugiarse.

Siente que baja, es decir, que tiene la sensación de estar bajando, de que va a caer en un lugar cóncavo y adverso; un lugar donde habrá, aún, menos cosas. Tal vez imagina algo parecido al desierto, pero nunca lo ha visto.

Y jamás lo verá.

Verá, sí, cosas muy extrañas, cosas que le quitarán la tranquilidad, aún más que ahora.

Hace casi un día que se ha comido los últimos piñones y la miel. Sintió alivio al comer lo que le quedaba de miel. No quería llevar más el cuenco. Le resultaba incómodo para andar. Pero sabe que es un alivio peligroso porque ahora está obligado a obtener algo. El pacá no sirve, pero podría servir si no consigue otra cosa.

Se lleva agua a la boca con la mano. Es viscosa, como la piel de una víbora, piensa, y más dulce que en el bosque, más dulce que en la rivera de su río, desde donde el agua se precipita hacia el abismo, gruesa, desplomada, casi sólida.

Quiere llegar a tierra firme, a un lugar menos abierto donde pasar la noche. Hace demasiado que no se echa a dormir y lo necesita.

Sabe que a esa hora debería estar transpirando y que no resta mucho tiempo para que se termine el día. De nuevo se detiene en sus latidos y la sensación en los pies y las piernas.

A lo lejos le parece ver algo.

Una tierra más alta, un talud.

Se da cuenta de que debe llegar hasta allí. Debe subir porque ha bajado mucho y tiene miedo de que las cosas escaseen más y más.

Acelera el paso siguiendo una lengua de tierra clara, como si estuviera débil, como si le faltara sangre.

Piensa que tal vez la sangre de los animales sea del mismo color que la de esa tierra, y por eso son flacos y pocos, como los árboles.

En la tierra alta debería ser diferente.

No estaba tan cerca como parece, y tiene que caminar despacio y ser paciente. Debe llegar antes de que termine el día.

Gira la cabeza hacia su izquierda y la ve.

Ve el brillo marrón entre las hojas y las raíces del camalote. Ve su cuerpo gordo y siniestro.

Se detiene al instante para reflexionar a toda velocidad, mientras el recuerdo de su mujer muerta entre sus brazos cruza por debajo del pensamiento. Reflexiona, respirando apenas, como cuando caza en el bosque.

Ve la víbora extendida sobre la planta.

No está para picar.

Pero hay que tener cuidado, no la conozco, se dice. Es casi igual, pero esta es más gorda.

Se aleja lo suficiente y aprieta los párpados.

Es un acto de la voluntad que le permite algunas lágrimas. Es bueno tener lástima.

Lástima de sí mismo, lejos del bosque y de su gente, lejos de algún amigo.

Después abre los ojos, se seca las lágrimas con la mano e inspira con fuerza para darse ánimo. Tengo que llegar hoy a esa tierra alta, allí tiene que haber más cosas, las cosas que conozco, algo mejor, se dice.

Se mira los pies.

Todo está bien, salvo por el cansancio. Calcula que podrá llegar hasta el talud que ya empieza a reconocer con más nitidez.

Va paralelamente a un riacho manso, lleno de camalotes. Se pregunta qué dirían los que pudiesen verlo, allí, en medio de tanto espacio sin árboles, con tan poco sonido, mejor dicho, con un sonido largo y sin vida.

No quiere tener miedo, sabe que no le serviría de nada. Sus mejores presas las ha obtenido sin miedo. Y por eso mismo, sin hacer un gran esfuerzo, pero eso no lo piensa. Piensa que debe caminar con un paso firme y acompasado para no fatigarse.

Se siente expuesto caminando junto al riacho, entre los bañados. Cualquiera lo podría ver. Debería buscar refugio tras algún árbol o en algún pozo grande. Los árboles son débiles, mal alimentados, y todo se ve plano y vacío.

No quiere mirarse el cuerpo. Siente que está desnudo. Le gustaría taparse más y salir de esa tierra plana, donde todos lo pueden ver.

Observa su abdomen, apenas prominente, y el bulto del sexo, debajo de la falda de cuero. Le parece que está más rígido que de costumbre. Observa cómo su pecho sube y baja, y después levanta la vista.

Se detiene de golpe. Eleva la cabeza ante el brillo extendido, refulgiendo.

Hay algo extraño y muy grande, no demasiado lejos. Algo brillante como el agua de los bañados, algo que reluce haciendo reverberar el talud de tierra al que debería llegar.

Es más agua, una agua muy grande, muy grande y quieta.

Endurece las facciones, aprieta sus mandíbulas cuadradas y acelera el paso. Tiene que llegar a la tierra alta, y queda allí, detrás de esa gran agua. Tiene que pasar por toda esa extensión que corre poderosa para encontrar la tierra alta donde está su refugio.

Le parece extraño, le parece que ha pasado menos tiempo, pero el sol está a mitad del cielo.

Se ve que el agua es profunda y caudalosa. Podría intentar cruzar nadando, pero sabe que tal vez no tenga la suficiente fuerza. Mira alrededor y, apenas detrás, ve el tronco seco. No es grueso ni pesado. Quizás esté podrido, pero eso lo puede ayudar.

El hombre, que no transpira, salvo en las axilas, examina el tronco. Lo empuja con el pie, observando el espacio liberado para evitar cualquier bicho que pudiera dañarlo. Apenas unas arañas y unos insectos circulares se desperdigán en la humedad de la tierra expuesta a la luz.

Alza el tronco, que es muy liviano, y lo pone en el agua. Sabe que flotará bien, pero aun así, lo corrobora. Lo apunta hacia la tierra alta y se mete en el río situándose al costado. Lo rodea con el brazo izquierdo y comienza a bogar con el derecho. Fija un punto en la tierra alta a donde debería llegar.

Enseguida se da cuenta de que la corriente es muy fuerte, aunque la textura del agua se sienta suave.

Ve cómo el punto de referencia queda detrás. Sigue bogando. La corriente se lo lleva lejos.

Lejos significaba desconocido, y su corazón late más fuerte. Comienza a bracear con intensidad, pero enseguida se da cuenta de que ese sería su fin. Debe relajarse y tratar de ver si avanza en dirección a la tierra. No puede saberlo.

Entonces se da vuelta y confirma que la costa de la que venía se ha alejado. Va bien, resta saber cuánto tardará.

Él es un Kaingang, así le dirán con el paso del tiempo. Él es un hombre duro, hecho para la victoria, digno de las cosas que le están destinadas.

El hombre afronta el agua sin dejarse espacio para otra cosa. Quiere salvar su vida. En medio del río siente su fuerza indiferente. Siente su pequeñez y su designio de cruzar. Sabe que finalmente lo logrará, que va a pasar a través de esa energía infinita y ecuánime sin que ella se dé cuenta de nada. El hombre sabe que va a poseer al río sin que el río se dé cuenta.

El hombre llega a la costa.

Se toma unos instantes para observar hacia arriba, hasta el límite de la barranca. Después se sienta para descansar.

Toma conciencia de que tiene frío. Debería prender fuego. El fuego lo va a calentar pero también revelaría su presencia.

En realidad, quiere revelarla. Está cansado de andar, de andar solo, de ser un hombre anónimo. Cuando lo expulsaron se sintió aliviado, no tenía lugar con su gente, no tenía lugar con sus mujeres después de lo que había hecho. Él mismo quería irse, quería no estar más allí. Y caminó río abajo muchos días, viendo cómo la tierra descendía más y más, y cómo aumentaban los bañados. Contó los días por sus noches. Más de quince noches de fuego y sueño escasos.

Es hora de que encienda el fuego, un fuego que puede delatar su presencia.

Necesita eso: delatar su presencia de una vez por todas.

Arriba se ven más plantas. Plantas gordas, no tanto como en su tierra, pero gordas al fin.

Sube el talud gredoso y encuentra lo que necesita. Le parece mejor prenderlo abajo, cerca del agua y al abrigo de ese campo que se extiende tan plano como el paisaje por donde ha llegado, aunque mucho más seco y alto.

Descubre que aún le quedaban unos piñones, pero no se alegra.

Los come lentamente, mañana intentará cazar algo, o tal vez pescar en el río gigante. El día se va apagando tan callado como estuvo siempre.

El hombre deja que la fatiga se expanda por su cuerpo y se tiende de lado, sin preocuparse por el cielo. No quiere contemplar el cielo, apenas le echa un vistazo para controlar si está lo suficientemente limpio. Después se vuelve y cierra los ojos ovi-llándose sobre sí mismo.

Se duerme sobre la cama escasa y seca de paja que trajo desde arriba. Dormirá un sueño profundo, un sueño hecho de cansancio y de muchas noches en vilo. Un sueño de hombre solo entre el cielo, el agua y la tierra, gigantes e impasibles.

...

Despierta por el calor del sol que da pleno en su rostro redondo. El sol está alto, hace mucho que ha clareado. No ha sucedido nada.

Nada, y eso asegura que no hubo riesgos. Está seguro de que no ha tenido suerte, y de que el hecho de que no haya pasado nada se debe a que ese es un buen lugar.

Se observa las manos y siente hambre. Se incorpora y levanta la vista y mira hacia arriba, donde empieza la tierra plana. Todo parece mantenerse como esperaba. Después gira su cabeza hacia ambos lados para controlar el río y la costa. Después se vuelve y hace lo mismo con la barranca.

Hay algo.

Repasa el filo de tierra donde termina la barranca y se da cuenta de que la cosa no está allí. Está hacia su izquierda.

Aún no se ha parado. Vuelve a girar su cuerpo apoyando las manos en la tierra y levantando sus caderas y la ve, quieta, observándolo, a una distancia prudente. A una distancia que asegura el contacto.

No sabe qué hacer. Se queda expectante. Ve a la mujer. Es casi igual, tiene que serlo.

Ella tampoco se mueve. Él baja su cabeza y vuelve a levantarla. La mira.

Es casi igual. Casi igual.

No debe incorporarse, lo sabe. Se queda sentado, acechando. Tiempo después se preguntará a qué se debió que supo quedarse

sentado, a qué se debió que supo lo que tenía que hacer. No encontrará la respuesta, pero la entreverá.

Ella sigue mirándolo, sin apuro. Sin esperar nada. Él gira su cabeza en dirección al agua tan grande, y se vuelve de nuevo hacia ella.

Ella levanta los párpados.

El hombre dirige la vista hacia el río y reflexiona con la claridad de un niño. Es apenas un instante.

Un instante de una nitidez que ha olvidado en esos quince días de caminata hacia abajo, hacia la tristeza de una tierra que languidecía húmeda y yaciente.

Una nitidez que suele tener cuando sabe que la presa está acorralada y que ya no media nada entre su movimiento y la consecución de la presa.

Es esa misma seguridad, la seguridad de estar viendo lo que acontece, la secuencia instantánea de la presa acorralada y los ojos muertos.

Los ojos muertos de esa presa que ya le pertenece por destino.

Pero sigue en la misma posición. De alguna manera sabe que tiene que quedarse allí.

Gira otra vez la cabeza hacia ella y se señala la boca con la mano derecha, sin levantarse del suelo, dos veces.

Los ojos de ella se redondean. El hombre ve algo en los ojos.

La mujer de ojos redondeados, baja sus párpados, y levanta su mano enseñándole su palma.

Lo hace también dos veces. Se aleja un poco. Se vuelve a mirarlo y repite el gesto. Después se retira a paso firme.

Él la contempla. Se pregunta por qué lleva tanto abrigo, por qué se ha echado tantas cosas encima.

Nunca ha visto ojos así.

Sin embargo, el color le es familiar.

Se da cuenta de que no ha visto ese color en una persona, pero sí en ciertos pájaros del río, ese mismo color marrón claro.

Los ojos que exigen algo sin pedirlo son del mismo color que el de los iris de los pájaros del agua.

El hombre sabe que debe quedarse allí. Piensa si podrá conseguir las ramas y las hojas que necesita para taparse de la lluvia y del frío.

Se pregunta si debajo de tanta vestidura, ella es igual a lo que conocía.

Puede imaginárselo, y está casi seguro de que ella debe ser, completamente, como se imagina.

Sabe que ya no quedan piñones, y que debe conseguir comida. Mira su lanza de hueso y piensa que lo mejor es buscar algún agua más tranquila donde conseguir peces.

Saldrá a explorar para ver si encuentra un sitio así, y para ver qué madera y qué paja puede conseguir para su choza. De algún modo sabe que debe quedarse.

Es lo que siente después de no ver a nadie durante los días en que siguió río abajo hasta las tierras planas y los bañados.

Experimenta una suerte de certeza de que no tendrá que matar, salvo a los animales que le están destinados para comer. Se pregunta si ella también le está destinada.

También sabe que va a volver.

Se incorpora y empieza a caminar junto al río turbulento y oloroso. Mira hacia arriba, hacia el talud donde estaban los árboles. Va a revisar esas tierras, tal vez, luego, busque dónde obtener peces. Más tarde retornará al lugar donde ha pasado la noche.

...





Había viajado de buena manera, con los cuidados que recibían las muchachas de su clase.

Fue un viaje alegre, con una docena de doncellas que llegaban a ver a sus familiares y a casarse.

Cuando hablaban de eso, ella ponía el mismo énfasis que las demás, intervenía en las conversaciones, hacía chistes y gesticulaba elevando sus manos como sorprendida por todo.

Pero no comprendía ese entusiasmo.

En el fondo se sentía dichosa de no tener asignado un marido de las colonias. Iba como algunas pocas, sin haber arreglado un matrimonio, a encontrar a alguien de su clase para casarse.

Había tratado de acostumbrarse a la vida en el barco, compartiendo la cabina con las otras muchachas. Al principio, le pareció parte de la aventura, pero después de que la flota se detuviera en La Gomera, los días comenzaron a hacerse largos.

Iba en la almiranta y trataba de disfrutar del sol y del avance de la flota protegida por los cuatro galeones en donde viajarían los silenciosos marineros ocupados de defenderlos.

Solía bajar del castillo de proa y colocarse cerca de la mesana entre dos culebrinas, a contemplar la inmensidad del mar y el poder del barco sobre el agua, atravesándola y empujándola hacia atrás por las bordas. Se preguntaba cómo serían las bocas de las culebrinas y los cañones escupiendo fuego, fragor y humo, y cómo sería la sangre y la muerte de los hombres expuestos a tanta fuerza.

Pensaba en la fuerza de ella, en la fuerza de los hombres, comparada con la otra que los mismos hombres sabían provocar y conducir. La fuerza necesaria para torcer semejantes maderos de roble, para erigir los mástiles de pino que crujían al sol, para llenar de hierro u oro esos gigantes dóciles que rompían el agua y que eran capaces de colgarse del viento para llegar a las Indias o dar la vuelta al mundo.

Le resultaba misterioso. Ese asombro cotidiano, esa sensación de ir a ningún lugar, haciendo cada día las cosas que había que hacer, representando la normalidad humana metida en algo tan anormal como un gigante conducido por la miniatura inteligente de los hombres.

Le gustaba eso, la impunidad de la inteligencia. La falta de límites para idear que ejercían los hombres como si fuera un juego. Y en verdad que lo era, porque estaba segura de que muy pocos se preguntarían qué es lo que estaban haciendo.

Se enojaba sordamente con las otras mujeres que parecían seguir ese juego como espectadoras que esperan a ser invitadas, y que también esperan que les guste el juego al que las invitaron.

Esperar se convertiría en una palabra pesada. No como el galeón, tan grande como las naos y tan rápido como las carabelas, según le había explicado el almirante durante los días de La Gomera.

Ella observaba la solvencia del hombre expresando sus conocimientos como si le estuviera transfiriendo algo invaluable y, mientras tanto, se preguntaba si tenía que mostrarse interesada o sorprendida.

Nada de eso.

Lo que le preocupaba eran los papeles. El papel del hombre que juega con lo que es, es decir, la acción. El hombre tratando de seducirla y el de la mujer que observa y que no ve nada de lo que el hombre quiere describir, que ni siquiera le importa demasiado.

Por eso viajaba, no por consagrarse a un hombre –a éste menos, por cierto– que tal vez estaría esperándola en las tierras lejanas, sino para dejar de quedarse quieta, de esperar; esa palabra que significaría tanto para ella y para muchos de los que iba a conocer.

Casi cada tarde bajaba a donde estaba el palo de mesana y se colocaba bajo la custodia de las dos culebrinas para contemplar el océano y para volver sobre estas reflexiones que la llevaban siempre al mismo punto, un punto desde donde se abría un panorama incierto y vacío como el mismo mar, allí, delante de la flota.

Tal vez fue eso. O quizás su menuda figura, sus facciones angulosas, su actitud decidida o el filo de su mirada distante. Tal vez, su modo de retirarse a contemplar el mar sin prestar atención a la faena en el barco.

Rodrigo Balbuena no le habló nunca, ni siquiera cuando se entablaban conversaciones de grupo con los otros oficiales.

Rodrigo Balbuena la fue eligiendo de a poco, mientras se ocupaba de las jarcias en proa. Y comenzó a acecharla así, como a alguien que se ha elegido despacio.

Había visto desde el primer día, su modo de bajar las escaleras del puente para separarse del resto y acercarse a la borda para mirar el mar, allí, metida entre los hombres que iban y venían. Había notado que no era tímida, y que solo muy de vez en cuando observaba los trabajos como si los conociese, como si ella misma fuera marinera, o tal vez hija de algún marinero.

El tercer día, con viento de popa, tuvo tiempo de espiarla y de darse cuenta de que no podía ser el único que le prestaba atención.

Pero podía esperar. Había aprendido. Era la tercera vez que cruzaba el gran océano y sabía, con la memoria que da la experiencia, que todo llega, tarde o temprano.

Rodrigo Balbuena la esperó hasta que, levantando su cabeza, se encontró con el filo de la mirada de la muchacha y pudo ver el relumbre un instante bajo el mediodía de sol y brisa, cuando los pájaros se mantenían colgados del azul, sobre la nave.

Es un relumbre inconfundible, se dijo Balbuena, y la señaló con su mano, extrañamente delicada y segura. Ella lo comprendería perfectamente.

Lo que no comprendería Rodrigo Balbuena, después de dos jornadas completas, fue por qué ella no había vuelto a mirarlo, aún a pesar de que él insistía con el peso de sus ojos

a los que ella sabía quitarle toda la energía con sus gestos y su actitud.

Ella lo había mirado bajo el sol radiante, lo había mirado como mira una mujer que desea. Y no tenía asignado marido. Pero no había vuelto a hacerlo.

Pasaron siete días desde ese momento efímero. Días en que Balbuena salía a buscarla, a enfrentarse de nuevo con ella, y que pasaban iguales que el anterior, como si esa mujer hubiera dejado de existir, como si fuera otra que nunca hubiera cruzado una mirada con él.

Balbuena llegó a soñar con ella, a besarla en su sueño, a conseguir lo que quería. Sin embargo, en el sueño había algo oscuro, grave, que alejaba la alegría del encuentro.

No puede ser, se dijo Rodrigo Balbuena, y comenzó a jalar del cabo con fuerza excesiva mientras el capitán lo observaba desde el puente. No era su trabajo, pero tenía que hacer algo.

Ese día, la tarde se demoró en llegar más que nunca.

En esa tarde, que se demoró en llegar, poco antes de la cena, la vio sola, entre sus dos culebrinas, apoyada en la borda vuelta hacia el mar, cuando empezaba a oscurecer.

Bajó sigilosamente de la cubierta de popa. Miró hacia el puente y apenas se distinguían las figuras de los marineros. No había nadie cerca.

Sintió que esa era su oportunidad y se le aceleró el corazón, como se acelera en el momento ciego en que las cosas están pasando, en el momento en que no se piensa en las cosas. No era posible, él se acordaba muy bien de cómo le había devuelto la mirada y ella era para él.

Respiraba pesadamente. No podía evitar esa respiración.

Rodrigo Balbuena, marinero con experiencia y respetado, sin pensar, estiró los brazos, detrás de ella. Los estiró sin saber que era para abrazarla por la espalda, para inmovilizarla, para retenerla.

Para poseerla de una buena vez.

Pero Rodrigo Balbuena no asió nada.

No hubo nada que agarrar.

Ella había girado ciento ochenta grados agachándose con un golpe de cintura y se había incorporado de nuevo al final

del giro para clavarle la cólera de sus ojos claros, como una víbora.

Lo que no clavó en su cuello fue la punta del estilete que su padre le trajera alguna vez de Venecia.

En cambio, lo apoyó con tal suavidad que Rodrigo Balbuena tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba allí, listo para hundirse en su garganta.

Rodrigo Balbuena no se atrevió a hablar. Supo que la diferencia entre que el estilete se mantuviera suavemente inmóvil o le atravesase el cuello era insignificante. Se retiró hacia atrás mientras el brazo de ella, su brazo izquierdo, se estiraba manteniendo la punta apoyada en el pescuezo de él, pero sin mover sus pies.

Rodrigo Balbuena se separó del estilete y dio media vuelta. Sintió el alivio de alejarse.

Pensó que la odiaba, que la odiaría sin remedio. Dos días después se daría cuenta de que, en verdad, había empezado a odiarse a sí mismo.

...



Ella no tenía asignado un hombre, un noble para cuando llegase. Ella no tenía que encontrarse con nadie, salvo con su padre.

Seguramente su padre ya habría considerado a alguien. Sin embargo, en sus cartas no mencionaba nada al respecto.

Quieta, un mes antes de partir, frente a los malvones de su ventana, se había preguntado, aún se lo preguntaba, cómo sería esa tierra que tenía a todo el mundo alborotado. Esa tierra de la que llegaban noticias extraordinarias, a veces maravillosas, tantas veces terribles.

No tenía nada que hacer en la ciudad de la que salían y entraban los navíos, unos detrás de otros al llegar las flotas, y sonaban las salvas desde el Baratillo, llenando de alegría a la gente y en especial a los mercaderes, que suspiraban aliviados viendo que sus inversiones no se habían perdido. No tenía nada que hacer en la ciudad y en el reino, ávidos del oro y la plata que esperaban todos como buitres para que circulara la moneda y para que la Casa de los Reyes pudiera seguir con sus ejércitos.

No se conformaba con contemplar las faenas en El Arenal que hacían circular gente, novedades fabulosas y mercancías. Quería saber. Quería ver. No que le contaran lo que pasaba detrás de los mares, donde llegaban los hombres, donde había llegado su padre.

Ella no tenía nada que hacer allí, juiciosa, vestida con el decoro que le exigía su condición, contemplando de nuevo los



malvones, con tan pocos hombres, con las horas perfectamente ordenadas, y con la tía. Esa vieja amarga que se empeñaba en hacerle de madre.

Llovía apenas. Lluvia necesaria para la tierra caliente.

Agua de mayo, se dijo, e imaginó el gran río y una tierra inmensa sin sembrar, y los bosques y las vacas que vivían sin dueños entre los pastizales tiernos.

Todo era áspero y luminoso en su imaginación. Tenía que verlo con sus propios ojos. Los ojos que habían empezado a odiar al malvón que soltaba la fragancia de su savia a las gotas de la lluvia de mayo.

Y ahí, en las tierras gigantescas, se quedaban los hombres, allí estaban los hombres que salían a buscar un horizonte. Como su padre.

Él estaba de acuerdo, ella podía venir. Él le había dicho que allí había un futuro, y se había preguntado, en la misma carta, dónde no lo hay.

Pero vente que aquí te encontraré marido, y sobran las privaciones y los trabajos, salvo cuando llueve una semana seguida y el lodo cubre cuanta cosa existe.

No entendía del todo el humor de su padre, ese humor que solapaba el desprecio de su padre por las cosas. No entendía bien su modo de hablar que se mofaba de cualquier logro, en especial, los propios. Y eso de encontrarle marido le sonaba lejano, tal vez irreal, una frase más de una carta en la que no creía demasiado. Era la justificación frente a su padre, frente a la sociedad que había empezado a reparar en ella como en un ser extraño, que había comenzado a juzgar su comportamiento, a situar a la muchacha a las puertas del trabajo de la inquisición.

Ya habían tenido bastante con su padre. Pero él no se había ido por eso. Él, como siempre, lo había hecho por su deseo.

Soy un desastre, le dijo muchas veces, y a ella eso le hacía mal. No te denigres más padre, por favor. Y él asumía una actitud refractaria, inescrutable.

Ya no. Ya no se dejaba amargar por los dichos de su padre. Sabía que sus logros siempre eran mejores de lo que él expresaba y que él jamás estaría conforme consigo mismo.

No se dejaba influenciar por esa amargura. Ella no iba a esa tierra por eso, iba para ver qué pasaba allí, donde todo era posible, donde la vida y la muerte jugaban con las mismas armas.

Qué podía saber ese malvón encendido e idiota en una ventana donde todo pretendía estar acomodado en su lugar.

Su padre le había dicho que podía ir. Era extraño.

Esas eran tierras tranquilas, tierras de pocos indios, donde ahora no había guerra, salvo entre los propios indios, según él.

Qué significaba tranquilas, se preguntó, cuando dicen que se puede cabalgar horas y horas en un mar de tierra y gramillas tiernas, un mar sólido, plano y vacío, donde brillan luces espectrales de noche.

Qué significaba tranquilas cuando hay tanta gente que no vuelve más, cuando tantos enferman, cuando pierden su dentadura o llegan al cabo de los años, con un brazo o una pierna menos. Como Garay, que se cansó de ir y venir fundando y refundando ciudades para terminar rindiendo su nobleza y su poder a manos de un lanzazo.

Qué significaba tierras tranquilas, cuando allí también se repartían títulos y propiedades sin parar, como si fueran de verdad.

Qué es verdad, se preguntaba, frente al malvón.

Es verdad, acaso, lo que dice el rey o lo que dice el cura cuando habla con esa voz que no es su voz. Con esa voz que le infundía respeto de niña pero que ya no se lo infunde más.

Es verdad lo que su padre dice que hace.

No. La verdad es siempre otra cosa. Probablemente allí, tras el océano, haya más de eso.

Lucía Montes era una mujer más bien pequeña y movediza que amaba los puñales. Había quedado huérfana de niña. No recordaba a su madre ni tampoco a la nodriza que se ocupó de ella junto a su primo. No preguntaba por su madre, pero ponía atención cuando hablaban de ella. Había sido rubia. Lucía Montes, en cambio, era morena pero su cabello viraba hacia el rojizo cuando lo iluminaba el sol o al estar muy cerca de una lámpara. No había heredado ni el cabello rubio de su madre ni los ojos azules de su padre.

Caminaba velozmente, y sus movimientos eran ligeros. Parecía una mujer espigada, pero era baja, apenas medía más del metro y medio. Y desde su menudo porte, sus ojos de color marrón claro observaban con avidez. Sabía montar, montar bien, pero no entendía a los caballos. No entendía semejante nervio, semejante belleza debajo del yugo de un hombre, debajo del yugo de una mujer. A Lucía Montes le hubiera gustado que los caballos tuvieran el carácter de los toros, esos animales feos y dolorosos que sabían afrontar con sangre lo que tuvieran delante.

Su padre había tardado mucho tiempo en comprenderla.

Con los pocos hombres que frecuentaba en la ciudad, había mantenido la distancia. Él se había dado cuenta de que no era donaire, era juicio y lejanía. Y desprecio, muchas veces. Era su modo de ser libre, de creer en lo que veía y no en lo que le enseñaban.

Sabía leer y sabía empuñar el florete y la daga. Y sabía que tarde o temprano los iba a usar. Porque conocer su manejo no era utilizarla. Tenía bien en claro cuál era la finalidad de esa arma. Siempre supo que debía defenderse sola.

...

No se había preocupado por la insistencia de aquel hombre. Estaba abstraída por otras cosas, como contemplar la escolta de los barcos de la flota surcando un agua que había imaginado y que era aún más grande que en su imaginación.

Admiraba el inclinarse de los navíos cuando el viento soplaba sostenido. Se preguntaba qué fuerza los llevaba así, apenas escorados y haciendo surcos perfectamente rectos, todos en la misma dirección.

Era la voluntad.

La voluntad de todos esos hombres, una única voluntad en armonía que los lanzaba hacia un lugar que parecía cierto, que debía ser cierto, porque de no ser así, mal podrían estos barcos correr tan decididos, con tanta dicha bajo la luz del mediodía.

También admiraba el silencio de los hombres en esos momentos. El silencio, fruto de la seguridad de que todo iba como debía ser. Los hombres se movían poco, con precisión, y ella podía percibir cómo se les renovaba la sangre, cómo los festejaba el viento.

Fue por eso que se volvió a mirarlo. Estaba fuera de lugar. Era una nota disonante en la melodía plácida del espacio. Era algo rústico bajo las ordenadas plateaduras de las gaviotas en lo alto y de las gotas que se asomaban a la borda. Lo contempló perpleja cuando el marinero le apuntó con su índice extrañamente delicado, cuando sostuvo su mano, que se veía extrañamente limpia, blanqueada y señalándola. Entendió lo que el hombre

quería. Lo que no alcanzaba a comprender del todo era la certidumbre del marinero, y que además se dirigiera a ella, justo a ella. Lucía Montes se quedó quieta, inquiriéndolo.

Lucía Montes no odió a Rodrigo Balbuena. Apenas le dio lástima, pero, aun así, no volvería a mirarlo más.

...

Al fin llegó, fue un viaje en carreta de una semana, mugriento. La pequeña caravana siguió una huella que apenas asomaba entre una grama verde y brillante como nunca había visto, salvo, tal vez, después de alguna lluvia de primavera. Sin embargo, se levantaba polvo en los tramos donde aparecía la tierra seca.

Los hombres iban casi todos a caballo, menos los que conducían las carretas. Más de una vez se asomó el gran río, no tan ancho como el otro, el Río de la Plata, infinito como el mar, pero sucio y dulce. Este era, definitivamente, un río crecido hasta la fantasía. Cuando se lo señaló el hombre al mando, reprimió su sentimiento y no dijo nada.

Fue allí y no en el océano, que sintió por primera vez la náusea del espacio, el manto acre del vacío, la posibilidad de estar definitivamente sola.

En el mar, casi siempre, estuvo en compañía, más que de las personas, de las otras embarcaciones de la flota, que, como un grupo de niños, iban a la carrera hacia donde creían que los esperaba la dicha.

Este río, en cambio, le pareció un fenómeno, algo ajeno e implacable.

Quiso pensar en la llegada, en el lugar donde, por fin, podría detenerse. Decidió que eso sería mejor, porque allí estaba su padre y el sentido de su trabajo que ella tendría que descubrir. La realidad de lo exótico no la maravillaba, al contrario, parecía rechazarla. No era bienvenida.

Al contemplar el caserío, precario y opaco, selló su pensamiento. No había nada agradable en esas viviendas mustias prematuramente, un poco enclenques, asediadas por la maleza. Habría una veintena de casas dentro del cercado, la mayoría de adobe y madera, salvo la de su padre, que tenía tres habitaciones de concreto. Todas estaban alrededor de un espacio cuadrado y libre, a modo de plaza.

El establo de las herramientas se levantaba junto al corral de los caballos, sobre uno de los lados. Las armas estaban en el depósito contiguo a la casa de su padre, que dirigía la colonia.

Era el comienzo del diseño de un cuadrado latino que, hasta el momento, apenas parecía una estrella de centro cuadrangular y rayos truncados.

Todos se percataron de su llegada pero siguieron con sus quehaceres. No era natural. Ella podía percibirlo y después supo que procedían así porque esperaban al capitán Montes. Y porque no sabrían qué hacer. Ese lugar los había alejado de todo, incluso de los hábitos. Todo respondería a un nuevo código, a una manera diferente de organizarse que no estaba establecida de ningún modo.

Lucía Montes apuró el trago y, frente a las puertas de lo que iba a ser su casa, decidió ponerse en acción ante la actitud expectante de la mujer que había ido a esperarla y de la del muchacho que la acompañaba. Se movió rápidamente, con la presteza necesaria para estar absorta en la tarea de instalarse. Por ahora necesitaba aturdirse, un poco, nada más.

Su padre aún no llegaba. Había salido a registrar los alrededores y no tardaría, según Francisca, el ama que la recibió. Era una mujer grande y silenciosa y muy blanca que, junto al muchacho de rasgos como los que alguna vez había visto y que, desde ahora, vería más, se ocupó del equipaje y le enseñó el cuarto donde dormiría.

Señorita Montes, voy a prepararle un té, tenemos, vete Bernardo, dijo y se metió a la cocina. Era lo mejor, pensó Lucía. La mujer entiende.

Poco después estaban las dos frente a sus tazas humeantes en la penumbra del salón para esperar al capitán Montes.

¿Cómo ha sido su viaje, señorita Lucía?

La mujer supo pronunciar su nombre. Le sonó justo. Muy diferente de lo que solía salir de los labios de la gente en Sevilla.

Su padre entró con gran suavidad, casi sigiloso. Reconoció su modo de moverse de inmediato. Él se detuvo y, en el salón que hacía las veces de escritorio y comedor, la observó largos segundos, como lo había hecho siempre.

Ella permaneció callada, con la mirada en él.

Montes se acercó para tomarla por ambas manos y volvió a inquirirla con sus ojos azules.

Lo de siempre, allí está él, siempre él, se dijo Lucía Montes.

Bienvenida, hija. ¿Has viajado bien?

El saludo de su padre le parece casi una formalidad. Se da cuenta de que entre ellos no cabe otra manera de hacerlo. Hace el silencio suficiente como para que, lo que ocurre, quede claro.

Sí, pero no me ha gustado el viaje por tierra, se me ha hecho más largo que la navegación.

Es normal pero, sin duda, es mucho más largo el primero. Lo que sucede es que cuando el tiempo acompaña es hasta plácido, ¿no crees?

Sí, el mar estuvo casi siempre calmo, y salvo los primeros días, donde hubo una buena vomitona entre las mujeres, me he sentido bien.

El capitán Montes reflexiona sobre las palabras de su hija.

¿Cómo se ha comportado la tripulación, digo, cómo se han comportado los hombres?

Bien, padre.

¿Seguro?

Han sido muy respetuosos, en especial un marinero de experiencia.

¿Ah sí?, Montes se extraña de la afirmación de su hija.

Le agrada lo que escucha.

¿Quién es ese marinero?

Rodrigo Balbuena.

Tal vez he oído de él, no lo recuerdo. ¿El capitán?

No he tenido trato con él.



¿Has hecho amistad con tus compañeras de viaje?  
Lucía Montes no quiere seguir el curso del diálogo.  
No. Y tú, padre, ¿cómo has estado?  
Ya ves, bien, bien... Esforzando el cuerpo y el alma por estos lugares.

Te ves bien, sano, y luminoso.

¿Luminoso?

Sí, luminoso, ásperamente luminoso.

Mi aspereza habla de mis errores.

Lucía Montes se disgusta. Siempre será igual. Este hombre ha de realzar el lado flaco de las cosas, piensa confirmando que la colonia no ha cambiado su manera de ser y que, tal vez, la ha acentuado.

Lo sé.

Habría que ver qué es lo que crees que sabes, Lucía. Hay que ser prudente.

No sé si tú lo eres.

He tratado dentro de mis posibilidades.

Que son muchas, padre.

Perdona que lo ponga en duda.

Pues sí, ya sé. Dime, ¿cómo andan las cosas por aquí?

Esto es un lugar informe. Acabas de llegar un sitio que aún no es, un sitio que deberá ser por nosotros.

Que deberá ser por nosotros...

Y eso es un trabajo imposible.

El capitán Montes tuerce la mirada hacia abajo después de haber querido armar una sonrisa, Luego cambia el tono, y ensaya su optimismo difícil. Se siente un poco imbécil.

No hay muchas comodidades, pero nos arreglamos. Puedes darte un baño, agua es lo que sobra, aunque no tiene la transparencia del agua española.

Ella ha visto el gesto en la boca de su padre. Y piensa que ese hombre no ha dejado lugar en su alma para amar a alguien. Lo que le conocía, definitivamente, se ha acentuado.

Él vuelve a tomarle las manos y ella le permite que se las sostenga hasta soltárselas, y nada más que eso.

Allí está ella.

Lucía Montes nunca piensa que podría estar equivocada, en todo caso, siente que si hay error, no es de su responsabilidad, está escrito. Como el viaje increíble que ha tenido que hacer desde el puerto donde se apiña un horizonte de veleros gigantes, aún mucho más grandes que el San José, en el que ha llegado.

Enarbola la afilada ferocidad de sus ojos casi con la misma luz con que ha herido al pobre marinero.

Su padre la conoce.

No le teme. Ella es así, y está seguro de que, si hay tiempo, la verá reírse como solo ella es capaz, hermosa y brutalmente.

...



Lucía Montes tardó muy poco en darse cuenta de cómo se vivía en la población, entre el sol caliente y húmedo y la lluvia larga e implacable, entre la preocupación por la salud, por la comida y el desvelo en buscar y producir, sin saber muy bien qué cosas.

Pero también sabía que tenía que haber mucho más tras la empalizada, y aún tras la distancia vacía y plana, tras el río gigante como una serpiente marina, la simpleza del horizonte desnudo y el silencio de la noche bajo las empañadas estrellas. Tras el tristísimo silencio del día que quitaba las fuerzas a la gente. Esa gente que empezaba a callarse como parecía callarse todo.

A poco de instalarse tomó el hábito de salir del círculo exiguo y frágil de la población, por la pequeña portezuela que abría y que dejaba a cargo de Bernardo para que la cerrara. Eran excursiones que la detenían sobre infinidad de cosas extraordinariamente pequeñas en medio del espacio abierto. Intentaba entender qué pasaba con los pastos, qué parentesco había con las hierbas de su tierra, cómo eran, y por qué, los insectos que descubría.

Podía ver las similitudes y establecer las diferencias. Era verdad, se decía, aquí las cosas parecen estar a medio hacer, o recién terminadas, pero sin el acabado de las de España.

Era una tierra en gestación, una tierra que tenía una identidad difusa, un carácter que no daba en manifestarse. Y hemos llegado, reflexionaba, tal vez para que logre un aspecto definido, para darle un nombre. Un nombre tan difícil de encontrar que se tendrá que recurrir a lo más simple, o a las ilusiones.

Los nombres son ilusiones, aproximaciones a la poesía, proyectos y amores que no han de cumplirse, salvo en la excepción. Tal vez, por eso le han puesto Argentino a este río, que es mucho más marrón que plateado y mucho menos latino que castizo. Debería llamarse Río Marrón y o Río Plateado Por Obra de Encantamiento.

Lucía Montes solía sonreír al pensar que a los lugareños comenzaban a decirles argentinos. Se preguntaba qué clase de brillo les habrían visto a los hombres y las mujeres que vivían en un pueblo opaco hasta la plétora donde el silencio parecía enseñorearse.

Algunas veces seguía la costa río abajo, pero en lugar de sentirse acompañada por el agua, estaba alerta, como si tuviera que controlar lo que sucedía a su izquierda donde el agua se desencadenaba hambrienta.

Esperemos que no tenga hambre de gente y menos de algún Montes, se había dicho una vez, y volvía a decírselo siempre que seguía la costa.

No es como el Guadalquivir, pensaba, por donde trafican los barcos, aún a pesar del riesgo de la barra de arena de Sanlúcar y de las tantas marismas. El Guadalquivir es un río que conoce gente, al que le gusta departir con los hombres y las mujeres. Y su rívera invita a que la acompañen, incluso a subirse a tanto bajel que pasa en uno y otro sentido.

Este no reconoce a nadie, es solitario, salvaje e indómito.

Aquel día se alejó más de la cuenta. Y hubiera seguido si no lo hubiera visto.

El bulto en la costa, debajo de la barranca.

Vio al hombre. Era, sin duda, un hombre. Estaba desnudo. Era un hombre extraño, más aún que Bernardo, de cabeza grande, de rasgos redondeados y, sin embargo, muy nítidos.

Pensó que debería pensar en avisarle a su padre. No haría nada de eso.

Lucía Montes, como siempre, se tomaría su tiempo. Como siempre quería saber. Y a saber tenía que aprender sola, sin nadie para aturdira, para cambiar las cosas de lugar.

El hombre yacía sobre unos matojos secos, como si estuviera herido bajo el sol que empezaba a calentar. Su cuerpo brillaba

oscuro. Un cuerpo extraño, joven y viejo, femenino y masculino a la vez.

¿Cuánto de animal había en ese hombre?

Mucho, se dijo. Tal vez algo de tigre, tal vez algo de caballo.

Como solía hacer cuando cruzaba una calle oscura de Triana, palpó el estilete mientras observaba. El hombre, tarde o temprano, tendría que sentir su presencia.

Y la sintió.

Comenzó a moverse, como si recién empezara a ingresar en el día. Era media mañana.

Se incorporó y observó hacia arriba, hacia el borde de la barranca. Se mantuvo inmóvil un instante. Después giró sobre sí mismo y detuvo su mirada sobre ella. Sus movimientos eran calmos.

Una mirada de lagartija, se dijo Lucía.

Sintió que aún no había peligro. Ella lo observó, era mujer, sabía obligar a la iniciativa masculina, si lo quisiese.

No tenía miedo, solo expectación. Estaba segura de que no pasaría nada desagradable, que no había peligro.

El hombre se señaló la boca dos veces.

Lucía Montes no reaccionó como solía cuando mendigaban a las puertas de la iglesia, donde una nobleza velada y púrpura proponía la beneficencia desde la riqueza.

El gesto del hombre no le provocó desprecio.

Ella solía despreciar lo de adentro y lo de afuera del templo, esa búsqueda idiota del dolor y la tristeza.

Supo lo que quería. Y lo iba a hacer.

Quería desentrañar, conocer. Era el ansia que había esperado. Sus latidos se lo hicieron comprender.

Sin haberlo reflexionado jamás, sabía que el mejor modo de comprender una tierra extraña, era desde las personas. En las personas estaba inscripta su tierra. La tierra hablaba por las personas.

Lucía Montes volvió al poblado, tardó casi dos horas bordeando el río. Era imposible perderse, aunque el paisaje se repetía como si uno estuviera siempre en el mismo lugar. Allí había experimentado la sensación de no avanzar; de dar vueltas en círculos o, en todo caso, de que no había ningún lugar a dónde ir. Ahora entendía más la resignación de su padre que había instalado algo

a dónde ir: una mísera población de veinte casetas, una economía hecha de algunas cosas que sobran obscenamente, y otras que faltaban, aún a pesar del esfuerzo y las promesas de un clima que parecía benigno. Y que, en verdad, era traicionero como una mujer con una daga.

Esbozó una sonrisa curva y larga, al tiempo que bajaba la cabeza. Era su gesto.

Se encontró con los portones abiertos. Pasaba quién era, o debería ser, el segundo a cargo, Edgardo de Villanueva.

Iba con el carro del agua tirado por dos bueyes extraordinariamente corpulentos. Lucía Montes volvió a reparar en ellos. No recordaba haber visto semejante traza en los animales de España. Se repitió que eso era de buen augurio, que eso sí servía, mucho más que la planicie y el vacío. Los toneles iban llenos del agua del río.

Sentía ganas de conversar. Lo necesitaba.

Buen día, Don Edgardo.

Buen día, señorita.

Veo que lleva el tonel completo, será turbia, sin duda, y habrá que dejarla reposar bastante.

No, esta es para riego, para la huerta.

La huerta. Tengo que ir más. ¿Cómo está la huerta?

Pues, bien, creo. Aquí los huertos prometen mucho y dan poco, o nada a veces. Siempre se recolectan nabos y cebollas, y ni hablar de zapallos. Parece que a estas tierras le gustan las cosas grandes como el zapallo, ¿no?, ¿lo ha probado?

Francisca lo usa en los cocidos.

Pues claro, qué otra cosa habría de hacer, con lo poco que tiene a mano. ¿Qué le parece?

Agradable, hay que acostumbrarse.

¿Y la patata?

Bueno, ya la conocía de Sevilla. Allí hay quien la plante. Me agrada, es mucho más suave que el nabo, pero me parece un buen complemento.

Dicen que es muy sustanciosa, que se podría vivir a patatas solamente.

Esperemos no tener que llegar a eso, Don Edgardo. Me gustaría ver la planta.

¿Pero cómo?, ¿no la conoce?

No recuerdo haberla visto. No he prestado atención.

No dicen nada, es una planta achaparrada, y sus hojas tienen pelillos cenicientos. Se dice que el fruto es venenoso.

Lo que comemos son las raíces, ¿verdad?

Sí, tiene su fruto en las raíces, como el nabo, pero globuloso, ya vio, y mucho más abundante. Cada planta puede tener varios.

Ya me las mostrará. ¿Crecen bien en estas tierras?

Sí, en general es fácil de cultivar, aunque a veces falla, quizás no tanto como otras hortalizas. Parece que todo es así con esta tierra, es más lo que se pierde que lo que se recoge, a excepción de la carne, la carne sobra.

Sí, pero es difícil de almacenar.

Hay que salvarla.

De eso se trata, de almacenar, ¿verdad, Don Edgardo?

Claro, ese es el desafío, almacenar lo más posible para enfrentar la escasez.

¿Para qué?

¿Cómo para qué?

Sí, ¿para qué almacenar tanto?

Villanueva arqueó la boca y entornó los ojos, como asintiendo. Lucía Montes no comprendió el gesto.

Pues, para organizarse, para poder programar. Lo importante es que no falten los víveres, tratamos de que el almacén esté lleno.

Mire usted.

No le entiendo, contestó Villanueva e intensificó su sonrisa.

Mi padre dice que eso no es fácil, que el almacén esté lleno, digo.

No lo es, pero vamos avanzando, para eso trabajamos. Tratamos de precavernos, de hacer previsible la vida por aquí. Hay que sobrevivir, no como en nuestras ciudades.

Lucía Montes pensó en el hombre desnudo del río. ¿Le parece que son previsible?

Por lo menos, lo son más que aquí, y nos cuesta vivir en este lugar. Cuesta acostumbrarse.

¿Qué es lo que extraña?

Muchas cosas.

Lo que más extraña.



Le diría que el olor, los olores. El olor a España, el olor a Pamplona. Y la comida, y el cante en las calles. A mi padre. ¿Y usted?

El olor, tal vez, este olor de aquí, a fruta demasiado madura no es agradable, por lo menos no por ahora.

Edgardo de Villanueva observó detenidamente a la muchacha.

Es verdad, señorita. Debo seguir, que los bueyes tienen que comer.

Siga, Don Edgardo. Hasta luego.

Lucía Montes se queda pensando en el almacén y en la necesidad de acumular. En la necesidad de precaver, de predecir. Ella sabe que esa tarde tiene mucho por delante y que no se puede permitir descanso, el día no es lo suficientemente largo.

Va hacia el almacén. Debe cruzar la plazoleta en diagonal. Espera que su padre no esté cerca. Sabe dónde está la llave.

En el almacén recoge pan, turrón y un trozo de chorizo bastante duro y mete todo en una bolsa.

Enseguida sale hacia la costa del río.

Lucía Montes camina con rapidez. Espera que nadie la haya visto pero siente que eso es imposible en una población donde los secretos se mueren como las verduras.

Va seria, ágil y menuda. Apenas se preocupa por no tropezar.

Le parece que el trayecto es más largo de lo que creía. Quiere llegar cuanto antes.

Por fin ve el lugar con las huellas que ha dejado el hombre. Se da cuenta de que ha transpirado mucho, que se ha puesto nerviosa.

Ya llegó, y tiene que hacerlo enseguida, porque la luz no es la misma, y queda poco tiempo para que comience a oscurecer. Tiene que regresar antes de que oscurezca. De pronto ha comenzado a temer la noche junto al río monstruoso.

La barranca es muy abrupta sobre el lugar donde yacía el hombre. Hay un pequeño cañadón en el que crecen arbustos o arbolitos flacos. Para bajar se ayuda con su mano, la que siempre deja libre, la izquierda.

Va tomándose de las matas y las bases de los arbustos. Sabe que volver a subir será más complicado. Lucía Montes tiene toda su musculatura en tensión y se mueve con rudeza.

Hace pie en la playa y se acerca cuidadosamente, controlando el lugar a cada paso.

Todo ha quedado como esa mañana. Huele y solo se percibe el aroma acre y dulzón del río, que no la hace estar a gusto. Mira alrededor y no ve a nadie. Se siente observada. Hay buena distancia hacia cualquier dirección. Deja el pequeño saco, y tiene certeza de que no lo está desperdiciando. Quiere retirarse lo antes posible. Está mucho más expuesta allí debajo que esta mañana, cuando observaba al hombre desde la barranca.

Lucía Montes siente el alivio de tener ambas manos libres. Las usa para tirar con todas sus fuerzas de las matas y las bases de los arbolitos. Da grandes pasos, y piensa que así se va a agotar enseguida. Pero lo que le importa es llegar hasta arriba cuanto antes, donde está el llano y el camino al pueblo.

Termina de treparse. Se incorpora y gira hacia la derecha para emprender el regreso.

Todo el tiempo supo que la acechaban.

El hombre está echado, cuán largo es, al borde de la barranca y a buena distancia, tras una mata de pasto. La ha visto dejar la bolsa y mirar.

Se da cuenta de que ella se irá enseguida.

Lucía Montes siente la presencia detrás de sí. Se vuelve con una suavidad controlada y fija su vista en el punto en el que la percibió.

El hombre está allí, ahora de pie, perpendicular al borde de la barranca. Se observan.

Él es delgado pero basto, y con rasgos que a ella le recuerdan gente llegada de las Indias, aunque hay algo distinto. Algo que se parece a los rasgos propios de la península.

El hombre no se mueve. Lucía Montes señala el hato con la comida, y saluda alzando fugazmente su mano. Después se aleja, y con toda su atención, trata de controlar lo que pasa detrás. Gira de nuevo y lo ve quieto en el mismo lugar. El hombre levanta su mano al modo de ella, y ella lo observa con fijeza. Luego acelera el paso.

...



Son animales de alta calidad.

Son animales de alta calidad, han dicho. Ella se pregunta qué significa eso y quién determina la calidad de los animales. Ella piensa en la anatomía del hombre, casi sin vello, de músculos largos y sinuosos, una anatomía con algo femenino, se dice, y dirige su pensamiento al bulto bajo la falda de cuero.

A Lucía Montes no le disgusta la calificación de animales de máxima calidad. Aunque en verdad quisiera ser ella quien determine qué es de calidad y qué no. Siente que lo sabe.

Y ahora, tal vez, pueda hacerlo. Tal vez pueda estar con un animal de esos y comprobar su nobleza. Había algo aristocrático en el indio cuando se incorporó en la barranca. Algo parecido al orgullo y a la autoridad.

Lucía Montes camina, casi corre, presa de la exaltación, mientras vuelve a la casa. Es como si el lugar le ofreciera por primera vez sus encantos. Como si se brindara a una posible amistad con ella.

El sol aún está lo suficientemente alto, llegará a tiempo.

¿Dónde has estado, hija?

Explorando los alrededores.

Debes ser cuidadosa.

No veo por qué.

No sabes cómo es esta tierra. Puede haber animales peligrosos. Hay víboras.

Aún no he visto ninguna.  
Mejor así, ¿no crees? Pero las hay.  
Estaré atenta, padre.

Lucía Montes trata de evaluar la calidad de su padre, mientras observa su barba entrecana y descuidada.

Su padre permanece en silencio sin quitarle los ojos de encima. Sabe que su hija desea profundizar la relación con él, pero solo hasta un punto. Un profundo lugar secreto e infranqueable que su hija no puede resignar, aunque ese sea el deseo de él.

Esa muchacha hará siempre lo que ella quiera. Esa muchacha, que es mi hija, se dice, llevará su propia vida hasta donde pueda.

Tal vez deberías escucharme.  
¿Por qué dices eso?  
Tú sabes.

Lucía Montes lo observa largamente. Su padre conoce esa mirada, una mirada de la que echaba mano desde niña. Una mirada que quería obligar a la reflexión.

Pero él no lo había aceptado nunca. En su intimidad quería que ella fuera explícita, que se lo dijese claramente. Él quería que su hija no quisiera manipularlo como había hecho siempre con su tía.

¿Qué es lo que yo sé?

Tú sabes. Pero menos de lo que crees, hija, y no te interesa que te enseñen. Tú quieres abrir las puertas... y, como has dicho, saber qué pasa detrás de las paredes.

Hay paredes inviolables, padre. Tú, de eso, sí que conoces mucho.

¿A qué te refieres?

Tú nunca has dicho que estás mal. Nunca has querido mostrar tus sentimientos. No te lo permites. ¿Por qué, padre? Recuerdo haberte escuchado decir que estabas en la hora baja una sola vez, y sé que no lo estabas tanto, sé que mentías un poco, si no, hubieras callado, o a lo sumo, hecho algún comentario irónico y amargo.

Montes comprende que su hija dice la verdad, parte de la verdad. Le sonrío.

Dejemos esta conversación tan inteligente y pasemos a cosas más profanas, Lucía.

¿Como qué?

No lo sé, dímelo tú.

Tú quieres hablar siempre de lo mismo.

Perdóname.

Está bien padre, pero ya lo sabes por experiencia propia, los hombres son bastante aburridos salvo...

Salvo...

Salvo cuando mueren y los prefiero vivos.

Al lado tuyo están un poco muertos, ¿no?

Aun así, tienen sus atractivos, no te preocupes.

¿Por qué dices eso?

Porque estás preocupado.

Siempre estoy preocupado. Debo estarlo.

No es fácil este lugar. Parece que la peste se fuera a declarar en cualquier momento.

No me refiero a eso.

¿Entonces?

Si no estuviera preocupado, podría incurrir en la debilidad y las faltas.

¿Cómo?

Terminaría siendo un hombre alegre. Y eso, como has aprehendido, es extremadamente peligroso.

Montes deja que la sonrisa se haga cargo de su rostro, y está seguro de que contagiará a su hija.

¿Entonces?, pregunta ella, mientras deja que sus labios delgados se curven.

Entonces, acordaremos que debes obedecerme, como lo has hecho siempre. ¿Está bien?

Está bien, padre. Lucía sigue sonriendo pero, íntimamente, se indigna porque él es capaz de dominar, porque de alguna manera, él es como ella.

...



El hombre viene de un arroyo que encontró hacia el sur, el día en que se topó con la mujer. Lo siguió corriente arriba desde su desembocadura en el río grande. Vio que era un arroyo sucio, aún más que el río.

El hombre se dio cuenta de que era profundo y, aunque no era ancho, podía ser peligroso. Observó el juego del agua en medio del cauce y advirtió los remolinos que se formaban sobre los pozos. Pensó que en su tierra había arroyos como ese pero más transparentes.

Trae tres peces gordos atados con junco.

Ha dejado una trampa sobre la costa del arroyo, y sabe que, si no se desmorona, atraparé más peces, porque hay muchos.

Tiene que conseguir leña seca, tal vez alguna piedra, pero hace tiempo que no se encuentra con piedras. Deberá arreglarse con madera y nada más.

Se queda encima de la barranca y busca bajo los árboles flacos. Hay paja y leños livianos que pueden servirle. Sabe que durarán poco encendidos pero no tiene otra cosa.

El hombre baja después de haber recolectado un voluminoso montón de leña y algo de paja y se detiene en su lugar para encender fuego.

Abre con cuidado el hato que dejó la mujer y registra la comida.

Toma el trozo de turrón y lo examina. Se lo lleva a la boca y gusta su dulzura y su dureza. Después prueba el pan y lo mastica



con cuidado. Es más áspero que la yuca pero se ablanda completamente. Demasiado seco, piensa.

Sigue con el chorizo, al que rechaza enseguida escupiendo el bocado. Todo le resulta extraordinariamente seco, como las semillas sin cocinar.

Intenta de nuevo.

Es comida vieja, comida muy muerta.

Es comida vieja, se dice, y observa los peces que están perdiendo su humedad. Sabe que conviene asarlos ahora. Podría comerlos así, sintiendo el frescor de su carne pura, pero quiere aprovechar el fuego.

Los limpia y traspasa los tres cuerpos alineados con un mismo leño que sostiene en la mano sobre las llamas.

Esta es comida nueva, piensa, mientras evoca el rostro y la mirada de la mujer. Se pregunta por qué ha sido buena con él, por qué ha traído comida, aunque sea comida vieja. Tal vez le esté asignada, aunque le parece extraño que una mujer así pueda estarle asignada.

No se siente seguro de que las cosas le estén asignadas. No se siente seguro de que en la tierra haya todo lo que necesite hasta que la tierra necesite de él.

Si no, por qué ha tenido que irse de su lugar donde encontraba lo necesario y en abundancia. Por qué le ha sido asignada esta tierra flaca, o quizás no tanto. Tal vez no haya nada reservado para él. Recuerda el grupo al que pertenecía, recuerda al cacique, a sus hermanos, sus mujeres. Y apenas ahonda en los recuerdos, se da cuenta de que no quedaba otra cosa que la que hizo: irse.

O irse expulsado.

Los contornos comienzan a volverse difusos y una brisa más fresca llega desde el medio del río. El hombre bosteza largamente y deja que todo su cuerpo se relaje. Comienza a sentir el deseo que se había acumulado en el olvido de varios días de caminata, alejándose de su bosque y de su gente.

Piensa en la mujer de ojos extraños. El deseo ha sido silenciado por los peligros y la soledad. Ahora está allí, abriéndose paso.

Tal vez con esa mujer pueda. Experimenta un impulso de poseerla, de penetrarla y descargarse en ella. Escucha un chasquido en el agua. Sabe que ha sido un gran pez, nada más que eso, pero es suficiente para darse cuenta de que aún no es tiempo. Ahora es tiempo de conocer esta tierra extraña y grande, donde casi no hay sombra, donde todo es plano e interminable. El hombre sabe que poseer a esa mujer es peligroso.

También sabe que quiere hacerlo.

Los peces están listos. Apenas unos minutos al calor de la llama. El hombre los retira del fuego y los apoya sobre las hojas de unas ramas apiladas. Toma uno. Sabe bien. Es alimento fresco y palpitante, y se dedica a comerlos sin apuro y sin pausas.

Contempla el agua. Las sombras van ocupando el espacio y la bolsa que dejó la mujer reverbera. Vuelve a abrirla y toma un pedazo de pan. Se lo deja en la boca largo rato antes de tragarlo. Esto es mejor, se dice, y mira en dirección a dónde se ha ido la mujer.

No puede ver el sol, pero se da cuenta de que ya debe estar entrando. Observa el agua grande que corre poderosa y ajena. Es agua hostil, agua hecha para inundar, para llevarse las cosas con ella, para no dejar nada. Nada.

Recuerda a Arapy. Él tuvo derecho a tres mujeres, casi un jefe. Recuerda los ojos de ella aquella vez, la última, y sabe que esos ojos también se han ido para siempre, como las cosas del río. Y la mujer, por la costa, río arriba.

Tal vez mañana vaya a buscarla.

Se acaricia el sexo debajo de la falda de cuero y siente cómo responde casi de inmediato. Está extrañamente tranquilo y le gusta pensar en la piel de esa mujer y en el color de sus ojos. Se levanta la falda, abre las piernas y se mira el miembro como si este tuviera conciencia de ser visto y posara erguido para él, como si lo invitase. La luz es tenue y los contornos ya se han perdido. Después lo toma con la palma completa y comienza a masturbarse con delicadeza.

...



¿Has pensado en alguien?

¿A qué te refieres, padre?

No es insolencia, no lo es. Es salvajismo.

De niña supo tratarlo de usted hasta los siete años, cuando empezó a cambiar. Solía mezclar los pronombres, a veces lo hacía de usted y a veces de tú. Cuando la hermana de su padre la reprendía, ella se limitaba a sonreír pero difícilmente fuera a corregirse. Así siguió hasta una noche en que su padre acababa de cenar solo en la mesa de la casa en Triana, y ella y su tía se habían acercado para conversar.

Cuando su tía le señaló la falta de respeto la pequeña la miró desafiante y, enseguida, con la misma sonrisa afilada e íntima que la acompañaría toda su vida, se trepó a la falda de él y lo observó unos instantes.

A mí me gusta hablarte así, es más cariñoso, a ti también te gusta así, ¿no es verdad?

Su padre supo que no era cariño, y accedió. Conocía la furia guardada en la niña.

Por largo tiempo la gente se sorprendería del trato que se dispensaban, pero los años de separación habían hecho que eso se olvidase. Largos años de una muchacha a cargo de su respetable tía y de un padre singular que seguía probando suerte en Las Indias, y del que nadie sabía a ciencia cierta si había hecho fortuna o estaba en la peor de las ruinas.

Nadie sabía cómo habría de volver si es que eso alguna vez pasaba. No era un hombre de escribir cartas a sus antiguos compañeros o amigos y las veces que llegaban noticias de él, decían muy poco, casi nada, respecto de su situación, como si ocultara algo.

Eso que oculta no es precisamente que está haciendo fortuna, decían sus conocidos en las reuniones o los festejos. Tal vez le fuera a pasar lo que les pasa a tantos aventureros, a la mayoría. Porque es verdad que algunos llegan a muy ricos y poderosos, pero de los miles que terminan en la ruina no se habla. Esa ruina que los deja en la miseria y con la salud quebrantada.

Y qué pasa con su hija, se la ve poco.

Ella había permanecido en la ciudad sin frecuentar las fiestas. Ni la iglesia, más de lo necesario.

Era una muchacha sospechosa, y aunque se la viera solo esporádicamente, no pasaba desapercibida.

Era verdad que no había demasiados candidatos para cortejarla, pero que no se conociera a nadie que lo intentase, era definitivamente raro. Tanto como sus regulares clases de esgrima con el maestro, ese anciano afectado como todo gabacho. En todo caso, era una Montes. En todo caso, era hija del capitán Montes, un hombre extraño, también.

Me refiero a que llega la hora de que pienses en casarte. ¿Has pensado en alguien?

No.

En todo caso, lo pensaré yo, si te parece bien. Creo que debo encontrar lo mejor para ti.

¿Lo mejor para mí?

Eso dije.

¿Y tú lo sabes?

Me corresponde saberlo, además tengo muy buen gusto ¿no crees?

Lucía Montes lo miró a los ojos. Reconoció algo que creía olvidado tras la distancia inconmensurable.

No.

Pues así es, siempre tuve buen gusto, salvo una vez.  
¿Cuál?  
Ya sabes. ¿Qué vas a hacer?  
No sé, seguro que tú sí.  
Por supuesto. ¿Qué dices?  
Aún no he pensado en eso y no sé si lo quiero.  
Eventualmente es lo que corresponde.  
Usas mucho ese término. ¿Tú crees que es así?  
No lo sé, pero qué más da.  
Haber venido a esta tierra, ¿te parece normal?  
Es lo que le ha tocado a España. Es lo que hemos querido.  
No todos, padre, no todos.  
Lucía, tú también has querido venir aquí.  
Eso sí lo he querido, para dejar la ciudad, para conocer otra cosa, para ver qué hay detrás de las paredes.  
Detrás de las paredes. No suena muy bien. Ahora tienes que someterte a lo que yo decida, no tengo opción, es lo que me toca, pero creo que te gusta.  
¿Ah, sí?  
Si no, ¿de qué te podrías quejar?, ¿cuál sería tu revolución?  
La misma que la tuya, padre.  
Montes sonrió y aprobó con la cabeza.  
Padre, tú sabes que tienes opción, para algo has venido a dejar los huesos aquí.  
Los huesos no. Los huesos se quedarán donde tengan que quedarse, he venido a hacer fortuna y a engrandecer a España.  
Yo no, yo vine a ver.  
Está bien, muchacha, pero ya hablaremos de esto, tú piénsalo que yo lo pensaré y pronto tendré una decisión.  
¿Has visto indios?  
¿Cómo?  
Si has visto indios.  
Claro, pero aquí hay muy pocos, además de Bernardo que ayuda al cura, y que lo sigue a donde vaya.  
¿Es un esclavo?  
No sé.  
¿Cómo que no lo sabes?, también te sigue a ti.

Por suerte, porque si no se va a dedicar a vestir santos. Está un poco loco, ¿sabes?

¿Por qué lo dices?

Le he preguntado en qué le gustaría convertirse cuando llegue a adulto.

¿Y qué te ha respondido?

En árbol.

¿Qué dices?

Respondió eso, que quiere ser árbol.

¿Y por qué?

Quién sabe, le gustará estar quieto, contesta Montes con la mirada chispeante.

Padre, es apenas un muchacho.

Deberías verlo disparar con el mosquete.

Es un muchacho de todas maneras.

Bueno, es un modo de decirlo, no sé si es un muchacho, es un indio. Se quedó con nosotros desde que era un niño.

¿Desde que era un niño? ¿No has dicho que es un indio?

¿A qué vas?

Bueno, me gustaría saber cómo son.

No es fácil. Ya sabes, son paganos. Pero pueden volverse creyentes, muy creyentes, más que nosotros, aunque eso no es gran cosa, ¿verdad? ¿Has visto como canta Bernardo en la misa? A veces el padre Gonzalo no sabe cómo detenerlo. En la última misa hubo que esperarlo más de diez minutos, todos en silencio, mientras al padre Gonzalo lo consumía la ira, uno de los siete pecados capitales, por culpa de Bernardo. Aunque me parece que a ti no te contrariaba en absoluto.

Y sí, está un poco loco. Bueno, habrá que decirle que cante como lo hacen los árboles. Pero el ya no es un indio, ¿o sí?

Lo es y no lo es.

¿Qué quieres decir?

Que ya no podrá volver a su condición de indio y que tampoco podrá ser como nosotros.

Va a sufrir.

¿Tú crees?

Tal vez por eso quiera ser un árbol. Pero, dime, ¿cómo son?, me refiero a los que viven con su gente.

Por aquí se sostienen de lo que recolectan, cazan o pescan. Pero hace tiempo que no se ven. Son gente extraña, a medio camino entre el animal y el hombre. A decir verdad, están muy cerca de nosotros.

Has hablado con alguno.

Casi nada, es muy difícil entenderse. Muy difícil entender qué les pasa. Viven con lo mínimo, con muy pocas cosas y son bien capaces de matar.

¿Has matado a alguno?

Sí.

¿Y qué has sentido?

No me ha gustado, pero era lo único que podía hacer si no quería que me ensartase con su lanza.

¿Estás de acuerdo con eso?

¿Con qué?

Con hacer lo que estamos haciendo.

No importa lo que estamos haciendo, importa cómo lo estamos haciendo y eso va por día.

No parece muy de acuerdo con Dios.

Es extraño oírte hablar de Dios.

No creas. ¿Has matado a muchos?

No quiero hablar de eso.

¿Por qué?

Tè pido respeto, Lucía, ¿entiendes? Tú también tendrás cosas de las que prefieres no hablar.

...





Le gustan los hombres.

Normalmente lejos, pero le gustan. Y los animales, en especial los caballos y los toros. Y los medio animales, con cuerpo de mujer y hombre, con inequívoco bulto de hombre.

Le gustan tanto como explorar la vasta tierra extendida en soledad. Y le gusta su cuerpo mínimo y nervioso.

Odia las manos de los hombres. Las manos que tienen la posibilidad de tocarla, de saber tocarla. Las odia porque ella no ha sabido tocarse. Lo ha intentado y ha conocido, pero sus manos no sirven bien.

Tal vez solamente las manos de un hombre, o la lengua de un caballo, gruesa y salvaje, o las manos de él.

Hace mucho calor bajo el árbol, que en solo cuatro años, según su padre, ha crecido hasta ese tamaño. Un olmo, lo sabe por las hojas, aunque tengan un verde sin sazón, un verde blando como el aroma de la costa.

Hace calor y le gustaría estar sucia, sucia de una buena vez. Sucia durante todo el tiempo que haga falta y después disponer de toda esa agua enervante y turbia, para limpiarse y dormir un sueño mórbido.

Lucía Montes pasa la tarde reposando en el sillón bajo el árbol con el libro en la mano. Libro de hombre que apenas sirve para tener algo en la mano.

Experimenta una náusea larga, parecida a los primeros días en el San José, pero esto no tiene nada que ver.

Ve a lo lejos las siluetas del carro y el hombre a su lado. Sabe quién es y desea que se acerque, que pase por donde está ella. Lucía Montes, cansada de la tarde vacía y espesa que se derrama sobre ella dejándola sin palabras, a diferencia de la mayoría en el pueblo, espera algo. Ahora no ocurre nada, lo que, según todos es mejor. Lo que pasa en esta tierra ajena, en general, no es una buena noticia.

Villanueva es lo poco que hay bajo el bochorno mugriento de la tarde y viene hacia allí.

Llega y levanta la mirada para sonreírle.

El hombre saluda con una inclinación de la cabeza y sigue.

Le disgusta ese hombre. Le disgusta pero ella sonríe también, aún más que él.

Lucía Montes cierra los ojos en silencio y piensa en el tiempo que falta para la hora de la cena. Piensa en el tiempo reblandecido como la carne bajo el agua, en la sangre blanca que fluye exánime como fluiría una corriente entre sargazos.

Él lo ha hecho.

Lo ha hecho y se lo ha dicho.

Así nomás. Lo ha hecho. Lo sabe y por eso lo dice así nomás. Está bien, está bien experimentarlo y decirlo como alguien que lo ha experimentado, con la voz monocorde que esconde una brizna de inquietud, de enigma.

Ella también debería hacerlo, ella también tendría que saberlo. Es necesario. Tal vez sea terrible, tal vez lo sea, pero necesario. Tal vez sea el único modo de apoderarse del secreto. Por lo menos en parte, y después expresarlo con el tono y la ambivalencia del que lo conoce más. Eso, apenas más.

Más. La mejor definición del desconocimiento. La medida del desconocimiento.

Pero peor, de eso está segura, es pasar la tarde bajo un árbol flácido y abotargado, con un libro de hombre en la mano.

Quizás el indio lo sepa también. Con seguridad. Ellos lo saben, su padre y el indio, pero ella no. Tarde o temprano va a saberlo. Lo desea igual que a las manos de un hombre, con la misma aprensión y ansia.

Mañana, a la tarde, irá hasta la costa, río abajo. Llevará la comida, y también el estilete que solamente ha recorrido la mitad del camino.

Piensa en la presión de la punta sobre la garganta de Rodrigo Balbuena, que no supo abrazarla.

Lucía Montes quiere estar sucia y quiere aprender a matar.

...



Es noche. Lucía Montes come a la mesa con su padre como cada día y a diferencia de cuando vivían juntos en la ciudad. La luz de la lámpara difumina los rasgos de los comensales y Montes no habla. Está inmerso en sus cavilaciones, algo a lo que su hija está acostumbrada. Cuando era niña rechazaba esos silencios. Entonces insistía en entablar una charla y notaba el esfuerzo de su padre para atender a su reclamo. Ese esfuerzo se reflejaba en unas palabras para la ocasión que parecían llegar desde lejos, desde un lugar en el que su padre no estaba.

Después la niña renunciaba con una desazón liviana pero inexorable. Reconocía que para él era imposible abocarse a las cosas domésticas y que sus respuestas eran demasiado hondas, como si cada cosa, aún las más profanas, fueran motivo de largas filosofías y preocupaciones.

Montes siempre había sido un hombre preocupado, un hombre que se concentraba en el punto de una manera casi inhumana.

Y Lucía Montes sabe que eso no va cambiar jamás.

Sin embargo, es también muy capaz de reírse, con un humor que apenas ella ha logrado comprender. Un humor fino y extravagante donde el significado y el sentido de las palabras, valen tanto como el exceso brutal al que él gusta vestir de contenida elegancia.

Lucía Montes observa los rasgos espectrales de un hombre que solamente se muestra bello a la luz del día y cuando se halla abocado a los trabajos físicos. Y no cuando mantiene un silencio

inabordable o cuando se encuentra con la pluma frente al papel y a sus ideas. Allí es cuando parece que un ansia oscura ardiera en su alma. Esa misma ansia que ahora lo sume en un comer mecánico y ausente.

Lucía Montes observa los rasgos espectrales de su padre y se da cuenta de que todo aquello que lo preocupa no vale más que polvo de hueso y que lo que importa es que estén allí: un corazón latiendo frente al otro, unas palabras guardadas que tienen que salir de su depósito de una vez por todas, una sonrisa, mejor una risotada que debería aflorar sin recato para poner en su lugar las cosas que aún no han ocurrido. Y por qué no, que tal vez no ocurran nunca.

Lucía Montes se dedica a observar a su padre. Se da cuenta de todo lo que puede aprender de ese hombre, de su ejemplo, de su debilidad domada, de su esfuerzo amargo. Lucía Montes, al final, se da cuenta de que su padre es motivo de largas filosofías y preocupaciones que poco podrán alterar el curso de los hechos.

Francisca.

Mande, señorita.

¿Por qué has hecho este guiso?

Montes conoce ese tono. Eleva la mirada y repara en su hija.

Pues porque me pareció que era de su gusto.

Pues sí, pero deberías haberle agregado un poco de seso.

¿Cómo? ¿Seso?

Pues claro, mujer, eso mismo: seso.

Me parece que quedaría asqueroso, disculpe señorita. Quedaría hecho una baba inmundada. Ya he hecho muchas pruebas raras aquí y, a Dios gracias, me han salido bastante bien. ¿Pero seso?, eso sí que no.

Pues debes seguir probando, Francisca.

Si sigo probando, como usted dice, algún día los voy a envenenar a todos. Sería una desgracia, aunque alguno se lo tenga merecido. ¿Por qué habría de hervir seso?

Pues sí, porque mi padre ha puesto a hervir su parte.

¿A hervir su parte? ¿Qué parte?

Su parte de seso.

Pero si el capitán no tiene seso. Pero qué digo, sí que lo tiene. Disculpe, capitán, no he querido decir eso.

Te he dicho que lo ha puesto a hervir.  
¿Qué hervir? ¿Qué seso? Yo en mi perra vida he visto al señor capitán poner a hervir seso. El seso no se hierva.

Pero al señor capitán le encanta el seso hervido, Francisca, lo prepara de maravillas.

Seso hervido..., con su venia, señorita, pero el seso hervido no le puede gustar ni a los perros, es un vomito. Perdona, señorita.

Al señor cura le encanta poner a hervir seso.

No puede ser. Yo jamás lo he visto hirviendo sesos.

Qué raro. Mira que lo hace de continuo.

Pues le juro que yo nunca lo he visto hacer semejante burrada. Pero qué digo, perdona, capitán.

Pues sí que lo hace, es raro que no lo sepas.

¿Y el capitán también? En mi vida de cocinera he visto hacer seso hervido, no me han enseñado cómo hacerlo. Si lo tengo que hacer, pues lo haré. Eso siempre y cuando lo mande el capitán o usted, señorita. Pero yo no lo voy a comer. Que no comeré seso hervido.

Nunca digas que de esa agua no has de beber, Francisca.

Ya verás cómo en algún momento te pondrás a hervir seso, tercia Montes. O lo que es peor, a freírlo.

Sí, freírlo sí, claro que sí. Cebollas y ajo.

También se fríe solito. Nunca digas que de esa agua no has de beber, Francisca.

No entiendo nada, señorita, perdóneme.

Agua que no has de beber, déjala correr, Francisca, dice un Montes grave y taciturno.

Francisca presta atención, ha hablado el capitán. Lo contempla con ojos azorados.

Pues claro, agua que no has de beber... Pues claro. Qué otra cosa quiere que haga, capitán.

Por ahora dejaremos el asunto del seso como está, trae un poco más de vino, si a Lucía le apetece. El cocido está muy bueno, Francisca.

Gracias, capitán. Ya veré este asunto del seso. Voy por el vino.

Lucía Montes y su padre se miran mientras sonrían a la luz de la lámpara. Algo se ha iluminado en el semblante de Montes.



Debo decirte gracias, hija.

Lucía Montes hace un ademán de aceptar, con una elocuencia que solo ese gesto puede conseguir. Un gesto que más que expresar gratitud exhibe ejemplaridad.

Francisca pensará que estamos siendo poseídos por algún demonio.

Francisca debe pensar que yo soy un demonio, y que te estoy contagiando, pero me quiere, lo sé.

Yo también te quiero.

Lo sé.

Lucía Montes no necesita decirlo, su padre sí.

Ahora irá a ver si el cura hierve seso, es seguro que se sale de la vaina para comprobar que es un lunático como nosotros dos. Esperemos que no se atreva a preguntárselo.

¿Has recibido correo?

Sí.

¿Alguna novedad?

Ninguna de importancia. Y tú, ¿cómo estás?

Bien, tratando de interpretar este lugar. Supongo que como todos.

Sí, es algo muy normal al principio. Después te acostumbras. No es que te halles, pero la incertidumbre se vuelve tan cotidiana que casi no la percibes. Sin duda está allí.

Montes observa cómo su hija aleja el plato. Después repara en su mirada. Tal vez no sepa que su pensamiento se corrió hacia un lugar río abajo.

Sí sabe que detrás del ingenio de su hija, de su humor verdadero, hay la misma fiebre que hierve el seso.

¿Qué ocurre, hija?

No tengo hambre.

¿No te gusta la comida? ¿Quieres seso?

La comida está bien, pero no tengo hambre, ni de seso siquiera.

Montes sabe que es inútil continuar con la conversación. Sabe que algo va a pasarle a su hija. Lo supo desde que era una niña.

...

Aún está amaneciendo, el sol rojo y gigante se asoma lento detrás de la línea de árboles desplumados y hace brillar el agua que ahora tiene el color equívoco del acero.

No es fácil caminar entre los matojos. Lucía Montes lleva falda.

El olor tiene una frescura salvaje, pero no deja de ser ajeno y sombrío.

Cubre el trayecto caminando rápidamente y cada tanto se detiene a observar cómo se eleva el sol y cómo va virando al amarillo.

El amanecer siempre dura poco, aunque parezca lento, se dice, como las cosas bellas. Una segunda ilusión del sol: el amanecer. Un sol grande, tierno y comestible, que en pocos instantes se transforma en una bola lejana y candente que ya ni siquiera se puede mirar.

Lucía Montes no sabe a qué va. Sí que tiene que ir y se deja llevar por esa voluntad, preguntándose qué es lo que está haciendo. Qué es lo que están haciendo todos en las Indias. Algunos dirán que han venido en busca de nuevos horizontes, otros a construir un nuevo hogar.

El sol no deja de subir sobre la línea de árboles de las tierras bajas de enfrente y todo ese bosque abierto comienza a empequeñecerse y a perder color bajo la luz exultante de la mañana. El bosque se vuelve gris y pequeño y el agua bajo el sol se ve casi blanca. Hace falta entornar los ojos para soportar tanta luz y es

difícil controlar los pasos. Baja la cabeza y se aboca a seguir el camino que empieza a resultarle familiar.

Se detiene y deja el hato con la misma comida de antes en el suelo. Palpa y aprieta el mango del estilete con la mano izquierda. Con la mano con la que le gusta escribir, aunque se lo hayan prohibido. La mano que sabe peinar su pelo de reflejos rojizos.

Despega un grupo de palomas.

Cada tanto vuelan, grises y pequeñas, sin el tamaño y el tornasol de las de la plaza. Estas son humildes y se pierden en la llanura. Están más cerca de no ser, piensa.

Todo es pequeño y callado frente al paisaje abierto, desnudo. Todo pareciera que quiere transformarse en paisaje, incluso las palomas grises como la greda de la costa.

El hombre también es pequeño, oscuro, sin matices, salvo el brillo feroz de sus ojos sin pupila. Le gustaría verlos de cerca, experimentar si en verdad no tiene pupilas, ver definitivamente cuánto de mujer hay en su cuerpo. Y cuánto de hombre.

Piensa en la muerte, en lo que ha dicho su padre.

Tal vez le gustaría verlo morir, morir por su estilete. Tal vez le gustaría clavárselo en su corazón. Tal vez las dos cosas, experimentarlo como hombre y matarlo después, pasar por ambas agonías, poseerlo completamente.

Se pregunta por qué siente estas cosas y si en verdad las siente. Se pregunta si eso siempre estuvo dentro de ella o si es este lugar, donde el silencio y los rumores vagos esconden algo ominoso, algo que desentierra demonios.

Comienza a sentir rabia, una rabia perdida y anónima. Una rabia contra el mismo silencio tenso del paisaje.

Olor a pastos débiles, de fragancia fresca y sin sazón. Y el agua que como un animal monstruoso pasa a su lado sin detenerse a considerar su condición de animal minúsculo, de bicho, por ahora, inofensivo. Un río indiferente, regodeándose en sí mismo, apático en su poderío.

Lucía siente que el río no es una bendición, es una riqueza excesiva y enferma llena de pequeños monstruos que parecen peces pero que no lo son, salvo tal vez, dos o tres especies que en su suciedad quieren emular las plateaduras de los meros o las merluzas.

Peces con cara de animales terrestres que no pueden abandonar el agua, simplemente por no tener las patas que añoran.

Tarde o temprano tendré que matar. En esta tierra es inexorable matar, se dice la mujer detenida al borde de la barranca y envuelta en su rabia.

Cuánto de olor a río, y a pez tendrá ese hombre, cuánto de apagado brillo hay en su cuero de animal con cuerpo de hombre. Cuánto de hombre podrá encontrar en sus ojos sin pupila y en sus manos impuras acostumbradas a la tierra, al agua y a la carne.

Lucía Montes está de pie sobre la barranca y no mira el río. Mira hacia delante y lo evita. Prefiere centrarse en lo que siente y tratar de saber si eso es fruto de lo alucinante de ese lugar, de lo siniestro presionando bajo el silencio, como el estilete que tendrá que clavar en el corazón del animal, una vez que lo haya cercado.

Pero Lucía Montes quiere más que eso. Quiere algo que sabe que está en estas tierras donde la gente cada vez habla menos.

Levanta la bolsa y siente el sordo tambor de sus latidos en las sienes. Traga saliva, inhala poderosamente y sigue caminando.

El hombre ha dormido y ha soñado, bajo la choza sin paredes hecha de ramas torcidas y hatos de juncos que comienzan a secarse. No es igual a las de su tierra donde la madera y las palmas permitían chozas mucho más grandes.

No le gusta, como no le ha gustado el sueño. Tal vez deba seguir camino.

Se levanta y mira alrededor y se pregunta a dónde ir. Su deseo lo hace mirar en la dirección desde la que ha llegado, hacia arriba, atravesando el río.

Busca un pedazo de pan que ha cambiado su consistencia y que cuesta masticar. Se ha vuelto ácido pero sigue siendo un alimento simple y agradable.

Debería irse.

Tal vez tenga que esperar a que venga esa mujer tapada como si tuviera frío. Una mujer buena, o quizás no, una mujer que busca algo.

Se acerca a la orilla y mete los pies en el agua. No es fría, es como en su tierra. Carga un poco en el cuenco que forma con su

mano y se lo lleva a la boca. Tiene más gusto a tierra. Repite el gesto y mira río arriba.

No sabe por qué se ha quedado en ese paraje. De nada le sirve volver. En todo caso, podría seguir camino, pero la planicie no parece terminar nunca y allí hay mucha agua. Quizás pueda continuar por el arroyo aguas arriba, nunca le faltaría, ni los peces. Pero siente que no es tiempo.

Gira su cabeza y la ve sobre la barranca, cargando la bolsa. Allí está ella, la mujer. Ella no es el motivo, o tal vez sí. En todo caso, si no lo es, lo representa. Ella representa el motivo por el cual el hombre sigue allí. Quizás sea su condición de presa, quizás. Una mujer siempre es una presa. Esta es, sin duda, peligrosa. El hombre lo sabe. Sabe que con esa mujer puede llegar a la muerte. Trae seguramente más de su comida vieja.

Allí está, una mujer tapada que busca algo. Controla dónde está su lanza. No se mueve.

Lucía Montes levanta la bolsa con los alimentos. El hombre no hace gesto alguno. Lucía Montes confirma la presencia de la daga mínima como un aguijón, pero no acerca su mano. Inclina la cabeza para observar el terreno y comienza a bajar la barranca. El hombre permanece inmóvil, consciente de la lanza y sin sacar la vista de la mujer.

Lucía Montes tiene dificultades con su vestido, y el tiempo se prolonga mientras desciende. En ese tiempo percibe la indefensión. Tiene ambas manos ocupadas, una, la derecha, en sostener la bolsa y la otra en tomarse de los matojos o asentarse sobre el talud para mantener el equilibrio. Es una indefensión fugaz.

El hombre ha de creer que siempre soy así, piensa Lucía Montes que se siente idiota mientras libera su falda de los matojos.

No levanta la vista hasta estar casi a nivel del agua. Recién entonces vuelve a mirar al hombre que no ha cambiado de posición. Desde unos dos pasos extiende su brazo con la bolsa y espera. El hombre no se mueve. Lucía Montes no puede evitar llevar su mano izquierda hacia el estilete. Se acerca, con el brazo derecho extendido. Ante el gesto de la mujer el hombre ha echado mano de su lanza.

El hombre cuyos ojos oscurísimos brillan, sin soltar la lanza, toma la bolsa. Se aleja un paso, deja el arma junto a él, y la abre extrayendo el pan y el turrón. Rechaza el chorizo y se acerca de nuevo para devolvérsela. Se separa y se sienta en el suelo y después emite un sonido extraño y suave.

Lucía Montes opta por sentarse también, a una distancia que considera razonable pero que la incomoda. El hombre troza el pan y después lo divide. Extiende su brazo cuan largo es y ofrece un pedazo a Lucía Montes. Ella no sabe por qué, pero lo acepta. Él mira hacia el agua, se lo lleva a la boca y lo mastica con cautela. Ella siente el impulso de abandonar el pedazo que vino de esas manos trabajadas por la intemperie.

Esas manos no son impuras, se dice Lucía Montes, y con un movimiento súbito se lleva el pedazo a la boca. Después lo mastica de un modo diferente, moroso, como si estuviera redescubriendo su sabor con él.

El hombre come muy lentamente. Parece no querer terminar el bocado mientras contempla el agua como si hubiera olvidado la presencia de la mujer. Lucía Montes aguarda. Ha terminado su trozo y presta atención a la indiferencia del hombre.

Cuando el hombre termina de masticar, gira su cabeza y se le acerca. Levanta con su mano curtida y morena, la palma mucho más clara que el dorso, un extremo de la falda de Lucía Montes. Ella con un movimiento muy veloz lleva su mano al cabo de su estilete, pero el hombre parece no tener intenciones de agredirla. Más bien se interesa en examinar la tela.

El hombre extiende la tela, y con la otra mano repasa su superficie tensa. Lucía Montes percibe cómo se separa la tela de sus piernas flexionadas formando un hueco. El hombre prueba la consistencia de la tela. Después le levanta la falda.

Lucía Montes aferra el estilete.

El hombre corre la tela hacia atrás liberando las piernas blancas de la mujer. Ella aprieta el mango, tanto como sus dientes, pero no se mueve. El hombre parece no percatarse del peligro, y continúa con la exploración corriendo la tela hasta las caderas de Lucía Montes, que tensa su cuerpo entero, sin cambiar de posición.

El olor es muy fuerte, un olor penetrante y acre que tapa por completo el del agua y el del paisaje. Y, sin embargo, hay algo

de ese olor del agua y el paisaje en el hombre. Algo multiplicado hasta lo insoportable.

El hombre pone su mano sobre el vientre chato y lo compara con lo que conoce, el de sus mujeres, redondeado y menudo. Es un vientre seco, como la comida que trae, piensa el hombre. Levanta la vista y se encuentra con el color marrón de los ojos metálicos. Un color como el de ciertos pájaros, un color que le gusta, que le gusta más que el de sus mujeres.

El vientre de la mujer es chato, pero no, no puede ser seco.

Lucía Montes mantiene todo su cuerpo en tensión pero no está rígida, salvo su mano izquierda y sus mandíbulas. Es una tensión interna, contenida y al acecho. Una tensión que se concentra en mantenerse quieta y no lanzar el estilete hacia el cuerpo sin vello del hombre, que comienza a palparle los pechos.

Lucía Montes sabe que, tarde o temprano, va a matarlo, pero sigue sin moverse, esperando ver a dónde y hasta dónde va ese cuerpo que apenas es de hombre y que huele a animal gigante.

Aún permite que el hombre investigue, que ensaye sacarle la ropa.

Tiene el pecho desnudo, y el hombre observa los senos grandes y duros, tan diferentes al vientre recto.

Lucía Montes ha escondido su mano izquierda con el estilete debajo de sí.

El hombre detiene su mirada negra sobre la de ella.

Lucía Montes, casi inmediatamente, saca su mano izquierda de debajo de sí.

Lo observa estática con los ojos entornados. Con la mirada entornada y segura.

Es una mirada abierta y cerrada a la vez, algo que el hombre comprende y gusta.

Lucía Montes, que no es una mujer seca, lleva su mano hacia la falda de cuero del hombre y libera su sexo. El hombre detiene su exploración mientras su miembro comienza a expandirse ante la mirada de Lucía Montes. Ella sabe, pero no evita observar lo que pasa con su cuerpo, con ese miembro que crece sin pausa. El hombre está inmóvil, con una inmovilidad parecida a la que ella exhibía hace un instante.

Lucía Montes no olvida el puñal. Saber de su puñal la excita más. Siente que tiene todo lo que quiere de ese hombre, hasta su propio límite. Se siente capaz de elegir lo que quiera, todo lo que quiera, y ya soporta el olor de animal de primera clase.

Deja que el animal de primera clase se le eche encima y que le retire la ropa íntima, como si supiera cómo hacerlo.

Experimenta el ardor, y reprime, a duras penas, un grito. Rechaza con sus manos al hombre, pero le es inevitable cerrar los ojos.

Después se deja hacer entre el desgarrar, el placer, y una inconsciencia que no termina de serlo.

Siempre hay tiempo, alcanza a pensar antes de abandonarse del todo.

...





El hombre se tumba al lado de Lucía Montes. Descansa pero está atento a ella. La controla, mientras deja que su respiración se aquiete. Es un largo rato donde se siente tentado a entregarse al sueño.

Le gustaría decirle algo, pero no sabe cómo. Se incorpora y se encuentra con los ojos de ella. Se parecen más que nunca a los de los pájaros.

Le dice que ella es linda. Repite, linda, y la mira con elocuencia.

Lucía Montes lo escucha y no emite palabra alguna. Se mantiene distante, no hay nada que quiera expresar. Lo mira con estupor retenido, los ojos muy abiertos, demandando una respuesta que el hombre no puede darle.

Despacio, con mano segura, empieza a acomodar su ropa. Busca pararse. Trastabilla levemente y se incorpora.

El hombre ve la sangre secándose en su miembro.

Lucía Montes se viste. Lo hace rápidamente como buscando recuperarse. Observa al hombre una vez más. Él le devuelve la mirada. Ya no tiene nada que decir, pero espera.

Lucía Montes se vuelve y comienza a alejarse despacio, primero vacilante, después segura.

Habrà zureo de palomas y aire caliente, habrá olor a sexo del río, habrá un extraño pájaro marrón sin pretensiones, apagado como el verdadero color del agua, que levanta vuelo y se detiene

sobre lo que parece un pequeño horno de barro. Habrá cierto deseo de lavarse y cierto deseo de no lavarse, de llevar, como en aquella tarde, el cansancio y el sudor del día. De llevar el semen del animal emparentado con ella, con los hombres, del hombre mitad mujer, con su miembro moreno y firme.

Habrá el estupor de llevar dentro, tal vez un gusano, que busca entre su humedad y su carne. Y preferirá ese estupor a no tenerlo. Lucía Montes mirará hacia al río, hacia los arbolitos flacos y pálidos, hacia el cielo casi blanco, y se dará cuenta de que ese es un lugar donde morir es fácil, es cosa de cada día, un lugar donde morir es un paso más simple.

Lucía Montes caminará rápidamente, como en un rapto. Un rapto en el que su cuerpo ha dejado de pertenecerle, por lo menos en parte. Será como si el aire bochornoso se le hubiera metido adentro y la hubiera expulsado a ella. Experimentará la fragilidad de su cuerpo empujado por sus piernas apresuradas, su cuerpo nuevo que pareciera rechazarla como si se fuera a desmayar. Serán dos horas marcadas por los pasos monocordes de la muchacha recortando la barranca sin que casi nadie lo perciba, apenas tal vez ese pájaro que vuelve a ver, ahora encaramado sobre su horno de barro asido al flaco brazo de un árbol de hojas mínimas, endurecidas como si se le hubieran pegado ínfimas piedritas.

Apenas, tal vez, un muchachito que ha comenzado a reparar en ella desde que llegó a la aldea, y que jugará sus cartas en el mismo juego que jugará Lucía Montes.

Dos horas para volver al mero hecho de ser ella misma, de recuperar su cuerpo hollado, su cuerpo mugriento.

Estoy sucia, se dice Lucía Montes, mientras divisa la aldea e inspira profundamente. Es tiempo de mandar aire fresco hacia la raíz del cuello y hacia abajo, tiempo de enfriar la fatiga, de solidificarla y restringirla.

Es tiempo de reencontrarse con su padre, que ya habrá experimentado estas sensaciones, que seguramente habrá pensado en estas cosas.

Es como esta tierra, se dice. Aquí todo es así, hasta esto. Todo es plano y enervante, todo parece decaer, irse con el agua

del río salvaje e indiferente, sin meditar acerca de la vida y de la muerte.

Su cuerpo ya no está en vilo, como lo estaban las palomitas grises y modestas. Pero siente que detrás hay una tremenda fatiga, que detrás hay mucho deseo de dormir.

Sin embargo, camina rápidamente y no tarda casi nada en llegar.

¿Dónde has estado, Lucía?

He salido río arriba.

¿Por qué estás así?

¿Cómo, padre?

Tu vestido.

He tropezado con una raíz y he caído al polvo, pero no es nada.

Tropezado, raro en ti. No recuerdo haberte visto tropezar.

A veces pasa.

A veces pasa.

Iré a asearme para la cena. ¿Cuánto falta?

Deberías saberlo, no es mi tarea.

¿Tú crees que es mi tarea?

No lo sé, pero creo que me dejaría más tranquilo que supieras el horario de la cena. Es desconcertante que no lo sepas ahora.

Caminé mucho y ya sabes, aquí el día tarda en definirse.

Aquí todo tarda en definirse, el paisaje, el día, todo. Pero se define.

Sí, ya sé, y de la peor manera.

¿Por qué dices eso?

Parece que eso es lo que tú quieres decir.

Pues no, no lo sé.

Me hablas como si las ideas te llevaran a eso, como si me amenazaras.

Es verdad, quiero decirte algo y no sé cómo hacerlo.

Ya he entendido bien lo que quieres, padre, no hace falta que me digas nada.

Lo que quiero querer.

Como sea, sé que es lo que te gustaría que pase conmigo, pero, y por favor no te angusties, eso es casi imposible.

Lucía Montes permanece en silencio mientras su padre la observa tratando de controlar un dolor que sabe que está ahí, un dolor que su hija le va a causar con seguridad.

Montes respira profundamente.

Está bien, hija. Todo está bien.

Lucía Montes continúa mirándolo en silencio.

Luego dice: voy a lavarme y a cambiarme. No, mejor me doy un baño.

Lucía Montes tarda apenas algo más de media hora. Siempre ha sido capaz de arreglarse muy rápido y de lograr una belleza fácil, piensa su padre que la esperó asomado a la puerta que da a la plazoleta donde las cigarras siguen ensayando su letanía metálica.

En la cena Lucía Montes luce mansa y hermosa a pesar de estar vestida con calzón de hombre.

Lucía Montes quiere traer calidez a la mesa, calidez de hija, de mujer, quiere asegurarse de que su padre sepa que ella está ahí, que pertenece al lugar. Quita su atención del gusano que aún está dentro de ella, recorriendo las oquedades rojas de su entraña, de su vasta entraña de mujer. Lucía Montes quiere que el gusano muera, pero no sin antes haberla recorrido lo suficiente.

Hay unos tomates de un color rojo pálido con vetas de verde. Hay carne vacuna guisada entre unas papas grandes, aireadas, y trozos de zapallo de buen color amarillo, pero de consistencia también blanda. Con la sal es suficiente, la carne sabe a carne de cordero, sabe bien, y comienza a acostumbrarse, a preferirla, aunque tal vez sea demasiado.

Toman agua del aljibe y vino. Es apenas fresco y con la acidez aromática del tonel. Ya empezó a ser viejo y lo seguirán bebiendo, como si estuviera tan bueno como cuando lo cargaron. Cumple con su ilusión, y hace su efecto, pero sin alegría.

Lo sirve Francisca, que va y vuelve, lacónica, desde la cocina. Que escucha las palabras del capitán, que, ahora, apenas buscan tapar el silencio. Y las de Lucía Montes, dichas para acompañarlo. Para cumplir con su función de mujer: dar calidez y alivio por un destino que ya nadie puede cambiar y que provoca dolor en su padre.

El destino de su hija, que sabe mantener la conversación respecto de la verdadera situación de Las Indias, estas Indias, en donde no hay especias pero sí tomates y papas, tan fáciles de comer. Estas Indias, donde los cartógrafos ensayan mapas en los que nadie se atreve a confiar del todo.

Francisca escucha y piensa en el aspecto de la muchacha mientras tomaba su baño con agua fría, entumecida y con la mirada fija en el techo de la habitación, en total silencio. Francisca escucha y ha comenzado a pensar lo que piensa, casi inmediatamente después que entrara la muchacha para pedirle que le llenase la bañera, así nomás, con agua natural, explicándole que necesitaba esa agua para bañarse.

Francisca ha visto las manchas de sangre en la falda y las bragas de Lucía, cuando las retiró de la habitación para lavarlas.

No es la misma sangre, se ha dicho, y no tienen por qué estar en la falda también.

Francisca escucha la conversación del capitán y de su hija, y se da cuenta de que ella no debe ni puede intervenir. Solo mantener su silencio y preocuparse de lo que ha de pasarle a la muchacha, pero mucho más al capitán, el hombre al que a ella le toca cuidar, el hombre que carga sobre sus hombros todo el destino de la colonia.

Francisca se da cuenta de por qué Lucía Montes le ha pedido los calzones, y por qué se ha perfumado más que de costumbre.

...



El hombre ha dejado que la sangre termine de secarse sobre su miembro y que se esconda parcialmente entre los pliegues de la piel. Se pregunta por qué le ha permitido que se vaya sin hacer nada, y si lo que acaba de pasar es lo mismo que pasaba con sus mujeres, con Arapy o Mainumbi.

Sabe que no es lo mismo, que nada es igual, desde que tuvo que dejar el bosque donde la tierra es más alegre, mucho más roja.

Está saciado y no le gusta que ella se haya ido. Se pregunta si volverá, pero evita que ese pensamiento continúe. Debe reconocer lo que pasa sin apego, como cuando cazaba en el bosque. Debe reconocer que está solo en una tierra extraña y triste. Buscar placer en su comida y en el sueño. Pero su comida y su sueño no alcanzan si no hay algo más.

Algo más. Eso es lo que falta. Tal vez un lugar mejor, con gente como él. Tal vez su pueblo, allí, río arriba.

No, su gente no.

El hombre se levanta y se acerca al agua donde se lava las manchas de sangre. Le es inevitable pensar en la mirada de la mujer. Una mirada que decide en el momento, que permanece contenida esperando el curso de las cosas, que hará lo único que pueda hacer, de acuerdo a las cosas.

Siente que empieza a conocer el paisaje, que este es el lugar que tiene asignado.

Es un lugar, se dice, para experimentar el alivio que significa tener una referencia de nuevo, aunque represente tanta soledad.



Es al menos un lugar donde volver, donde dejar algo. Nunca había sentido el tormento de no tener donde parar como el que experimentó en su caminata de quince días. Ese hacer un alto cuando se terminaba la jornada y el cansancio le impedía seguir avanzando, cuando de tan exhausto, no le restaba más que echarse y caer en un letargo profundo e intermitente, interrumpido por los ramalazos de alerta, fruto de su desprotección.

Ahora tiene un lugar, aunque se vea tan vacío y tan abierto. Mucho más vacío y más abierto por el hecho de estar solo. Pero es mejor que esa fatiga que le iba calcinando las piernas y la garganta y que, sin embargo, seguía tentando como si quisiera suprimirse, como si quisiera caer vencido, y entregarse, de una vez por todas, para dejar de ser eso que era: un fugitivo que se ha quedado sin hogar, sin nada.

Sin embargo, siguió, casi sin saber a dónde iba, como si una fuerza externa lo llevara, aún en contra de su voluntad. Hasta que vio el talud, hasta que tuvo que decidir que ese era un lugar, en especial porque los últimos tres días se lo había pasado caminando entre bañados y chaparros amargos, viendo algún que otro pájaro solitario y bandurrias que exhibían sus ordenados diseños comunitarios en el cielo.

El talud, aún en su indiferencia, significaba un cambio, salir de los bañados que parecían conducirlo hacia abajo, a un laberinto sin fondo, del que no saldría jamás, en el que se vería obligado a vagar sin descanso, sin encontrar un sitio para hacerlo suyo.

Este, todavía, no lo era, pero comenzaba a serlo. Había podido dormir de un tirón las últimas dos noches. Había conocido a la mujer.

De aquí empezó a obtener lo que necesitaba. A esa mujer virgen no la necesitaba y, sin embargo, apareció allí, y dejó que él se lo hiciera. Esa mujer es algo atractivo, le interesa y tiene ojos que miran diciendo cosas que él no entiende. O, tal vez, sí.

Tal vez haga falta una mujer para que un lugar se convierta en tal, por lo menos una. Pero esa mujer no se queda, aunque pertenezca a aquí y aparezca regularmente, como el sol o la luna.

Esa mujer deberá volver y traerle lo que le corresponde. Ahora mira el río y piensa que es muy difícil incorporarlo a su sitio; el río es lo contrario de un sitio, el río es imposible de

sujetar, es imposible apropiarse de ese río tan grande, que podría llevarse lo que significa un lugar. Y la mujer, como el río, puede traer muerte.

Sabe que, desde que tuvo que irse por aquello, se ha acercado a la muerte, y tiene que estar alerta para escapar. Se pregunta si tendrá que matar para salvarse. Se dice que quizás no, pero debe estar preparado.

Reflexiona de pie frente al curso poderoso de agua, que parece llevarse todo y no dejar nada. Tiene que buscar más leña para el fuego. Aunque esta vez, esta noche, quizás no convenga encenderlo. Es justo en ese instante cuando percibe el movimiento detrás de sí. No es un ruido, no es el siseo de las hojas contra un cuerpo. Es una energía que advierte detrás, a su izquierda. Se queda inmóvil, aguzando el oído, pero sigue sin escuchar nada. Sin embargo, está ahí, están ahí.

El hombre detiene su respiración, gira lentamente su cabeza y los ve junto a la barranca, a no más de quince metros.

Casi sin moverse controla la situación de la lanza. No está cerca. Piensa en alguna alternativa, pero no la hay. Tiene que hacerse de ella de cualquier manera. Sabe que ir por ella puede echar todo a perder, pero no hay opción.

Muy quedamente, se vuelve hacia el arma y, sin mirarlos, comienza a desplazarse en su busca. Parecen no alarmarse.

Llega hasta la lanza y, lentamente, la enarbola sobre su cuerpo extendiendo el brazo. Están a quince metros, y hay uno que empieza a observarlo.

Sin embargo, no hace nada. De dónde viene esa confianza, se pregunta. Esa misma inquietud lo demora. Algo extraño pasa. Reflexiona a toda velocidad. No, no pasa nada extraño. Tiene que hacerlo ya.

El hombre tensa toda su musculatura desde el abdomen e inspira presionando las alas de la nariz.

Alcanza a ver el pasmo en esos ojos cuando la arroja descartando toda su fuerza.

La lanza se clava profundamente por sobre los omóplatos, en la raíz del cuello.

Los carpinchos restantes huyen dejando a la víctima que salta convulsivamente alrededor de la lanza que hace de pivote.

Son muchos saltos enérgicos y desesperados. Luego la intensidad decae y parece que la desesperación y el pánico ceden ante la entrega y la muerte, que acude con su aturdida debilidad.

Algo que el hombre ya conoce. Algo que, como siempre, sucede en todo el cuerpo, pero se ve en los ojos.

El hombre debe acudir enseguida para terminar con ese animal que le fue asignado, para suprimir su agonía. Y deberá hacerlo mecánicamente, sin ninguna atención.

Es la forma de matar, siempre lo mismo, se dice. Es lo que hay que hacer.

Lo que no debe hacer, sin embargo, lo hace. Mira la última luz en los ojos del carpincho, y ve lo que, al final, solo al final, les pasa a los hombres: la entrega mansa, la entrega muda, a la que manda desde el primer día, a la que justifica el nacimiento y los despertares, a la que tal vez venga de manos de la mujer virgen.

El hombre comprueba que el animal está muerto ya. No tuvo que hacer nada, la lanza entró donde mata enseguida. Mira la tierra gredosa y revuelta alrededor del animal para agradecerle. Lo hace más por miedo que por convicción. No ve que tenga que agradecer nada, ni la presa que va a comer, ni haber tenido que matarla. El hombre se pregunta si hay algo que agradecer, sabiendo que todo lo que haga es para justificar la muerte.

Lo que sí hay que hacer es buscar leña. Eso es lo más difícil. Las ramas están verdes y son demasiado flexibles y flacas; cuesta cortarlas. Lo que se encuentra seco es poco, y arde demasiado rápido.

Rápido, como el proceso entre el lanzazo y el cuerpo exánime de un animal que alcanzó a percibir, que en un instante fugaz experimentó el pánico de darse cuenta de todo.

Pero fue demasiado rápido, como tantas cosas, como el hecho de tener que haberse ido de su tierra, como la leña que se quema para convertirse en cenizas.

El hombre piensa que es verdad, que las cosas le son asignadas. Es el destino, su destino, y de nada vale querer cambiarlo. Solo se trata de vivir cada día. Día por día, consiguiendo lo que necesita hasta que llegue la noche y deje lugar a otro día. Pero de ese no hay que preocuparse, ese es una idea. El día es hoy, solamente hoy, y de ese hoy, debe ocuparse ahora.

Ahí está el cuerpo del carpincho, entregado a él como una ofrenda, carne que será su carne. Carne que se convierte en eso, cuando los ojos dejan de alumbrar. El hombre evoca perfectamente la mirada del animal justo antes del lanzazo. Sabe que esa mirada no se borrará de su memoria. Esa mirada que acababa de descubrir todo.

El hombre se ha acostumbrado, lo sabe, y se dice que debe ocuparse de conseguir la mejor leña posible.

...



Lucía Montes ha vuelto. Tenía que hacerlo. Era inevitable. Era necesario para reconocerse, para tratar de entender qué pasa, qué fue lo que pasó en ese día en que su cuerpo fue hollado por primera vez. Por primera vez y de mano de un indio, de un ser humano, aunque algunos afirmen lo contrario. Quisiera poder hablar con él. En realidad, quisiera escucharlo, porque ella no tiene nada que decirle.

Quisiera preguntarle por qué, sí; por qué. Pero él jamás podrá contestarle.

Lo que pasó fue simplemente eso, piensa.

Simplemente.

Un hecho que ha de suceder cada día, sencillo, somero, como la misma muerte que alguna vez va a conocer. Y, sin embargo, un hecho que la convierte en una persona distinta. Muy distinta.

No soy tan diferente porque lo haya hecho, lo soy porque lo hice con él.

Cuando se dice él, se da cuenta de que, en verdad, hay un cambio en la importancia del hombre con el que ha tenido ese contacto. Es consciente de la influencia del hecho en su vida. Concibe uno de los sentidos de la palabra posesión, de lo que la relaciona con su género. Maldice. Y, sin embargo, es así: ese hombre la posee, posee una parte de ella.

Pero eso lleva su arma, y sabe que tarde o temprano tendrá que usarla.

Por eso, ha vuelto.

A Lucía Montes no le resta otra cosa que observarlo, que verlo así, semidesnudo, sucio del polvo adherido en su piel apagando el brillo, como si el polvo se hubiera pegado sobre escamas.

Escamas. Hay algo de pez en ese hombre, algo acuático, blando. No como los hombres de España, más rígidos y secos. No es el momento, pero sabe que ese cuerpo, así, más líquido, puede darle placer.

Lucía Montes ve cómo el hombre trata de trozar las ramas flexibles. El hombre debe arquearlas casi hasta juntar los extremos para que se quiebren, para que se escuche el estallido de las fibras. Es demasiado trabajo para poco resultado. A Lucía Montes le gustaría ayudarlo, pero no puede. Se limita a contemplar su trabajo.

Él es consciente de que Lucía Montes está parada allí, sobre la barranca, ni cerca ni lejos, pero aún no lo manifiesta. Utiliza esos instantes para ver qué pasa, para saber si tiene deseo de ella. No lo tiene, ahora no. Ahora debe abocarse a asar el animal. No la mira, pero es como si lo hiciera. Acepta que ella contemple su labor, acepta su presencia.

Más que eso, le gusta que haya regresado, que esté ahí. Cuando le parece que podría volver a tenerla, si quiere, evoca su mirada. Él ha tratado de escudriñar qué hay en ella a través de sus ojos. Y hay algo de lo que está seguro: no ha visto maldad, no ha visto segunda intención. Ha visto ausencia, como si las cosas que le pasaban a ella le estuviesen pasando a otro, como si fuera una espectadora de sí misma y se ha dejado hacer como si asistiese a algo extraño, algo novedoso de lo que no tenía ningún registro.

Entonces, duda. No lo sabe. No sabe si eso volverá a ocurrir. Por eso le gusta que esté allí, ahora, en el día en que va asar un carpincho.

Ella esboza una sonrisa.

No llega a serlo, pero su boca de labios delgados se arquea debajo de la nariz delicada, dejando entrever la blancura de sus dientes. Entorna los párpados, es su gesto de niña. Su padre nunca supo si era para seducir o para ausentarse. Ella tampoco. En todo caso, es su gesto natural. Algo que cuesta relacionar con la mujer enfrentada a Rodrigo Balbuena. Algo que cuesta atar a la mujer que observaba al hombre, mientras él exploraba su ropa

y sus pechos. Este gesto se aleja del de la atención resuelta, de la voluntad segura de aquellos actos.

Lucía Montes también puede vivir el día, recostarse en el momento, sin preguntarse nada, y de pronto sonrío.

Es el olvido.

La sonrisa íntima y bella de Lucía Montes es eso: el olvido.

Un olvido peligroso, el mismo que provocará la tragedia. Algo alejado de la voluntad de prevenir, de la necesidad de acumular. Algo distante de esa obligación, esa laboriosidad, ese sacrificio, ese no olvido que expanden a España por todo el mundo.

El hombre no tarda demasiado en encender el fuego, hay buena hojarasca muy seca, y la llama se extiende con la brisa sobre las maderas flacas.

El hombre se vuelve hacia Lucía Montes y se queda quieto, como estudiándola, como registrando lo que ve. Después hace algo que le resulta natural. Algo que no ha pensado. Gira su cabeza hacia el animal que va a cocinar sobre el fuego e invita a Lucía Montes con un gesto de la mano, casi el mismo gesto de cuando le hizo saber que tenía hambre.

Lucía Montes niega con la cabeza.

Es demasiado.

Permanece extática unos instantes, como si estuviera en otro sitio, como si se alejase a otro mundo y hubiera dejado de ver al hombre y su gesto.

Al cabo, parece volver a reparar en su invitación y a entender lo que está pasando.

Lucía Montes gira sobre sí misma y comienza a alejarse, anhelando que el hombre se quede donde está. Quiere irse cuanto antes.

Ahora sabe que es peligroso, doblemente peligroso, tanto si respondiera con su estilete como con su cuerpo.

El hombre come la carne que ha cocinado con lentitud. Es una carne clara y delicada. Y con una firmeza que estaba necesitando. Contempla el río. Ese río que lo ha separado de su historia. Esa masa de agua ajena que corre sola. Todo quedó del otro lado, un lugar que empezará a olvidar, pero que no olvidará nunca. Él cruzó a este lado; él mismo tomó el tronco medio



podrido y bogó hacia esta costa, donde creyó ver más cosas. Y, sin embargo, no había tantas como le hubiera gustado. Pero la tierra plana y pálida le da lo suficiente, hasta ahora. Tal vez le haya dado también a esa mujer, que sabe bajar los párpados como lo hacía Arapy.

Esa mujer le trajo los primeros alimentos y ahora él empieza a saber cómo encontrar lo que cada día le tiene dispuesto. Se quedará en el lugar, aún a riesgo de ser descubierto, aún a riesgo de morir. Algo le dice que no, que no va a morir allí, que todavía tiene mucho que hacer, mucho que hacer. Todavía hay muchas cosas que lo están esperando, que la tierra donde se mata y se muere le tiene destinadas.

...

No es cuestión de esperar que las cosas lleguen, como si nos hubieran sido destinadas. Hay que ir por ellas, no te olvides, dice Montes, que se ha calzado los greguescos y mira a su hija.

Ella ha cambiado la falda y los guardainfantes por un pantalón. Por esa ropa basta de hombre. Lucía Montes sabe que su padre piensa en sus pantalones. Sabe que su padre amarra esos pantalones con su falta de interés por algún hombre. Lucía sabe que la ropa que se ha decidido a usar desconcierta a su padre que, seguramente, piensa que ella es tan amazona como hembra, si existe alguna diferencia. Y existe, porque una amazona no se deja tocar los pechos por una animal líquido y caliente.

Hay que ir por ellas, dice Montes.

Es lo que hemos hecho siempre. Ir a buscarlas y después organizarse.

Diseñar los días, asegurar el sustento y la previsibilidad, aún aquí, donde los cerdos ablandan su carne, y hacen una grasa blanquísima, donde los frutos crecen desmandados e insípidos, donde la grama cubre todo como olas.

Y tú, hija, dime, ¿a qué crees que has venido?

¿Por qué preguntas a qué creo que he venido?

No entiendo.

Lo entiendes, padre, pero igual necesitas escucharme. Necesitas escuchar que no me engaño, que no creo en cosas que no pasan.

¿A qué has venido entonces?

No lo sé bien, pero en todo caso, no creo nada. En Sevilla la vida transcurre como las señoras por la plaza, orondas y aburridas. Y no hay hombres.

Lucía Montes sabe que a su padre le gusta escuchar eso. Y, también, que no cree en ese súbito consuelo de que su hija pueda seguir el camino seguro de la normalidad, si es que eso existe.

¿Has hablado con alguien aquí?

Si te referes a hombres, apenas con Edgardo de Villanueva.

¿Qué te ha parecido?

Pues bien, padre, un hombre respetuoso, alguien que no se compromete con sus opiniones.

¿Cómo lo sabes?

En realidad, no lo sé, me parece. ¿Tú qué dices?

Lo mismo que tú, tal vez se siente cohibido frente a ti. ¿Con quién más hablas?

Con Francisca, aunque dice muy poco.

¿Qué piensas de ella?

Es correcta y callada. Cree que está a gusto aquí con su vida. Parece que le gusta prepararme el baño.

Hablarán de hombres.

No, de verdad, nunca dice nada. No me los desea. O eso creo. No me habla de hombres, y ya sabes, no es un tema del que me agrade conversar.

Montes hace silencio. No se resigna del todo a encontrarse con ese muro infranqueable que supone la vida íntima de su hija. Esa vida los va a separar siempre. Lucía Montes, tarde o temprano, llevará una vida íntima que no le agradará a su padre. Sabe que él lo va a aceptar, y que, al final del día, no tendrá que ocultarle nada. Lo sabe tanto como que a su padre le resulta casi imposible la alegría, la vana ilusión de la alegría.

Pues a veces es necesario apelar a la voluntad, Lucía. Hacer las cosas forzando el resultado.

¿Te parece, padre?

¿Y a ti qué te parece?

Ganarás el pan con el sudor de tu frente. ¿Tú lo crees?

A decir verdad, no lo sé. Pero es lo que hemos hecho. Trabajar, está en nuestra cultura.

Me has dicho que aquí la gente no piensa así.

¿Qué gente?

Los indios, los habitantes de estas tierras.

Y así están, llevando una vida de animales.

¿Tú crees?

Mira, ni siquiera los más avanzados se acercan a lo que hemos conseguido nosotros, ni siquiera escriben, por lo que sé. Tienen sus edificios, y una observación del cielo, saben cultivar tan bien como ejecutar sacrificios humanos. Les gusta la sangre y, según me han dicho, se beben la sangre del enemigo.

¿Y nosotros, acaso no matamos?

Sí, y hacemos catedrales, monumentos que ellos ni siquiera son capaces de soñar, escribimos poesía, tratados de ciencia, alquimia, reproducimos en cuadros una realidad tan diáfana como la que vemos, navegamos los mares en embarcaciones que ellos jamás podrían construir.

Y eso es fruto del trabajo.

¿Tú qué crees?

Que tienes razón. Pero la alegría nos sigue siendo esquiva.

No estoy de acuerdo. Dime si no hay alegría en las fiestas, en los bailes, en nuestro modo de cantarle a la virgen.

¿Es que ellos están más tristes que nosotros?

No puedo contestarte. En todo caso, es una reflexión que parece no serles inherente. Ellos repiten su ritual cotidiano, como los animales.

¿De veras piensas que son así?

Sí, se parecen más a los animales que nosotros.

¿Por qué?

Van día por día, esperan que las cosas pasen. No las fuerzan.

Y eso, ¿te parece equivocado?

No, me parece antinatural para nosotros. Nosotros hemos elegido trabajar, ganar el pan con el sudor de nuestras frentes, has dicho tú. Lo que para ellos es normal no lo es para nosotros. Hemos decidido trabajar, construirnos un futuro. Somos conscientes del futuro. Ellos parecen no serlo, por lo menos, no en la misma medida.

Lucía Montes contempla a su padre. Él sabe mucho más de lo que expresa. Lucía Montes entiende el disgusto de su padre por lo que le toca defender. El disgusto de aportar al sistema, a España, a las colonias, porque, en su condición, no tiene mejor cosa que hacer.

Esta tierra es insegura, padre, dice Lucía Montes y piensa que la tierra tiene mucho de calma tramposa, mucho de amenaza solapada tras la planicie muda, tras los animales modestos y tímidos.

Bebamos un buen trago de vino, hija, e invitemos a Villanueva. O a quien quieras, comeremos a la mesa juntos, como cristianos.

Como cristianos. ¿Qué quieres decir?

En la mesa, Lucía, no como los indios.

O las mujeres y los niños.

Montes hace silencio mientras Lucía Montes se recoge el pelo como al acaso.

Dime, padre, ¿qué es lo que nos hace cristianos?

Que comamos a la mesa, por ejemplo.

Debería concluir que las mujeres y los niños lo son menos, ya que lo hacen separados y tantas veces sobre el piso.

No es a mí a quien debas decirle eso.

Lo dijiste tú, pero no viene al caso. Dime, entonces, qué es lo que crees que nos hace cristianos.

Supongo que no lo obvio, supongo que son las mismas costumbres, el haber vivido juntos, la capacidad de comunicarnos.

La capacidad de comunicarnos.

Sí, a través de los códigos que hemos establecido o que se han establecido para eso.

¿Qué quieres decir?

Que no sé qué es lo que hace el hombre por responsabilidad propia, y lo que le toca hacer.

Las circunstancias. El destino o la libertad.

Nuestro credo dice que somos libres.

Así es.

Durante el silencio que sigue, Lucía Montes se pregunta cuál es el peso de las circunstancias en su decisión de haber cruzado el océano, la mar oceánica. Y lo mismo del encuentro con ese

indio, el hombre acuático que se le metió adentro, sin que ella hiciera nada. Ese indio cuyo corazón siguió latiendo porque ella quiso.

Quién se le metió adentro, y qué fue lo que ella quiso en realidad, piensa Lucía Montes. Jamás lo podrá hablar con ese hombre, jamás podrá transmitírselo.

Tampoco con este, su padre.

No tiene deseos de comunicárselo al indio, sería idiota. Eso es, idiota, porque el indio no es ni será cristiano. Con el indio no se podrá comunicar.

Piensa en la mirada del indio cuando exploraba bajo su falda. Y en la otra mirada, la de cuando la invitó a compartir esa carne blanca como la de los conejos. Tal vez no haga falta más que eso, que compartir las circunstancias. Estas circunstancias hechas de cosas pequeñas, mínimas, mezcladas con cosas gigantescas, como la llanura, como ese caudal de agua, hierático y ajeno.

Edgardo de Villanueva es un hombre delgado, de baja estatura, enjuto, de un pelo algo crespo y renegrado, casi azul.

Tiene un gesto afable, simpático. No se parece en nada al del hombre que acarrea el agua, distante y concentrado en lo suyo, receloso, frente a la hija del capitán Montes.

Ahora se lo ve distendido. Seguramente es la presencia de Montes que lo ha invitado. Villanueva se mueve con disposición, sin apagar una sonrisa esbozada en el marco de sus finos bigotes negros y su línea de pelos que divide el mentón en dos. Lleva el cabello muy largo, mucho más largo que lo normal, y se lo recoge con una cinta negra. A Lucía Montes le agradaría saber cuán largo es el pelo de Edgardo de Villanueva.

Dice que sigue con sus dolores de rodilla. La derecha. Dice que le duele desde el día que corrió detrás del carro, cuando se desbocaron los caballos. Dice que ahora no podría hacerlo, que ya se va a aliviar, aunque el dolor tarde tanto en irse.

Villanueva se ocupa de la huerta y de los animales. Son alrededor de diez las personas que dirige. Nunca se han escuchado quejas de su trabajo.

Dígame, don Edgardo, después de tanto tiempo aquí, ¿no desea volverse?

Ya se lo he dicho.

No lo recuerdo.

Sí, cuando venía con el carro y el tonel con agua para riego.

Sí, pero no hablamos de eso.

Usted me preguntó si extrañaba España.

No recuerdo haberle preguntado si deseaba volver.

Es verdad, pero bueno, ambas cosas están muy relacionadas.

¿Entonces?

No lo sé, sí quiero volver. Me gustaría sentir esos aromas como le dije, ver la ciudad, las calles de noche en el verano, las montañas.

¿Las montañas?

Sí, ¿no se lo dije? Yo soy de Garralda, del norte, aunque mi apellido no lo sea. Me gustaría volver a ver los pueblos con sus casas de piedra y sus techos inclinados, sus ventanas de madera. ¿Y a usted? ¿Qué le gustaría volver a ver, capitán?

Lucía Montes sabe que su padre no se permite la añoranza. O no la tiene. Ve cómo ese hombre, aún muy elegante, se echa un trago de vino y cómo, después, observa a Villanueva con una sonrisa. Un gesto que quizás esté diciendo eso, que la pregunta no viene al caso. Villanueva sostiene la mirada de Montes sin apagar su sonrisa, con simpatía, como si los dos hombres estuvieran compartiendo algo en silencio.

Debo concluir por su sonrisa franca que lo está pasando bien, Edgardo.

Así es, capitán, muy bien.

Montes escruta la mirada de Villanueva y espera alguna referencia galante a su hija. Villanueva permanece observando con sus ojos risueños a Montes. Y no dice absolutamente nada.

Hay algo especial en este hombre, algo profundo y secreto, pero le tengo confianza, piensa Montes.

Ha hecho bien, Edgardo, digo, en no agregar nada.

Lucía se da cuenta de que se refiere a ella.

Ahora es tiempo de aprovechar estos bocados que son sabrosos, gracias a la mano de Francisca, invita Montes.

Carne vacuna. Es un cocido con mucha carne como no se puede comer en España, con nabos, cebollas, ajo, y pan, por supuesto. Alguna vez Francisca se ha arriesgado con otro producto

de las Indias: el tomate, y usa a menudo el zapallo, porque crece en abundancia. Es la comida que ya comen en la península, readaptada a la vastedad blanda de esta América que apareció para cambiar el destino de España, y del mundo entero.

¿Qué le parece la comida, Don Edgardo?

Pues cuesta un tiempo adaptarse, es normal.

¿Pero le agrada?

Bueno, le diría que empieza a agradarme.

¿Cómo es eso?

Mire, señorita, hemos crecido con unas costumbres, y cuando estamos lejos de esas costumbres, quisiéramos traérlas al nuevo lugar para tener referencias, para sentirnos menos extraños y, en definitiva, menos solos. Y la comida significa mucho, porque puede ser un placer, y como ve, aquí no hay demasiados. A veces, solamente se trata de alimentarse, y eso se relaciona con la supervivencia. Es ahí cuando más extrañamos nuestros platos.

¿Qué es lo que más extraña usted?

Pues ahora el pescado de allá, será porque el salado se acabó. Tal vez tengamos de nuevo con la próxima carreta.

¿Le parece que, si pudiéramos comer exactamente lo de nuestro reino, estaríamos mejor?

Sería algo artificial, pero no lo sé. En todo caso, las comidas dependen de la tierra, como todas las cosas. Creo que hay comidas que saben mejor en un lugar y otras en otro. Creo que cada tierra tiene su comida propia y allí hay que explorar. Aquí la carne sabe mejor, ¿no le parece?

Pues no lo sé, no sabe nada mal.

Montes escucha atentamente el diálogo de su hija y Villanueva. Piensa en la palabra artificial, y se da cuenta de que está sujeto a esa palabra, casi como un esclavo. No solamente él, sino toda la colonia, todo el tráfico de España por su reino donde no se pone el sol. Piensa cuánto podrá durar una España así, alejándose de sus costumbres y, sin embargo, tratando de imponerlas a cualquier precio.

Dígame, Don Edgardo, ¿usted cree que hay comidas de aquí que saben mejor que en España?

¿Y usted qué piensa, capitán?



A Montes le disgusta la respuesta de Villanueva. Ese desparpajo y esa solvencia. Trata de ser elocuente con su mirada, pero Villanueva sigue sonriendo.

Esa pregunta se la he hecho yo, Villanueva.

Pues creo que sí, y también que, si quisiéramos llevarnos alguna receta encontrada aquí a nuestros pueblos, probablemente fracasaríamos.

Interesante.

Capitán, yo creo que el gusto de la comida depende del lugar, y lo que es delicioso en tal o cual plaza, tal vez no lo sea en otra.

Habría que saber cuál es la opinión de Francisca, acota Lucía Montes. Es ella la que más tiene que vérselas con eso menesteres.

Pues sí, responde Montes, nosotros ya le hemos hecho alguna que otra sugerencia, pero con poca suerte.

A los cocineros, en general, no les gustan las sugerencias, aún las de buen tino.

Como hervir seso, agrega ella, en lo que mi padre es un experto.

Algo cambia en la mirada de Villanueva, pero mantiene el silencio.

Después Lucía Montes comienza a hablar de Sevilla mientras Villanueva recupera su usual apostura, hecha de una sonrisa indeleble y unos ojos marrones, muy brillantes.

...

Prever, precaver, diseñar.

Eso nos hace diferentes. Eso, el concepto de tiempo, de futuro. Esa es la diferencia con los indios, nuestro grado de evolución, nuestra capacidad de forjar nuestro futuro. Hemos sido capaces de elegir, de hacer el camino. Ellos no eligen, o apenas, como las bestias. En todo caso, eligen menos. No tienen las herramientas, aún no las tienen.

Lucía Montes piensa que el acceso a los avances, la capacidad de prevenir, es un modo de libertad, un camino a la libertad, a la capacidad de optar. Ha escuchado que muy al norte, más cerca de España, hay indios que son capaces de muchas más cosas, indios que se parecen más a ellos, por lo menos en la intención de conocer, de prevenir, de usar máquinas para hacer lo necesario, de sistemas para organizarse.

Lucía Montes está en el establo donde se guardan las herramientas. Está sentada sobre un cajón en el que trajeron enseres para el poblado. El verano llega y no tiene deseos de acostarse en la hora donde el sol cae casi a plomo. Allí está fresco para descansar. Descansar y poder ver las cosas que han traído, lo que los hace diferentes a los indios, lo que les permite elegir.

Sonríe. Ve las tres pequeñas hachas colgadas y alineadas en la pared de madera. Piensa en el chasquido de la madera quebrándose entre las manos tensas del indio.

Contempla el hacha. Allí está lo que permite prever, programar: la herramienta. Un hacha que ha de servir para trozar la

madera sin tanto esfuerzo. Un hacha que también pueda servir para otras cosas, construida de una sustancia durísima, que no se encuentra por allí, expuesta como tal. Una sustancia donde tuvo que operar el hombre para que se manifieste, donde el hombre cumplió con su destino de definir, de trazar por dónde va. Pero ha de faltar mucho tiempo, aún, para que asuma esa realidad, esa emancipación, porque son muchos más los que sostienen lo contrario, especialmente en Sevilla, donde no hay nada que aprender, donde el saber se hereda de Dios, inexorablemente; y son los curas y los reyes, los encargados de remarcarlo hasta la plétora; no sea que su poder corra peligro.

Ahí está el hombre, en esa hacha, que diseñó para operar sobre la madera. Operar, trabajar, ganar el pan con el sudor de la frente. Lucía Montes se pregunta si esa es la diferencia entre los indios, el indio y ellos, la gente de Europa, los cristianos.

Lucía Montes descuelga el hacha de la izquierda, con la izquierda, su mano hábil. No es casual que yo sea izquierda, se dice, que este sea mi lado de hacer las cosas.

...

Es curioso, ya he hecho este trayecto muchas veces y, sin embargo, se siente diferente cada vez. Ahora es el olor, un olor mustio y fresco al mismo tiempo. Un olor que hace pensar en el agua dulce. Dulce no, endulzada. Algo que lleva a imaginar al agua llena de partículas comestibles en suspensión. Y así es, porque de eso han de vivir tantos bichos que andarán allí adentro, casi más grandes que los del mar, se dice Lucía Montes. Unos bichos de la oscuridad, feos, monstruosos y opacos, con gusto al agua del río, tan llena de cosas. Cuánto más bello es el pescado azul o el blanco de nuestro mar. Y más limpio. Aquí todo lleva una pátina de polvo amarillento, hasta los pescados oscuros y contrahechos. Hasta los indios; el indio, al que le llevo el hacha.

Tengo que darle tranquilidad, tengo que ser amigable, y así me entenderá. Eso espero. Pero quiero dársela, para que él no tenga que partir las ramas flacas con ese esfuerzo. Él me va a entender. Quiero que me entienda, y que me toque. Sí, esa es la verdad, quiero que me toque, aunque, de alguna manera, lo rechace. Tal vez sea así, seguramente. Quiero que haga lo mismo que esa vez. Será mejor que el hacha esté lejos.

Lucía Montes siente en su interior un claro recelo, pero es atraída como el borracho al abismo. Lucía Montes se abisma en lo que va a hacer, o en lo que se va a dejar hacer.

Tal vez no sea ocioso que la lleve. Ella siente que el hacha significa algo, que la acompaña. Y su silueta menuda se desplaza y recorta la barranca, junto al río con el hacha en su mano izquierda.

Cuando llega, el hombre está allí. Ella ensaya una sonrisa pero él se limita a observar lo que ella trae. Lucía Montes no sabe qué hacer. La levanta como para exponerla, pero se siente cohibida por la actitud del hombre. Se desplaza hacia un lado. Ve cómo el hombre busca su arco que está apoyado sobre la pared de la barranca. Lucía Montes lanza el hacha al suelo, tratando de demostrar que no representa ningún peligro. Después hace el gesto que el hombre ya le conoce y que quiere decir que espere. Entonces, Lucía recoge el hacha y se dirige hacia una rama que el hombre ha dejado cerca. La levanta con un envión hacia arriba y, cuando llega hasta su máxima altura, deja la herramienta suspendida un instante mientras se impone el peso. Entonces, imprime otro envión relajado, en sentido contrario y hacia abajo, dejando que ese peso multiplicado se descargue sobre el leño, como si la hubiera soltado, estableciendo el lugar de la hendidura en el mismo momento de lanzarla.

Su padre había observado, ya en Sevilla, el manejo casi instintivo de las herramientas que tenía su hija. Mejor que en muchos hombres. Primero lo había cautivado, lo consideraba un síntoma de libertad. Una libertad que le atribuían a él, y de la que él mismo dudaba mucho.

Los actos de libertad no la implican necesariamente. Él sabía de eso. Era español. Enseguida empezó a preocuparse. Su hija prefería las herramientas a sus muñecas. Peor, se inclinaba hacia el florete o la navaja, más que a los juegos con las niñas.

Con el tiempo Montes supo que poco podía interceder para cambiar a su hija, si eso hiciera falta. En todo caso, él tenía que hacer lo que pudiese y dejar que las cosas sucedieran, porque sabía que Lucía Montes correría riesgos que las mujeres, normalmente, evitaban.

Se sintió un sordo chasquido, muy diferente al que ocurría cuando el hombre quebraba las ramas con las manos. Este fue seco y ahogado, y el hombre pudo ver cómo ambos pedazos de la rama se separaban, desmayados, sobre el suelo.

Él también había pensado en ella. Y la deseaba. Había salido a revisar la trampa del arroyo y había encontrado dos amarillos bastante grandes. Tenía aún buena parte del carpincho que debía

comer primero, y devolver después a la tierra, para que ella terminara de comerlo. Había pasado la mayor parte de la mañana, sentado junto al agua tratando de entender. Alguna vez se había hablado de gente, o tal vez dioses, que llegaban desde lugares desconocidos, de distancias que no se podían imaginar. Tal vez ella fuera de esa gente, y él era el primero de los suyos en conocer a alguien así. Pero no había nada demasiado especial, salvo todo lo que usaba para taparse, y el color de los ojos, donde era fácil separar el iris de la pupila, donde había una suerte de transparencia, que parecía decir más que en los de su pueblo.

Pero ella no era tan diferente.

O quizás un dios no era más que eso: algo desconocido, extraño y hermoso. Algo que se desea.

Sintió una súbita amenaza cuando vio el objeto que llevaba en su mano. Vio que era brillante y macizo. Que estaba hecho de eso que era más duro que la piedra, y que los de su gente conocían de otros pueblos, desde donde vienen los ríos y más lejos aún. Siempre había buscado ese material, pero no había tenido suerte. Ahora lo veía en las manos de ella, y sintió que, tal vez, fuese un arma. Buscó su arco y cuando lo tuvo, vio cómo ella dejaba caer el objeto, mientras miraba la tierra.

No venía a atacarlo. No era un ardid.

Él bajó el arco.

Entonces, como pidiendo permiso, ella se acercó al objeto, volvió a tomarlo y caminó unos pasos hacia la costa, cerca de la leña que había recolectado el día anterior.

Después vio cómo lo elevaba y lo descargaba, y cómo partía la rama, con un ruido parecido a cuando una flecha entraba en el cuerpo de un animal grande.

Lucía Montes le hace señas para que se acerque. El hombre vacila apenas unos instantes, y después se aproxima con el arco en la mano.

Lucía Montes le ofrece el hacha.

El hombre deja el arco a sus pies, detrás de sí. No están lejos del agua gredosa, ella más cerca.

El hombre toma el hacha y la sopesa. Prueba, con la yema de sus dedos, la lisura del metal y el filo. Confirma que es imposible obtener algo así con las piedras o los huesos.

Lucía Montes lo invita a que pruebe sobre la leña. Se siente inquieta. Recurre a la memoria del puñal y busca alejarse exiguamente, más para prepararse que para tomar distancia. El hombre nota el cambio. Lo ve en esos ojos de iris marrón translúcido. La observa un instante. Desconfía. Sabe que tiene que desconfiar.

Después se acerca más a la pila de leña. Se vuelve hacia Lucía Montes y, enseguida, descarga un hachazo sobre la madera. Lo hace con cierta rigidez, manteniendo la fuerza y sin articular la muñeca. Se siente un ruido apagado, débil. Hay apenas una incisión poco profunda en el leño. Se da cuenta de que esa no es la manera de utilizarla, y en el segundo intento quiebra la muñeca, dejando que el hacha oscile hacia arriba y atrás. Después, tensa la muñeca en sentido contrario y suelta para que el hacha se lance bajo su propia aceleración. Tal vez sea como batir los tambores, piensa. Es exactamente así.

Se siente un chasquido seco, y el hombre ve como la rama se separa en dos pedazos. Ve el corte neto, limpio, y luego observa a Lucía Montes. Ella asiente.

El hombre sostiene la mirada sobre ella.

Lucía Montes espera.

El hombre deja caer el hacha. Se acerca a ella, que permanece inmóvil. Lucía Montes palpa por última vez el cabo del puñal, mientras deja que el hombre la eche al suelo bajo el calor del mediodía.

Lucía Montes, en el suelo, deja que su cuerpo se ablande. Abre las piernas bajo la cadera del hombre que se ha levantado la faldilla de cuero.

El hombre la penetra y puja varias veces dentro con tensa lentitud. Después sale y comienza a correrle las mangas, liberando los brazos.

Es de una blancura desconocida. Ni siquiera los niños tienen ese color de piel. Es de un blanco que asegura suavidad. Quiere destapar todo su cuerpo, sacarle lo que lo cubre, pero no sabe cómo hacerlo.

Lucía Montes lo detiene y lo mira con severidad. Eleva su torso para soltar los lazos de la camisa. Después se incorpora y, con la mirada vuelta hacia su falda, la libera, dejándola caer, bajo la luz llena del mediodía. Tiende la falda sobre el suelo a modo

de lecho y se quita la braga que acomoda a un lado. Después, con la misma expresión distante, se sienta sobre la tela. El hombre, que ha permanecido echado, extiende su mano sobre una desnudez que de algún modo conoce, y que atrae todo su deseo.

Vuelve a experimentar la fascinación que había olvidado.

Lucía Montes espera.

Lucía Montes espera sobre sí todo el peso de ese hombre, de ese animal mitad pez, mitad mujer. Lucía Montes desea la rigidez viril de su miembro dentro de ella.

El hombre contempla el cuerpo delgado y clarísimo de Lucía Montes, yaciendo cuan larga es, y sabiéndose observada.

Se maravilla de la existencia de esa belleza y no puede saber que esa belleza está allí con él, solo para él. Se tumba nuevamente sobre el cuerpo muelle y ofrecido, buscando con su mano, que sostiene el miembro, el vientre húmedo de Lucía Montes.

El hombre percibe la humedad tibia, la carne espesa y prensil, y se deja llevar por la suavidad enervante.

Lucía Montes siente la invasión. Siente el objeto que parece agigantarse para ocuparla toda, allí donde es. Allí donde se resuelve su persona más que en ningún otro sitio, y necesita inhalar, aspirar el olor salvaje del hombre; tiene tanta urgencia de oler como del contacto físico.

El aire es espeso y húmedo. El río hace correr su fragor apagado en un mediodía que quiere quedarse estático, como todos los mediodías.

En el aire espeso y húmedo, se escuchará el quejido largo de la mujer y el ronco resuello del hombre, en el mismo momento, a contrapunto.

...





El hombre huele el cabo del hacha. Busca en el objeto algún testimonio de lo que le ha traído alegría. Algún registro de la mujer blanca, allí, en el utensilio que le permite hacerse de leña para más tiempo.

No es mayor el trabajo de trozarla que el de acarrearla. Tal vez no sea menor, pero es mucho más entretenido aprender a cortar la leña con diferentes tipos de golpes, abordando la madera desde varios ángulos. Le gusta entender la fuerza necesaria para cada madera.

Ha estado haciendo ese ejercicio, más por interés que por necesidad, y ya ha acumulado suficiente leña para varios días. También ha probado el hacha sobre el cuerpo elusivo de los peces, y ha sabido que, para cortar, es necesaria la velocidad. Ha utilizado ambas manos, pero se da cuenta de que solo con la derecha logra avanzar en el manejo. A veces le parece que la falla en el corte es responsabilidad de esa herramienta, pero el hacha todavía no pierde el filo.

No encuentra a la mujer en el cabo. La madera pulida huele a sal y a cenizas, pero no a ella. Igual insiste en inhalar profundamente para saber, en fin, que el único modo de satisfacerse es con su presencia. Debe escoger un nombre. Un nombre conocido, un nombre que hable de ella, y debe decirle el propio, comunicarle a ella quién es él. Ella lo ha hecho. Eso cree, y es fácil de repetir, pero feo. Él debe escogerle un nombre que le agrade, y que también le guste a ella. Es necesario que lo busque, piensa.

Es necesario, porque esa mujer, ya no es la misma, porque en esa mujer está él, y entonces es él quien debe nombrarla, como es él quien la penetra, quien se le mete adentro.

No le gusta su nombre, aún no entiende —nunca lo entenderá— lo que hace bella la lengua de Castilla, más que la de Galicia o la de los Pirineos: su pulcritud.

Es momento de alzar el montón de maderas y llevarlas por el sendero que va hacia el río, un sendero que han marcado los vacunos, esos animalazos que temió, y que apenas había visto en su tierra.

Recelaba de su mirada ajena, de la distancia de su mirada lenta, y esa actitud de no prestar atención, de quedarse en el lugar. Después vio que esos animales no entrañaban un peligro inmediato, y que más bien preferían que los dejaran tranquilos.

De eso se trata, de estar tranquilo, se dice el hombre. Es difícil, si no hay otro para velar. Si no hay otro.

Es necesario que haya otro para estar tranquilo, si no, no se está tranquilo, se está solo, que es diferente.

El hombre baja por el sendero. Lleva el hato de leños hacia su refugio. El agua del río lo encandila. Es una faja plateada casi tan luminosa como el sol. Se va a acostumbrando a la extrema claridad, y alcanza a percibir el mínimo oleaje que no deja ver el sentido de la corriente. Más bien, parece que el agua se entrecruzara, como si infinidad de corrientes distintas se fundiesen, y luego continuaran su camino.

Una nube hace que el río relumbre menos. El hombre deja el hato de leños sobre el montículo en donde los apila. Levanta la vista y se acerca más al agua.

Es un instante.

El hombre inicia una carrera que lo mete varios pasos dentro del río hasta que se lanza rasante para zambullirse.

Nada. Lo hace sin sacar los brazos del agua y se aleja de la costa, a ritmo acompasado.

Se da vuelta para ver el efecto de la corriente. Y ahí está, definida, muy definida y segura hacia el sureste.

El agua se ve mansa solo arriba, debajo sigue con su mismo espíritu, y no le importa en absoluto que él esté allí. Es lo que ha sentido siempre respecto del caudal monstruoso: la impresión

de que no le resta otra cosa que hacer lo que hace, irse río abajo. Ninguna otra cosa, ni siquiera en la tormenta cuando el cielo le grita cosas, cuando lo inquiere entre relumbres y fragores.

Mientras el agua correosa lo refresca, piensa en la mujer, en los ojos brillantes y en su gemido.

En su cuerpo blanco. Le gustaría que ella nadara con él. Le gustaría mostrarle cómo el río lleva hacia abajo, cómo el agua hace lo que tiene que hacer.

Tal vez ella sea mansa solo por arriba, como el río ahora. Se pregunta qué habrá debajo, en la profundidad ciega del caudal sin fondo. El fondo del río es como la muerte, ciega y ausente. No debe irse hacia abajo porque no quiere morir. Mucho menos ahora. Quizás lo haya considerado, cuando caminaba por los bajos, cuando una infinidad de hormigas rojizas, abordaron su pierna, como si fuera otro río sólido y enemigo. Pero ahora, no. Ahora quiere vivir, y no debe irse abajo.

Estar con ella también puede ser un irse hacia abajo.

Pero gritó, lo hizo largamente en la luz del mediodía y en contra del cielo. Ella dijo: estoy aquí porque me hacen esto. Él quisiera que eso vuelva a suceder, exactamente igual. Y no duda de que pueda ser así, exactamente igual.

Durante largos minutos el hombre nada apenas, más bien se mantiene a flote. No experimenta cansancio alguno, y se abandona al disfrute del contacto y del recuerdo, que está ocupado por un grito largo y un cuerpo blanco que hizo suyo. El grito, la luz y el cuerpo son solo de él, como su fuerza y su alegría.

Mira hacia la playa. No reconoce lo que tiene enfrente. Observa hacia el norte y le parece ver su pedazo de costa. El agua lo ha llevado lejos de allí.

El hombre nada enérgicamente. Está mucho más lejos de lo que creía, pero sabe que avanza.

Nada acompasadamente, solo bajo el mediodía del río mudo, sin apurarse hasta que le parece que ya puede alcanzar el piso. Prueba, pero no está ahí. Se deja hundir hasta que toca el fondo, aún falta.

Retoma el nado con mucha fuerza porque ya está cerca.

Prueba de nuevo pero tampoco hace pie. Avanza un buen rato y vuelve a detenerse. Ahora sí echa su peso sobre el cieno.

Piensa que, tal vez, en el lodo aceche algún animal peligroso. Conoce ciertos peces del lodo, pero no son peligrosos sino feos. También conoce a las rayas y esas sí son una amenaza. Podría haber alguna, tener un tamaño acorde al río. El hombre da pasos sobre el fango y solo experimenta una blandura desagradable.

Ha pasado quizás muy cerca de una raya, pero no se ha encontrado con ella.

Sale y se echa sobre un claro de gramilla gruesa. No experimenta frío en absoluto.

Cuando está casi seco se incorpora y comienza a caminar. Siente cómo se ha purificado su cuerpo y respira hondamente. Es dichoso porque desea a la mujer, a su amada. Desea poder echarse al agua con ella y también verterle toda su energía dentro.

El hombre camina rápidamente y se pregunta cuándo volverá a verla.

Bajo la luz fluvial y vacía hay un hombre que sonrío.

...

Edgardo de Villanueva le sonrío. Le sonrío a ella, entre amigable y pícaro. Y lo peor es que parece haber comprensión. Tal vez eso, comprensión, en ese mirar recto, orlado por los labios finos y en arco.

Qué sabe este hombre, se pregunta Lucía.

Villanueva, pequeño y muy moreno, se hace notar más que nadie en el poblado. Tiene el pelo larguísimo. ¿Por qué lo llevará tan largo y recogido de esa manera extraña?

Cuando termina la misa se queda a conversar con la gente. Como ahora, siempre hay personas alrededor de él. Tanto hombres como mujeres. Tiene un cargo elevado, y cualquiera diría que es uno de los líderes de la colonia.

La hija de Francisca, que acaba de salir de la adolescencia, es menuda, como para Villanueva, y muy callada. Normalmente se la ve cerca y Villanueva la trata de manera diferente que a los demás, quizá con más ternura, como si fuera su hermana menor.

Villanueva baja su cabeza y la mira.

Es usted un poco tímida, señorita Guadalupe.

No soy tímida, Don Edgardo, me gusta escucharlo. Es lindo cuando usted habla.

Pues no crea que siempre me gusta hacerlo.

No lo parece, porque siempre hay gente escuchándolo.

Bueno, a veces me callo.

No lo haga ahora que estamos pendientes de su pueblo, allí al pie de los Pirineos.

En el grupo está Lucía Montes que ha decidido participar de la misa y que no ha comulgado, según pudo verse.

Lucía Montes escucha a Villanueva y lo observa. Trata de entender el modo de recogerse el pelo del hombre.

Es perfecto, dice. Perfecto como lo podría hacer un hombre ordenado. Y, sin embargo, ese pelo larguísimo significa algo. Villanueva se da cuenta de adónde se dirige la mirada de Lucía Montes y se vuelve hacia ella expresándole algo, como si entendiera sus pensamientos, como si pensara con ella.

Guadalupe, que es tan menuda como Lucía Montes, observa atenta el gesto elocuente y enigmático de Villanueva.

La tarde anterior, había pasado de nuevo, conduciendo a los bueyes, grandes como no los hay en España, y el tonel con agua para el huerto.

Lucía Montes se hamacaba en una silla que su padre le había hecho colgar del olmo que está detrás de la casa. No era usual verla sentada allí, y Villanueva le sonrió.

¿Qué le pasa, Don Edgardo?

Pues nada. ¿Por qué lo dice?

Porque parece que le divierte lo que hago. O por lo menos le llama la atención.

Es la primera vez que la veo en esa hamaca.

Y eso lo divierte.

No me había dado cuenta, pero sí, si me lo permite.

¿Por qué no habría de permitirselo, Don Edgardo?

No lo sé, en todo caso usted me ha preguntado.

Sí, y parece que a veces no nos entendemos del todo.

¿Usted cree?

Villanueva acompaña con los ojos la intención de su pregunta.

Lucía Montes se queda unos instantes en silencio.

Bueno, usted parece entenderse bien con todos.

La boca de Villanueva se arquea más.

Se siente a gusto estando aquí, ¿verdad?

Diría que sí, Lucía. He venido, como algunos, para irme de España.

¿Por qué, Don Edgardo?

Porque me gustaba la idea. Me parecía muy atractivo venir a ver cómo era esto.

¿Era?

Ahora no es como yo lo imaginaba cuando vivía allá. Pero está muy bien, ¿no cree? ¿Y usted, por qué vino?

Lucía Montes permanece callada, aunque sabe la respuesta.

Por la misma razón que usted, responde finalmente.

Sí, quizás sea por algo parecido.

Algo parecido. ¿Y qué es, Don Edgardo?

Ganas de salir, Doña Lucía.

¿De dónde?

De la situación anterior.

¿Para qué, Don Edgardo?

Eso varía.

Lucía Montes cree comprender a dónde va Villanueva. Espera que continúe sin decir nada.

En todo caso me aventuraría a decir por qué. ¿Le interesa?

A ver.

Salimos porque no nos satisface donde estamos.

El viajero.

A algún lugar estamos yendo siempre.

¿Y qué hay de establecerse?

Es lo que algunos, los menos, han venido a hacer aquí. Establecerse es establecer, y eso implica un acto de la voluntad, un lugar que deberá ser satisfactorio. Es construir un nuevo hogar.

¿Lo cree posible?

Tal vez, pero lo más probable es que haga falta que transcurran varias vidas. Como siempre es cuestión de tiempo. El tiempo que se necesita para que se domesticquen mutuamente la tierra y las gentes.

¿Cree que es necesario que las gentes, como dice usted, se domesticquen?

Mutuamente, señorita, mutuamente. A todo esto, ¿no le parece que usted, por ejemplo, debería ser domesticada?

Lucía Montes abre desmesuradamente los ojos, pero no se ofende en absoluto. Villanueva, en cambio, los entorna y curva, aún más, su boca.

¿Y usted?



Yo ya lo fui.  
¿Quién hizo el trabajo?  
Mi padre. ¿A usted qué le parece este lugar, digo, para establecerse?

Lento.  
¿Lento?  
Sí, todo aquí se vuelve lento, enervante le diría.  
¿Le gustaría volver?  
De ningún modo. Estar en España es como vivir durmiendo.  
Aquí no ha dormido mucho, si me lo permite, se la ve andar siempre. Se la ve irse.

Lucía Montes, sin ningún disímulo, trata de escudriñar en el talante de Villanueva.

Tengo entendido que usted está todavía soltero, le dice de golpe.

Así es, Lucía.  
Pues tendrá quien esté esperando sus propuestas.  
Aún no le he propuesto nada a nadie.  
Yo diría que hay varias que lo esperan.  
Villanueva hace un alto en el diálogo. Después continúa.

¿Sí? Pero no he venido a eso.  
¿A qué ha venido?  
Ya se lo he dicho, a ver cómo era, no sé, a preocuparme por otras cosas.

¿Ha visto indios?  
Pues claro, pero por aquí no hay tantos como cuentan del Perú, donde los Pizarro han hecho de las suyas.

¿Qué han hecho?  
Usted ya sabe.  
No, no lo sé.  
Pues han conquistado la tierra, aunque el precio ha sido alto.  
Sí, para los indios.  
Así es. Por lo menos una habitación llena de oro y dos de plata.  
De algún lugar lo habrán sacado.  
Creo que no viene al caso.

¿Qué cree usted que hubieran hecho ellos, los Incas, Don Edgardo?

No lo sé, probablemente algo parecido.

Eso no justifica a los Pizarro.  
¿Usted cree? ¿La condición humana no justifica el acto humano?

Como mucho, lo explica.

Tal vez sea lo mismo, tal vez el mundo se mueve como debiera.

¿Pero cómo son, digo, esos indios?

De esos, no puedo hablarle.

¿Y de los de aquí?

Tampoco.

Lucía Montes sonrío. Es un gesto de la voluntad.

Villanueva entrecierra de nuevo los ojos y la observa fijamente.

Pero puedo intentarlo, señorita Lucía.

¿Entonces?

Parecen esperar siempre. Son oscuros, silenciosos. Esperar, eso es lo que hacen. Esperar lo que ocurra, sin preocuparse mucho. Piensan que la tierra los proveerá siempre y no se alarman demasiado, salvo cuando tienen hambre.

Mi padre dice que eso los hace parecido a los animales.

¿Usted cree?

No.

Además ¿qué significa parecerse a los animales? ¿Y a qué animales?

Explíquese.

Los animales también se parecen a nosotros, los cristianos.

¿Ha visto a ese pájaro marrón?

Sí, ya sé, el que vive en unos nidos hechos como de adobe, en forma de horno.

Esos mismos. No esperan, diría que más bien trabajan mucho, como nosotros. ¿No cree?

Es posible. ¿Y cuál es su conclusión entonces?

Qué en la naturaleza existe la corriente de los seres que proyectan y la de los que se someten a los azares del momento. Y que esas corrientes juegan dentro y fuera de cada quién.

Los indios se inclinan por la segunda.

Así es. Esa es su razón. Y la nuestra es otra.

¿Y usted cuál elige, Don Edgardo?

Si está entre mis posibilidades, elijo la nuestra, definitivamente.  
La nuestra es la del pájaro marrón.

Sí, ese pájaro marrón trabaja para protegerse él y a los suyos.  
Ese pájaro marrón prevé lo que pudiera pasarle de no trabajar  
como lo hace. Es un pájaro admirable.

¿Usted cree, Don Edgardo?

Ya le he dicho lo que haría si estuviera en mis manos elegir.  
¿Y usted qué haría?

No lo sé. No haría lo que hacemos, pero no lo sé. Reco-  
nozco que ese pájaro representa algo. Nos representa, como  
usted dice. A la hora de escoger, creo que escogeríamos a ese  
pájaro. Por cierto, ¿cómo se llama?

No lo sé.

¿Ha visto?, hay uno de ellos construyendo su... nido. No voy  
a decir horno porque no creo que quiera asarse a sí mismo.

¿Quién sabe?

Bueno, en todo caso no me topé con ninguno asado. Hablando  
en serio, Don Edgardo, ¿usted ya lo ha visto?

Pues claro, el que quiere montarlo en el palo alto que el cura  
ha hecho poner delante de la capilla.

Parece que el señor cura trata de dar solemnidad e impor-  
tancia a su oficio.

Y sí, porque la pobre capilla dista bastante de tenerlas.

Aquí todo dista bastante de tenerlas. ¿Ha visto la ventana de  
reja en el muro de la casa de mi padre?

Ya llegará el momento en que las cosas sean como tienen  
que ser.

No lo creo, las cosas nunca son lo que tienen que ser, a veces  
se parecen un poco. Qué lugar extraño que ha escogido ese  
pájaro para montar su nido.

Es verdad, ahí adelante, expuesto, no sé, siempre me ha pare-  
cido que eligen lugares retirados.

Pues este no, se ve que le gusta participar.

Le diría que, más que participar, lo que le gusta es hacerse ver.

Bueno, no creo que el animal se ande con tantas conside-  
raciones. Pero es, en verdad, extraño. Tal vez quiera compartir  
nuestra religión.

O a lo mejor es un enviado de los moros y lo que quiere es usar el palo de minarete y convertir nuestra santa capilla en una mezquita.

Debería comentárselo al cura, así se lo comunica al tribunal de la Santa Inquisición. En serio, Don Edgardo, me cuesta entender por qué ese bicho ha montado su nido en el lugar donde el cura ha de montar su campana, ¿por qué elige un lugar tan inadecuado para fundar su casa?

¿A qué va, Doña Lucía?

Me gusta mirarlo y, ¿sabe?, siento cierta compasión por el animalito, trabajando tanto para intentar algo, tal vez, imposible.

Ya veo.

Pues este pájaro habrá venido de España, porque parece que le gusta modificar las cosas e instalarse donde le place. Quisiera saber qué pensarán los indios de él.

Habría que preguntarles.

¿A usted le agradan los indios?

No me molestan, algunos se hacen muy buenos cristianos.

Y le parece bien.

Al principio me ha parecido excelente, ahora no lo sé.

¿No lo sabe?

No. ¿Y usted? A ver, ¿qué sabe de los indios, señorita Lucía?

A Lucía Montes se le demuda el rostro, pero es solo un instante, porque Villanueva mantiene su sonrisa afilada. Una sonrisa hacia donde cualquiera le gusta dirigirse.

Nada, Don Edgardo.

Algo sabrá, señorita Lucía.

Lucía Montes se pone frenética, pero calla.

Es bueno conocer a alguno. Es la mejor manera. Debería aprender su lengua o que él sepa la nuestra, ¿verdad?

A Lucía Montes le es casi imposible responder.

Sí, lo creo.

Ella se da cuenta del calor, y del mismo silencio viscoso de cada día, algo a lo cual no es fácil acostumbrarse. Villanueva no se mueve, siempre en la misma actitud abierta y expectante.

Lucía Montes aprieta las mandíbulas, y no logra reprimir un sofoco que le encarna el rostro.

Enseguida, un rayo de ira se abre paso en su mirada.

Y usted, ¿ha conocido a alguna india?  
¿A qué se refiere?  
Le pregunto si ha conocido a alguna india.  
Si se refiere a intimar, y perdone que piense eso, le respondo que no. He conversado, sí, pero no he intimado con nadie.

En este lugar.

No solo aquí, en general.

¿En general?

Sí.

¿Usted dice que no ha intimado con nadie?

No, no he intimado con nadie.

¿Nunca?

Nunca.

Ambos se miran. Villanueva ha mantenido su sonrisa.

Debo seguir, Lucía, y no poner tanto a prueba la infinita paciencia de los bueyes.

Claro, Edgardo.

Villanueva refriega con la vara el flanco de uno de los animales y el carro se pone en movimiento. Se va detrás de ellos, camina con tranquilidad.

No se preocupa de que lo siga observando, se dice Lucía Montes. Anda como si se hubiera olvidado de nuestro diálogo. ¿Qué sabe este hombre?

Lucía Montes vuelve a prestar atención a la melena renegrida de Villanueva.

...

Esa misma tarde Lucía no irá río abajo. Esa misma tarde se quedará en el poblado a merced del calor y las horas bajas.

Le será inevitable pensar en el gusano que ese hombre le ha instilado con su semen. Le será inevitable sentirlo alto en el vientre. Lucía Montes sentirá cómo ese gusano puede crecer por medio de ella, puede crecer comiéndose parte de ella. Cuando lo imagina siente asco.

Es una sensación feroz, la sensación de ser comida desde adentro. La de tener a alguien adentro.

Eso es lo que pasa cuando un hombre y una mujer tienen contacto carnal. Eso pasa, se empiezan a comer mutuamente, el uno al otro. Y necesitan más y más de ese alimento, porque está prohibido, porque es escaso, porque es secreto.

Tal vez, eso le pase a la mujer, solamente a la mujer. Y sea solamente ella la que lleve su gusano adentro. Quizás, dentro de él no quede nada de ella, nada que lo esté comiendo, como hace su gusano con ella.

Y, sin embargo, le gusta, quiere más de ese animal blanco e impune que le echa dentro, cuando ella busca sentir su olor y su piel lisa.

Lucía Montes piensa en su vientre pero lo deja allí, sin tocarlo, como aceptando lo que pasa. Siente que no es que esté encinta. O sí. En todo caso es lo mismo, encinta o no, está siendo comida por la energía de ese hombre que le dice un manejo de palabras que no comprende y que no quiere comprender.

Sabe que hay algo oscuro dentro de ella, y que eso es lo que la une al hombre. Sabe que eso mismo dará su fruto tarde o temprano. Un fruto donde abunde el veneno. Veneno dulce y letal como el peso de esta tarde en que habló con Edgardo de Villanueva.

Dijo que no ha intimado con nadie. Qué habrá querido decir. Qué no ha instilado su gusano, que él mismo no ha sido instilado, se pregunta la mujer sentada en la hamaca y observando la reja de la ventana.

Lucía Montes se incorpora y se acerca a la ventana. Le intriga su presencia en ese lugar. Piensa que, como tantas cosas, es una imitación, una remembranza de algo que allí, todavía, no pasa: la vida por la ventana.

La tarde se va a acabar con una media luna enrojecida que engorda a medida que se cierne sobre el horizonte, detrás del agua dulce y llena de gusanos y animales, a los que les cuesta ser peces. Animales que llevan un caparazón, una armadura como nuestros soldados, se dice. Animales a los que les cuesta nadar, animales que no pueden, que no se atreven a nadar desnudos, como nuestros hombres, como nuestros soldados.

La tarde se apaga y se levanta una brisa desde el río que no se ve, pero que siempre está allí, haciéndose notar.

Es la intensa sensación de una quietud repleta de movimientos mínimos y fatales, como lo que ocurre dentro de su organismo. Es la posibilidad de sentirse y sentir lo que pasa alrededor.

Eso que los varones parecen no experimentar, salvo en determinados momentos y con toda intensidad. Algo que está relacionado con las mínimas operaciones que ocurren infinitamente y sin descanso. Algo de lo que las mujeres saben mucho porque lo perciben constantemente en su cuerpo.

Lucía Montes respira el aire que por suerte se ha alivianado, y que llega desde el río con una veta de frescura. Se pregunta qué sabrá su padre de movimientos mínimos y fatales.

Vente, Lucía, que la mesa está servida, dice Montes desde el salón.

A Lucía Montes le duele la cintura. Ha pasado casi toda la tarde sentada en la hamaca. No ha sabido o no ha querido

moverse de ese lugar. Ha deseado que las cosas ocurran, que sigan su camino, aún por sobre y a través de ella. Ha deseado sentir que nada ni nadie puede alterar el ritmo de los acontecimientos, que la libertad es una ilusión, un pimpollo que nada sabe del otoño y de la helada.

Lucía Montes se desentumece mientras ensaya una respuesta, pero su voz sale cascada y opaca. Tose para aclarársela.

Voy enseguida, padre, se deja oír desde detrás de la casa.

Bordea el largo muro que tiene otra ventana donde está el salón, a la que el alegre designio de un albañil quiso conferirle un aire moruno. Una ventana con una reja labrada que hace converger sus barrotes arriba y abajo, para formar dos puntas coronadas por un collar, también de hierro.

Lucía Montes se ríe de la reja y de su aristocrática pretensión, entre la escasez y el exceso de una tierra que no se fija en los detalles.

En esos detalles.

Se ríe de esta caricatura de los largos muros en la noche de Sevilla, donde una reja monumental separa el interior oculto, del exterior profano y populoso.

Linda reja te han puesto en el muro del costado.

Montes se ríe.

Sí, se han ocupado de que la casa se parezca a las de nuestra noble ciudad.

Qué artesano aplicado.

Sí, la reja moruna le ha salido bien, tan bien, que sirve para recordar que estamos en el culo del mundo, con perdón, hija.

Verdaderamente, pero por lo menos en un culo virginal, ¿no, padre?

Suficiente Lucía, alcanza a decir Montes, pero le es imposible reprimir la risa.

Te he visto conversar largamente con Don Edgardo.

No sé cuál es la relación, y mejor no te lo pregunto, padre. No porque me vaya a ofender, sino porque tú te irías a enojar.

Pues ya la has sugerido.

¿Qué cosa, padre?

Suficiente, Lucía. ¿Qué dice Villanueva?

Que no ha tenido intimidad con mujeres.



Montes vuelve a sonreír. Parece que va a decir algo, pero se contiene.

Te gusta ese hombre.

Padre, ¿te puedo hacer una pregunta?

Hazla.

¿Y a ti quién te gusta?

No deberías preguntarme eso.

No quiero molestarte, pero ya lo he hecho.

No está aquí, sino lo sabrías.

¿Quién es padre?

Se llama Ximena. No te revelaré su apellido. No te preocupes, no la conoces o apenas la conoces.

¿Dónde vive?

En Buenos Aires, o Trinidad, como quieras llamarle. Ha estado cerca, en Santa Fe, la pretendida ciudad de Garay. Aquí no vino jamás.

¿Por qué pretendida? ¿Acaso no la fundó?

Sí, parece haberse dedicado toda la vida a fundar ciudades, y se creyó que eran de él. Pero nunca pudo establecerse, y en eso empeñó siempre. Un modo de decirlo porque ni siquiera su vida era de él, fíjate cómo terminó. Lo mataron los indios y no lejos de aquí.

¿Y tú no tratas de establecerte?

Estoy aquí, y sé lo que debo hacer. Trato de que las cosas mejoren. Pero este no es mi pueblo. Y no pienso morir a manos de los indios.

Me alegro. ¿Es verdad que no abundan por estas tierras?

Hemos visto muy pocos. Igual ya te he dicho que debes tener cuidado.

¿No se ven nunca? Con Ximena, digo.

A decir verdad, nos hemos visto pocas veces.

¿Te gusta mucho esa mujer, padre?

Es suficiente, Lucía, ese es el tipo de preguntas que me correspondería hacer a mí.

Puedes hacerlas, si quieres. Pero ya es tiempo de que te des cuenta de que no tiene una respuesta. No entiendes, padre.

A Montes se le hace imposible seguir el diálogo. Sabe que habrá dolor en la relación que mantiene con su hija, en especial para él. Puede que para ella no sea así. Es un flaco consuelo, porque lo que le pasa a su hija, predispone al sufrimiento, a la soledad.

Pero, de eso, él sabe. O, tal vez, sabe de las vestiduras de la soledad, y no de su alma. Las vestiduras de la soledad son las cuatro paredes vacías de su cuarto, el hecho de no tener un par que comparta las decisiones con él, la posibilidad de quedarse para siempre en estas tierras.

El alma de la soledad es diferente. Esa solo se conoce con la propia alma. Solamente la propia alma puede percibir el alma de la soledad y su amargo despojo. Es, quizás, un modo de morir, y eso estará bien, porque significa la abolición del sufrimiento. Lo comprende durante el comienzo de la faena, cuando toca levantarse del lecho, pero no le es fácil la disputa con ese demonio durante la noche. El demonio del error, de la culpa. El que no deja que fluya, como agua fresca, el río del tiempo.

Es durante la noche, antes del sueño liviano que le permitiría oír el más suave chirrido de su puerta. Es allí, cuando el demonio del error y la culpa se encarama al espacio de su cabeza, por sobre su cabeza, y amenaza con un infierno silencioso y verdadero. No como el de los cuadros gigantes de los atrios, donde alucina el arte de algún enajenado.

El demonio del error amenaza con ir hacia adentro, hacia el propio espíritu para quitarle las ganas de alimentarse, para quitarle las ganas de trabajar y reírse.

Pero Montes sabe de eso. Se las ha visto con ese demonio desde que era un hombre joven, y supo cómo hacer para que no le quitara el sueño, para ahuyentarlo. Para que no terminara quitándole su nombre y su apellido.

Lucía, su Lucía, va por su propio camino, y está muy lejos de traerle la tranquilidad que él nunca pudo conseguir por sí solo. Allí es donde crece su demonio ahora, en la persona de su hija. Y lo mantendrá a raya, que de eso se trata. Trata de separarse de Lucía. De dejar de amarla así, si eso es amor, y de poder amarla de otro modo, con despojo.

Se trata de tener domeñado al demonio hasta el momento de decir basta, y echarse en brazos de la muerte. Esa oscura en la que no vale la pena pensar, sino como en una puerta. Nada más que una puerta, detrás de la que, probablemente, no haya nada. O, tal vez, una puerta que, paradójicamente, abrimos y no podemos traspasar.

Por eso ha venido, a veces piensa. Para estar ocupado en la soledad de definir el destino de su gente.

Y hasta un punto, porque sabe que su comunidad está conformada por gente que decide. Que decide estar allí, quedarse. No hay más de qué hablar. Es un convenio tácito, listo para ser roto en cualquier momento, frente a cualquier desgracia, cualquier viento que los deje sin cobijo y sin huerto.

Todos lo saben, todos deben saberlo, y por eso el silencio se ha posado en las personas, como antes de un motín.

Pero no hay motín alguno. No hay voluntades reunidas atrás de un mismo deseo. Cada uno vino por algo diferente, y se queda por eso, o por algo parecido a eso, porque aquí todo cambia.

Su propia hija ha venido detrás de su deseo, de su adverso deseo. Y ese mismo deseo cambiará su cara, como cambian la propia cara todos los que se quedan a repetir un rito que quiere llevárselos, piensa Montes. Y no importa en qué dirección, porque es bastante claro que la vida se trata de ir, de ir, sin saber adónde.

Nadie puede saber a qué lugar lo llevará, esta mañana, el hecho de lavarse la cara y peinarse, aunque lo repita una y cien veces.

Montes, tal vez, ha venido a las Américas para hacerse cargo de la idea de la imposibilidad de prever, o de su débil poderío.

Como los aborígenes, que parecen tener cabal conciencia de que cada día tiene su propio destino, como las bestias. Gente menos aferrada a los rituales preestablecidos como una fecha santa. Una fecha que no va a provocar aquello que menta, aunque quisiera.

Construir para que sea destruido, pero construir al fin. Esa es la divisa humana, y esa divisa, de alguna manera, también permanece. Queda en el ideario, en el atavismo, hasta en la propia carne.

El trabajo del hombre queda dentro del propio hombre. Y así de tonto como profundo es el hecho de acarrear un cubo. O limpiar la mesa.

Ximena, un bello nombre. Seguramente ella lo es. Porque su padre es, aún, apuesto, y cualquier mujer puede sentirse atraída por sus ojos azules que ella, lamentablemente, no ha heredado, aunque sí su chispa, su rayo persuadido.

Ella se ha enterado de lo que pasa con el cuerpo, con el sexo. Y le ha gustado. Le ha gustado ese hombre, mitad pez y mitad mujer.

Le ha gustado, y más le gustaría poder contemplarlo haciéndoselo. Le gustaría poder observar, desde la distancia adecuada, el acto del encuentro físico con ella. No tiene dudas de que ha de ser bello.

Eso: bello. Vería esa mujer que es ella, debajo del vaivén viril de sus nalgas, tal vez menos redondas que las de los cristianos, tal vez más parecidas a las de una mujer cristiana.

Lucía Montes trata de imaginar a su padre haciendo lo mismo. Y el hecho de imaginarlo lo transforma en otra persona. Una persona más pura y olvidada. Una persona envuelta en el acto del encuentro físico, con el cuerpo de su padre que se convierte en otro, que se transfigura.

Y allí ha de estar con su Ximena. Cómo será Ximena. En qué trampa podrá meterlo. Cuál será el estilete que guarda bajo su manga.

Cuéntame de esa mujer, padre.

A su debido tiempo, hija. Ahora juguemos dominó, quieres.

Bueno, no tengo sueño.

¿Qué haces mañana?

Lo de siempre, saldré a recorrer.

Te repito que debes estar atenta a los animales... y a los indios.

Lucía Montes levanta la vista. Siente como si corriera el riesgo de ser desnudada en público. No se atreve a preguntarle a su padre por qué le dice eso ahora, justo después de haber hablado con Villanueva.

Lucía Montes mantendrá el silencio. Sabe que tarde o temprano descubrirá lo que Villanueva y su padre saben, si es que saben algo.

Quisiera preguntárselo, pero sería ponerse en evidencia, y vacila. Sin embargo, enfrentarse a los hechos está en su naturaleza.

¿Por qué me adviertes sobre los indios?

Montes hace silencio y la mira fijamente.

Es lo que me corresponde hacer, soy tu padre.

Juegan al dominó, maquinalmente. Es un modo de reflexionar, de salir de la incomodidad de cada día, donde hay que afrontar las dificultades. Las dificultades que ellos mismos se han buscado. Ya lo han discutido, no importa el qué, cualquiera es genuino, lo que importa es tener que hacerlo, y cómo hacerlo.

Las manos blancas y pequeñas de Lucía colocan las piezas con precisión.

Con eficacia, se dice Montes. Tiene una rara habilidad para todo, y es probable que eso pueda convertirse en su perdición. Se cree competente en todo.

Montes contempla los ademanes de las manos de su hija y piensa cómo se sentirán, cómo las sentirá un hombre.

¿Sabes, padre? Me gusta sentarme a la mesa contigo y conversar. Siento que conversamos bien.

Me alegro, a mí me pasa lo mismo, pero a riesgo de creer que a veces debo ser un viejo sin criterio, o con un criterio que ya es obsoleto.

Es verdad, en el fondo eres tradicionalista, a veces demasiado, pero eres especialmente inteligente, y la persona más ubicada que conozco.

No creo que digan eso de mí.

¿Por qué?

Pues, porque mi vida no ha sido lo que se dice una vida normal.

Yo no lo veo así. Yo no he escuchado mucha gente con tu sentido común, con tu lucidez para analizar, para ver las cosas.

La conversación se anima. Es un oasis para Montes. También lo es para la muchacha. Ambos saben que el bienestar de coincidir no durará siempre. Que volverán a presentarse los demonios. Pero cada encuentro hace y hará su trabajo. Y, tal vez, no hay más dicha que esa: el encuentro fugaz de los sentimientos, el ahora de la comunión de la conciencia.

Lucía se irá a dormir, casi olvidada del gusano que se le instaló dentro para no irse, por lo menos enseguida.

Estará en su lecho, le quedará la noche del sueño por delante, bajo la influencia extendida de las caricias, que mutuamente se brindaron con su padre.

Además, mañana se irá río abajo.

...



Qué lindo. Es un movimiento hermoso, se dice Lucía Montes. Francisca trabaja sobre el cubo grande, donde lava la ropa. Ha fregado sobre unas ramas sin corteza, fijadas a un bastidor que le sirve de fregadero. Ahora se incorpora y se inclina alternativamente, revoleando la ropa, una y otra vez, por encima de su cabeza, y estrellándola contra la misma pila.

Las gotas relucen en el contraluz del sol cuando la prenda va cayendo, y cuando estalla contra la madera. Francisca vuelve a sumergir la ropa que se impregna de agua, y recommienza con los azotes. Los trapos parecen una bandera enarbolada cuando la mujer se estira cuan alta es, con los brazos hacia arriba. Una suerte de victoria que festeja el trabajo de una mujer simple.

Hay algo femenino y enérgico a la vez en el límite de la fuerza de esa mujer expresada por su cuerpo, por los brazos estirados sobre el pecho generoso, que alguna vez habrá sabido dar mucha leche. Por el temblor de los senos y los brazos durante el movimiento, por ese inclinarse con la ingenuidad inconsciente del trabajo mecánico y necesario. Francisca lo hace dando golpes de mujer bajo la luz pura de la mañana.

Lucía Montes la contempla desde la hamaca, sentada a la sombra demasiado fresca de su olmo. Ese, que su padre ha plantado para ella, según dice él. Pero Lucía Montes está segura de que el capitán no contaba con su presencia allí. Mal podría haber plantado un árbol para ella, sin saber, siquiera, si vendría alguna vez.

Además, un olmo es un árbol de género masculino. No hay nada de niña en un olmo, hecho a la sequía, rústico, austero de



hojas. Aunque este parece crecido en la abundancia, criado como los niños ricos de la ciudad y algo reblandecido como ellos. Pero da igual, él ha querido que este sea mi árbol y lo será, y aquí está mi hamaca, piensa Lucía Montes.

Sigue admirando los movimientos de Francisca, que se ha puesto basta con los años y los trabajos. Solo deja sus quehaceres para ver a su hija cada día, después del almuerzo, cuando es la hora de la siesta, menos caliente que la de su tierra en verano, pero más saporífera por la humedad.

Francisca intercambia con Guadalupe algunas palabras escuetas. A veces parece que solo la observara, y que se dirigiera a ella con la única intención de darle alguna orden; pero no es así, por lo que el rostro de la muchachita transmite. Frente a ella, Guadalupe expresa una paz que no se le ve en las reuniones de después de la misa, en especial cuando está Villanueva. Normalmente se encuentran bajo el ombú que ha crecido a un lado de la plazuela, y que estaba en el lugar mucho antes de que llegaran ellos. Francisca y Guadalupe hablan de pie, no más de diez minutos, y nunca se tocan. Francisca no se permite ninguna efusión de cariño, como si temiera que la intimidad de su hija con ella hiciese peligrar la crianza de una muchacha que vino con su madre para salir de la clase a la que ha pertenecido siempre.

En las Américas hay riquezas inimaginables, le habían dicho tantas veces, y está todo por hacerse. Además, los verdaderos hombres se van allí para labrarse fortuna y posición, y no se andan con vueltas a la hora de elegir esposa.

Fue por eso que se vino con el capitán y con la muchachita de doce años, que no dejó sola en el barco ni un instante, hasta estar segura de que los hombres eran buenos.

Guadalupe se ha vuelto una mujer de una belleza que le corresponde más al padre que a ella. Francisca jamás ha dicho quién es, ni lo dirá nunca, apenas alguna idea difusa ante la pregunta de la muchacha, que optó por respetar el silencio de su madre como algo necesario para que el universo siga funcionando. Por lo menos, el de ellas dos.

La escena de sus oscuras siluetas conversando a la sombra del árbol, algo difusas por el exceso de luz en el ambiente, se repite cada tarde, salvo si llueve, en cuyo caso Francisca apenas

se asoma al umbral de la casa del capitán para hacer un saludo a la hija que ha salido a esperarla en la puerta de su cuarto, y, de ese modo, confirmar que todo marcha bien.

Francisca, vela por su hija, pero ejerciendo la distancia necesaria para que ella no se contamine con la condición que la ha hecho trabajar como sirvienta toda su vida. Se rehusó con tanta energía a compartir el cuarto donde dormiría la muchacha, que al capitán no le quedó más remedio que asignarle uno muy pequeño, lo más cerca posible.

Francisca es pecosa y blanca. Su pelo ahora es gris, pero ha sido pelirroja, mucho más que Lucía Montes. Tiene la voz fina y cantarina, y la sonrisa dispuesta. Le gusta hacer las cosas a su manera, y más de una vez no ha entendido las ideas del capitán, como eso de ponerse a hervir tripas o una demencia por el estilo.

Lucía Montes detiene su hamaca que ha estado meciéndose en la soledad de la preocupación hasta olvidarla casi por completo. Hasta empezar a admirar a la mujer silenciosa, retirada en su trabajo.

Quizás alguna vez su madre hizo algo parecido, pero ella nunca lo vio. Tampoco lo vio en su tía, que se dedicó a inculcarle las buenas costumbres y la manera de conducirse en sociedad. Lucía Montes, que entendió enseguida lo que quería esa mujer, optó por un silencio que a veces se parecía a la idiotez.

Se levanta y camina hacia Francisca que la observa de rabllo y continúa con su ejercicio.

Déjame a mí, Francisca. Deja que te ayude.

Francisca se hace a un lado.

Lucía Montes examina el agua.

Pero aquí hace falta jabón, Francisca.

La señora tendrá que contentarse con lo que hay. En el depósito casi no queda, ya sabe que es carísimo. Hay que cuidarlo mucho, en especial aquí donde el polvo y el barro se pegan con semejante fuerza a la ropa.

Por eso tanto azote, ¿verdad?

Francisca asiente y se retira a un tronco donde se apoya con una sonrisa, preparándose para ver a la muchacha.

Lucía Montes comienza la faena con una energía que parece hacerse cargo de la mañana luminosa y fresca. Golpea la ropa y

Francisca se da cuenta de que la muchacha ha hecho esa labor otras veces, y que hace mucho que no lo hace. Hay cierto apuro, ese mal uso de la energía propio del que se lanza al trabajo con el entusiasmo de empezar a hacer lo que le gusta.

Lucía Montes jamás había hecho algo así. Alcanzó con que viera los movimientos de la mujer para emularlos con gran semejanza.

Sin embargo, a poco de haber comenzado, un cambio se va operando en su expresión. Ha probado, ante la simpatía de Francisca que la sigue desde su tronco, infinidad de golpes de la ropa contra el fregadero. Más cortos o más largos, más secos o más despojados.

Pero, rápidamente, un silencio acompañado por el gesto duro y apenas partido por las percusiones de los azotes, comienza a enseñorearse alrededor del fregadero.

Lucía Montes ha empezado a azotar la ropa una y otra vez, sin descanso, con más energía, como si de veras estuviera castigando a alguien.

Francisca se percata y la deja hacer.

Lucía revolea la ropa por sobre su cabeza y la hace estallar, una vez desde su izquierda, la otra, desde su derecha. Su cara permanece rígida sobre el fregadero y no vuelve a empapar la ropa en el cubo.

Francisca sabe que no puede durar mucho con ese ritmo. Lucía Montes parece estar decidida a seguir así, hasta agotarse.

Golpea y golpea, como si quisiera caer exhausta, vencida.

Francisca se da cuenta de lo que pasa por el alma de la muchacha, y la deja hacer hasta que escucha lo que parece un sollozo.

Con tanta fuerza, más que la mugre vieja, me parece que van a saltar los botones, y lo que es peor, las costuras, señorita.

Francisca, que ya había fregado la ropa de la muchacha, sabe que más que la mugre, lo que ha saltado, son sus lágrimas.

Lucía Montes se detiene.

Mire que ahí están los pantalones de su padre, no vaya a ser que lo deje en pelotas, con perdón.

Lucía Montes deja que una ancha sonrisa inunde su cara. La mete entre la tela húmeda y arrugada. Inspira el olor agradable

del hilo mojado, y se deja llevar por la frescura. El aroma la hace volver a la mañana luminosa.

Permanece oculta entre la tela unos instantes y después la apoya sobre el bastidor de madera. Se vuelve hacia Francisca que espera apoyada en la misma posición.

Dime, Francisca, ¿por qué será que todo está tan puercamente vacío por aquí?

¿Cómo puercamente vacío?

Sí, vacío, a veces medio muerto. Me refiero a tanto espacio vacío, tanta tierra plana.

Y, a lo mejor, así debe haber sido todo, en el tiempo de antes.

¿En el tiempo de antes?

Sí, en el tiempo de antes.

¿Antes de qué?

Y, antes de todo. Antes que se hicieran las cosas estaría todo medio amuertado, medio vacío.

¿Amuertado? ¿cómo es eso?

Así amuertado, como muerto, ¿me entiende, señorita?

Sí, claro, aquí estaría todo así, como dices. Aunque esto sigue bastante amuertado.

Y, sí.

Pero, dime, ¿cuándo era el tiempo de antes?

Yo qué sé, señorita, hace muchísimo. Usted que sabe leer debe conocer mejor que yo cómo era el tiempo de antes.

Pues no lo sé, pero vamos, dices que esta tierra está como en el tiempo de antes.

Pienso que sí, si no, no sería tan lisa, tan vacía, como dice usted.

¿Y quién va a hacer las cosas para que deje de estar vacía?

El capitán trata, pero tanto no le sale, porque las cosas no cambian casi nada. Quiera Dios que este hombre no reviente.

¿Qué hace falta para que la tierra se llene de cosas, como en España?

Y... hace falta... tiempo.

¿Tú piensas que con el tiempo la tierra dejará de estar así, tan vacía?

Pienso que sí.

¿Y tan plana?

Pues no lo sé, eso se le escapa a mis entendederas, tal vez tenga que venir algún terremoto.

¿Y entonces, qué va a pasar con el pueblo?

No sé, no sé y no sé, señorita. Yo no sé esas cosas.

No te enojés, Francisca.

No me enojo, solo que estoy preocupada.

¿Por qué, Francisca?

Estoy preocupada.

Ya veo, pero dime por qué.

He visto la sangre en sus bragas y en la falda.

Lucía Montes se da cuenta de que Francisca sabe mejor que nadie lo que está pasando, mucho mejor, aún, que su padre o ella. Francisca sabe que tiene que lavar, limpiar y hacer la comida, sabe qué significa la sangre en su ropa.

Francisca sigue apoyada en el tronco. El sol difumina su pelo gris y escaso, y hace resaltar su piel blanca, sus pecas, y sus labios delgados y rojos. No sonrío como de costumbre. Espera con un gesto tranquilo y serio a la vez. Está ahí, lista para acompañarla, para escuchar y seguir junto a la muchacha.

No como le sucedió a ella, que apenas conoció un solo hombre y por menos de un año, cuando quedó encinta de Guadalupe. Un hombre que se fue para no volver jamás, para dejarla sola y asustada, como para no buscar, nunca, a ningún otro.

Lucía Montes se acerca a la mujer. No recuerda haber tenido un sentimiento así. Hace lo que no hizo nunca, ni con su padre, ni con su tía.

Toma las manos nudosas y blancas de la mujer, y las aprieta fugazmente.

Gracias Francisca, dice con un timbre de voz que ni ella misma reconoce.

Francisca sonrío con una ternura hecha a fuerza de vivir.

Tenga cuidado, Doña Lucía. Tenga cuidado, usted es una mujer joven y hermosa, y es la hija del capitán. Tiene que cuidarse.

...

El río ha crecido. Ha crecido con muy poca lluvia, se dice el hombre. El agua se ha acercado al montículo de leña. Una leña con los trozos prolijamente apilados cuan largos son. Y son de un largo parejo. El hombre contempla lo que le ha permitido el hacha, tener más y mejor leña en menos espacio. Siente que sabe usarla, aunque se pregunta si los que la han fabricado la utilizarán como él. Tal vez sepan más y se pueda usar mejor.

El agua se ha acercado a la leña. Llegan muchos camalotes, a veces solos, a veces en comunidades que parecen conformar islas flotantes. Puede que lo sean. El hombre contempla las grandes manchas verdes y trata de escudriñar si hay algo sobre ellas. Piensa que los pájaros y los animales livianos podrían viajar río abajo, algunos porque así lo quieren, otros como prisioneros.

Sobre una, que pasa cerca, le parece ver el movimiento huido y curvo de una víbora. Una víbora aún más gruesa que la que viera antes de llegar al río gigante, que no volvió a cruzar. El hombre se dice que hay que tener cuidado con el río, hay que saber cuándo está disponible para sacar provecho de él, como todas las cosas.

Piensa que, todavía, puede sacar provecho de él. Hay comida y no ha visto peligros que no conociese. Ni siquiera los vacunos, que suele encontrar cuando sube a la barranca, lo son, a pesar del tamaño.

Tal vez, ni siquiera ella, a la que le gustaría ver ahora mismo. Sin embargo, siente que ese lugar, el lugar en donde está, no es el suyo, ni lo será nunca.

Aún no ha construido una choza de las que sabe hacer, como si fuese a abandonar el sitio dentro de poco. Todo le resulta demasiado abierto, demasiado espacioso y silenciosamente hostil: la cantidad de agua que trae el río, la llanura, los animales de la llanura, los del agua, los pájaros opacos.

Siente algo en el aire esa mañana, algo salado. Registra con la mirada el río, el montículo de leña, el talud de la barranca, el cielo, todo de un modo resignado, sabiendo que no hallará nada que esté fuera de lugar. Sin embargo, algo pasa, o algo va a pasar.

Al verla acercarse gira hacia ella y permanece de frente.

Ella observa; después sonrío melancólicamente arqueando con amplitud su boca y bajando la vista y la cabeza en un gesto pudoroso. Un gesto que no guarda ningún registro del puñal que lleva y llevará siempre. Un gesto genuino y, por eso, seductor.

Pasan largos instantes el uno frente al otro, a pocos pasos. Lucía Montes nota el cambio en el hombre, nota algo en su mirada. Quizás alguna vez pueda darse cuenta de qué se trata. Sus ojos parecen inquirir por algo que no entiende, que no es bueno, frente a lo que se está definitivamente desprotegido.

El aire es calmo y la mañana fresca. Ha llovido, aunque no demasiado, el día anterior. La tierra emana olor a polvo mojado y las plantas están brillosas y fragantes. Todo es pulcro y nuevo.

Ni el hombre, ni Lucía Montes, quieren incorporarse al optimismo de la mañana, porque detrás se esconde algo.

Él quiere saber cómo es su trabajo con el hacha y gira hacia su derecha.

Le entrega el hacha y le señala la madera. Lucía Montes le entiende, entiende a lo que va.

Sopesa el hacha y se acerca a la leña. Toma una rama y la apoya sobre un pedazo de tronco. La parte de un golpe.

Va partiendo ramas por la mitad. Las toma con la mano derecha, las apoya en el tronco y deja caer la hoja, libremente, sobre el cuerpo de los leños. Es un movimiento flexible, y Lucía Montes encuentra placer en el fácil chasquido de la madera verde al cortarse.

Sabe que el hombre la observa y, sin levantar la cabeza, alcanza a percibir su grave aprobación.

Lucía Montes deja el hacha. A pesar del frescor, una línea de transpiración brilla sobre el labio superior. El hombre lo ve y recuerda lo que sentía y lo que pensó cuando se metió al agua. Hoy hay menos camalotes, como si el río también se hubiera limpiado con la lluvia.

El hombre se acerca, le toma la mano derecha y señala el río. Lucía Montes jamás se ha bañado en aguas abiertas, y trata de imaginarlo. Rehúsa la intención del hombre. Él la suelta y se quita la faldilla.

Lucía Montes ve, una vez más, la desnudez lisa del hombre, ese cuerpo sin surcos ni prominencias, sin los ángulos que conoce de los hombres de España, como su padre. Un cuerpo de formas suaves, pero de tronco fuerte como un pez grande. El hombre se mete al río y se vuelve, invitándola.

Lucía Montes se pregunta si el agua será tan espesa como parece. Sabe que jamás entraría por voluntad propia. Pero a ella, siempre le ha gustado abrir las puertas.

“Abrir las puertas a la tierra”, ha dicho Juan de Garay, y eso trató de hacer durante toda su vida, hasta dejarla en manos de los indios.

Eso no debe pasar con su padre, ni con ella. Juan de Garay murió mal, bajo los lanzazos de los indios. Y ella está allí con uno. Pero este indio no la va a matar, por lo menos ahora. En todo caso, no la va a matar nunca, este no. Piensa en los peligros, en el rechazo, en el miedo de su padre por lo que ella está haciendo. Para eso tiene la daga. ¿Por qué está en ese lugar? Francisca le ha pedido que se cuide y, quizás, no debería haber vuelto, pero está allí. Sus ojos vuelven a enfocarse, reconstituyen al hombre que ha sabido esperar sin que ella lo note. Ha seguido, con gesto impávido, la reflexión de Lucía Montes, sin preguntarse demasiado qué era lo que ella estaba considerando. Sabiendo que sus pensamientos están lejos de los de él, salvo en esos momentos en que les toca unirse, o ver el trabajo del hacha.

El hombre ha esperado y está ahí, convencido de lo que hace.

Lucía Montes se quita la ropa, dándose cuenta de que no hay mucha diferencia entre hacerlo en soledad y hacerlo frente al hombre con el que se tiene contacto íntimo.



Hay mucho menos diferencia que en la imaginación del hecho, donde la fantasía lo pone como algo misterioso, y tal vez irresistible para el varón.

Lucía Montes se quita la ropa y expone su claridad menuda a la luz del día. Siente su desnudez, en especial en el vientre, como una frescura extraña. Pero ahí está él, en el agua, esperándola.

Lucía Montes camina hacia la orilla con una sensación en sus espaldas, como si su desnudez se hubiera separado, se hubiese dado vuelta y situado detrás. Lucía Montes sabe que hay alguien que la observa, y avanza hasta meterse en las aguas translucidas del río donde la espera el hombre, que, momentáneamente, ha olvidado lo que sabía esa misma mañana.

...

A la salida de la misa están todos los habitantes del pueblo, aún los sirvientes y algún indio. Aquí no hay tiempo, lugar, ni gente, para diferentes misas, como en el norte donde se van formando grandes ciudades, tan grandes como las de España o Portugal. Aún más, dicen algunos, pero no iguales.

La misa se realiza en un cobertizo ubicado exactamente enfrente de la casa del capitán. Es un salón con el primer tramo de los muros hecho de concreto y terminado con madera que ha empezado a trabajar y a dejar intersticios por donde entra la luz apagada de la tarde. En una de las puntas está la mesa y hay una cruz detrás, colgada del techo por dos cadenas tomadas del crucero. Es una cruz grande, sobria, que ha tallado el cura con la ayuda de Bernardo. Completa el altar un baúl donde está el cáliz, que es uno de los únicos elementos refinados y ricos que se pueden encontrar en el pueblo.

Todos se quedan a conversar a la salida, en el claro que hace de calle, aunque es imposible que pase ningún transeúnte. No queda gente en otro lado.

Es una tarde fresca, y nadie se retira. El encuentro produce una renga sensación de compañía, en medio de las tierras solitarias, apenas habitadas por algún indio.

Tratan de participar de la conversación, aún los sirvientes. Y en especial Bernardo.

Se ha formado, como siempre, un grupo alrededor de Edgardo de Villanueva, donde hay más mujeres que hombres. Guadalupe lo observa en silencio, a la espera de sus palabras y su sonrisa. También Montes lo observa sonriente, pero desde otro

grupo en donde está el cura. El cura no es como los del norte, como los Jesuitas. Este cura sabe bien quién es el que manda allí, y a quién tiene que reportarse.

Lucía Montes se acerca al grupo donde está Edgardo de Villanueva.

Cómo está, Don Edgardo, pregunta justo cuando se hace un alto en la charla.

Bien, doña Lucía, disfrutando de la tarde después del día tan fresco que pasamos.

Todos se ríen, salvo Guadalupe.

Bueno, en Sevilla hay días peores.

¿Le parece?

Y, mejor es imaginarse que sí, dice Lucía Montes. Dirige su mirada hacia Bernardo. Tenemos un buen lector del evangelio, ¿ha visto?

Por cierto, dice Villanueva.

Con seguridad que usted los lee con frecuencia.

Villanueva realza su sonrisa.

También sonríe Bernardo, que no deja de mirar a Lucía Montes.

Bernardo es indio, pero se crio con españoles. Se instruyó con los curas y lee pausadamente, sin saber bien lo que dice, pero de un modo claro y mecánico, como si estuviera construyendo una pared ladrillo a ladrillo, sin ninguna prisa, y sin preocuparse por el resultado final, que, con seguridad, estará muy bien. Es la palabra de Dios.

Le gusta su trabajo en la capilla y en la huerta. Le gusta lo que aprende cada día. Ha visto la germinación de las semillas, la belleza y la gordura del brote nuevo, la turgencia ávida abriéndose paso hacia la luz, la carga de los frutos, su sazón. También los ha visto malograrse. Y ha compartido la pesadumbre que les provoca a sus tutores el paso de la tempestad. Ha olido, y disfrutado, el olor estiércol de bueyes y caballos. Y, como Villanueva, se sabe meter entre sus patas sin que los animales se inquieten.

Sabe cómo disparar con el mosquete. El mismo Montes le ha enseñado. Mejor de chico y solo para defenderte, le ha dicho Montes, y Bernardo cree que lo ha comprendido bien.

En las caminatas que el capitán suele emprender armado, el muchacho lo acompaña casi siempre.

Se asustó con los primeros disparos; después se fue acostumbrando.

Aprendió a fabricar balas y enseguida consiguió el grosor justo para que el tiro sea preciso y potente.

Le gusta salir al llano con el capitán.

Se hace la ilusión de ser el compañero que él ha elegido. Observa atentamente su modo de caminar pausado cuando recorren la llanura, disfruta del aroma de su ropa siempre limpia, mezclado con el olor del metal del mosquete untado con aceite. Presta atención a las palabras lentas y firmes del capitán. Admira su puntería.

Así ha sido siempre, aun cuando tuvo que hacerse cargo del arma y disparar, porque él se lo pidió.

La explosión, acompañada del golpe provocado por el retroceso, lo asustó y, todavía, no termina de adaptarse. Al principio, aún con el arma en manos del capitán, cerraba los ojos mientras la chispa corría por el serpentín, y tragaba saliva. Le parecía una eternidad. Le hubiera gustado taparse los oídos. Sentía piedad por los animales que el capitán mataba pero deseaba que no fallase, que el capitán demostrara su puntería, su infalibilidad.

Bernardo tiene diecisiete años y le da placer que se refieran a él. Ya ha comprendido la hermosura de las mujeres españolas, su palidez y sus ojos que hablan. Y Lucía Montes es la hija del capitán. Bernardo quiere estar donde está, en esa reunión, cerca de la capilla, de Villanueva, y de Lucía. Quiere llamarse Bernardo.

Guadalupe, no. Guadalupe se mantiene silenciosa y, al observar la melena renegrida de Villanueva, siente algo parecido al dolor.

¿Por qué se la ve tan seria, doña Guadalupe?

Ella abre más sus ojos y sonríe.

Ahora está mejor, dice Villanueva. Además, se acercan las navidades y habrá que festejar. Tengo un puerco que va a portarse mejor que los de España. Ya verán.

Lucía Montes admira la simpatía insobornable de Villanueva. Se pregunta qué hay detrás. Qué hay detrás de este hombre, bajo y moreno.

Detrás están todas las doncellas, y las que no lo son tanto, se dice. Pero, qué hay detrás de todo eso.

No he intimado con nadie, le ha dicho Villanueva.

No lo parece, y menos cuando se dirige a Guadalupe, que no puede quitar sus ojos de él. Aunque Bernardo tampoco, salvo cuando llego yo, reflexiona.

Y es verdad, porque Bernardo siente que Lucía Montes trae consigo los aires de esa tierra con la que el capitán y el cura lo han hecho soñar. Una tierra donde hay música y agua transparente como el vidrio.

Sabe que ella sale a recorrer sola siguiendo la costa del río y también tierra adentro, donde se puede ver su figura por largo tiempo. Él la ha contemplado desde el final del pueblo, y la ha visto caminar e inclinarse para examinar la grama. Él quisiera acompañarla, pero no se atreve a decírselo. Tal vez ella se lo pida.

Bernardo comenzará a experimentar algo diferente al anhelo de una tierra que no conoce y de la que Lucía Montes ha traído los aires.

Empezará por imaginar el cuerpo desnudo de Lucía Montes, y una simpatía hacia él que, no mucho después, le permitirá entregársele convencida.

Con el trabajo de la sangre el tiempo cambiará su magnitud. Será más espeso, más fragante, y se volverá inevitable ver a una Lucía Montes de pie y desnuda, acercándosele para que él copule con ella. Para que él la toque donde quiera, mientras ella sigue sonriendo y se deja hacer. Así es esa Lucía: muda, misteriosa y dócil.

Bernardo pensará en ella cuando se recluya en su cuarto, pequeño como un claustro, y ese pensamiento elevará su miembro hasta asomarse cuan largo es por encima del plano del pecho y desde la concavidad de su vientre, delgado y moreno.

Tal vez mañana le enseñe ese juego que aprendió de su padre, tal vez mañana puedan estar a solas.

Bernardo es tan alto como Lucía Montes, apenas más bajo que Villanueva, y mira alternativamente a ambos. Todavía disfruta que su lectura haya sido motivo de conversación, y espera que se refieran a él de nuevo. Y escuchar su nombre de labios de la hija del capitán Montes.

En algún momento me gustaría conversar con usted, Don Edgardo, me interesa saber cómo se amaña con nuestro huerto, dice Lucía. Quiero saber cómo crecen las verduras aquí.

Guadalupe observa y se pregunta si Lucía Montes puede tener algún interés verdadero en cultivar verduras. Tal vez sí, porque esa mujer es rara, parece estar distante siempre, y no habla demasiado con otros, salvo su padre y Don Edgardo. Nunca se queda mucho tiempo con las otras mujeres.

Lucía Montes observa a Guadalupe como si supiera qué piensa y siente. No hay encono en la mirada de Lucía Montes, pero, aun así, Guadalupe no puede sostenérsela. A Guadalupe también le gusta esa mujer. Sabe que le agradecería pasar una tarde con ella y, como Bernardo, salir juntas a recorrer la tierra donde les ha tocado venir a parar.

Villanueva hace silencio un instante.

Cuando quiera, Lucía, dice después.

Gracias, Edgardo.

Guadalupe siente que se queda afuera, que no hay lugar para ella en el interés de Villanueva.

Le ha dicho Lucía, así, simplemente. Y ella le ha dicho Edgardo.

Es hora de volver y prepararse para la cena. La gente ya ha empezado a dispersarse. Bernardo se acerca a Montes para saludarlo.

Hasta mañana, capitán.

Hasta mañana, Bernardo. Ya saldremos de recorrida.

Montes palmea la espalda de Bernardo.

Bernardo se aleja. Ha decidido que, algún día, también irá con Lucía Montes.

Adiós, Edgardo, dice Lucía Montes, y después se acerca a su padre.

Esa noche cena con él. La hora plácida de la misa y la charla han pasado. Ha vuelto la penumbra al ambiente. Lucía Montes empeña su voluntad en soslayar lo que le pasa, lo que lleva adentro, como una marca que la señala.

De eso se trata, de llevar con dignidad las amargas huellas que nos van a acompañar siempre, las cosas de la que es imposible

volver, los movimientos extremos, los errores imposibles de corregir, aún antes de cometerlos.

Tal vez sea necesario para que las cosas pasen, para que todo se acomode como lo establece la realidad.

La realidad es lo que tenemos, únicamente. Y, sin embargo, vivimos trabajando para cambiarla, acumulando víveres en los establos, diseñando los días.

No es así en el indio, ese animal de primera clase que se le ha metido adentro. Y ella sabe que cometerá el error, el error necesario, de volver a estar allí, con él.

Esa noche Lucía Montes se empeña en dejar de lado sus errores, tal vez necesarios, tal vez, no.

Lucía Montes se queda cenando con su padre y sostiene una conversación donde se han establecido límites. Los límites necesarios para que el dolor no aflore, para que todo vaya por el camino seguro de la tibieza y el cariño.

Ha sido un lindo día, padre, aún a pesar del calor, ¿no te parece?

Claro, hija, mañana seguirá igual. ¿Qué tienes planeado para mañana?

Quizás ir hasta el río, si es que puede llamársele así.

Es gigantesco, ¿has visto?

Pues sí.

Le han puesto Río Argentino.

Ya me lo habías dicho, por obra del poeta, ¿cómo se llamaba?

Zárate, Juan Ortiz de Zárate, pero no viene al caso.

Así es, hacía falta un poeta para llamarlo así.

Sí, uno ciego, o mejor un hombre con la ceguera de los poetas.

Es verdad, nunca había visto que alguien confundiese la plata con el barro. Hay que ser muy poeta.

Pero se ve que al río no ha de gustarle, porque trata de ser plateado.

A veces casi lo logra, ¿no?

Te parece feo.

No, al contrario, el río fascina, pero es indiferente como toda cosa gigantesca, es hostil.

¿Has visto salir la luna detrás de él cuando está llena?

Sí, claro que sí, es también gigante, pero su hermosura no hace más que recordarme lo lejos que estamos.

Pero ahora nos vemos todos los días.  
Eso es otra cosa. Mira, el mar me gusta más. Es transparente.  
Es, cómo decirte, receptivo. Y no se va, siempre está allí.  
Ha hablado una mujer, te va bien.  
Lucía Montes hace un gesto de disgusto que su padre percibe enseguida. Montes sabe que ha equivocado el camino.  
Dime algo de la belleza del mar, Lucía.

Se hablará de cosas agradables, del mar cuando está activo pero en calma, cuando las olas mecen el barco, y el horizonte sube y baja, y hay seguridad de que se avanza, de que se llegará a dónde estaba previsto. Se hablará de un regreso a Sevilla, del buen queso y el buen vino; se hablará de que la vida es buena, sin hacer referencia directa a eso.

Esa noche, que se irá retirando a su silencio abierto, verá apagarse la silueta de un hombre alto y una mujer menuda, sentados a la mesa grande de un recinto que procura hacerse notar bajo el cielo hueco y extraño.

Esa noche, como tantas otras, escuchará el diálogo entre un padre y una hija, insignificantes, y lo suficientemente grandes para que pasen todas las cosas a través de ellos, aún el río gigante que, según el poeta, quiere ser plateado. El río que acuñará un nombre como una insignia: argentino.

Esa noche, no se hablará más del destierro, de la búsqueda de ser otra persona cuando alguien se va tan lejos de su tierra.

No se hablará de las deudas pendientes, imposibles de pagar, aunque se hayan contraído hace tan poco tiempo.

No se hablará del pensamiento constante de la muerte como salida honorable para un hombre que comienza a sentir el peso de los años que se miden en errores, más que en aciertos.

En la mesa habrá un padre y una hija, un hombre y una mujer, a fin de cuentas, que aportan lo que el otro no tiene para que cuaje el instante sereno, la humana alegría.

¿Qué has planeado para mañana, hija?

...





Lucía Montes juega al naípe con él, echados sobre un edredón viejo y debajo del olmo que, según ella cree, plantó su padre y que no tiene más de cuatro o cinco años. Es la tarde temprana. Ella le enseña a Bernardo a jugar a la escoba, un juego que su padre aprendió en Venecia, y que casi nadie conoce en España ni Portugal, ni siquiera el mismo Felipe.

Lucía Montes, enfrente de Bernardo, observa su esfuerzo por comprender las reglas de ese juego italiano. Bernardo succiona sus carrillos haciendo resaltar sus pómulos y formando una depresión en las mejillas, mientras fija la vista en las pintas de los naipes.

Las pintas son para saber el palo del naípe sin exponerlo, y salvarse, así, de los tramposos mirones, como tú, dice Lucía, mientras se ríe forzando los labios hacia delante y achicando su boca, como en un beso.

Bernardo la mira. Vuelve a sentir algo más que la reminiscencia de una tierra que imagina y no conoce. Ve a una mujer hermosa, inmensa, pero hermosa al fin. Enorme, como si él fuera apenas más que un perrito faldero. Bernardo piensa que Lucía es muy grande cuando se esfuerza por entender el juego que aprendió el capitán en un lugar donde todos son flacos, según dicen.

Le es muy complicado concentrarse en presencia de ella, cuando están solos como ahora, cuando dispone de ella, toda para él.

No deja de pensar en eso y olvida inmediatamente las operaciones que le sugiere Lucía Montes. Es muy difícil que aprenda

rápido y, tal vez, ella se fatigue y quiera irse. Tiene que prestar atención y aprender ese juego porque, si no, ella se irá enseguida. Si lo logra, después podrán jugar muchas veces, podrán volver a estar juntos.

Bernardo recordará siempre este momento en que se siente empujado y preso de la mujer que le sonríe en medio del mohín de sus labios proyectados.

Esa misma tarde, cuando el sol se esté poniendo, Bernardo volverá a desear la tibia desnudez de ella, su muda simpatía mientras se ofrece al cuerpo de él, pero sin observarlo, sin prestar atención a eso, ocupada solo en el acto de entregarse alegre. Esa misma tarde, Bernardo apretará sus mandíbulas cuando oprima su miembro, casi con rabia, y se vacíe soltando un sordo gruñido.

Bernardo seguirá guardando como un tesoro perdido, la imagen de Lucía, hermosa y entera, gigante y sonriente, que ama y que le explica el juego italiano.

Bernardo no se da cuenta, mientras succiona los carrillos y levanta la mirada hacia ella, de que a Lucía Montes le agrada tanto su desconcentración como su esfuerzo por entender las reglas. No se da cuenta de que esta será la última vez que jueguen a la escoba.

...

Bernardo va detrás de Lucía Montes, a muy buena distancia. Observa la figura de ella desde lejos, recortada sobre la tierra plana. A veces, desaparece de su vista, tras los matojos de gramíllas que ya le son familiares.

Bernardo divisa la cintura estrecha de Lucía Montes, y rememora su pecho corto coronado por dos senos generosos sin exceso. Recuerda bien el olor de ella en las reuniones, y el cabello atado detrás, dejando que dos ondas amplias le tapen las orejas. Puede imaginarse sus manos pequeñas, que con movimientos menudos y curvos realzan lo que dice.

Lucía Montes ha quedado tapada por el pastizal alto, pero enseguida comienza a reaparecer en el horizonte, y él la sigue agazapado, ante el caso, improbable, de que ella se dé vuelta.

Lucía Montes camina manteniendo el ritmo, siempre pegada a la costa, como todas las veces que siguió río abajo. A pesar de que lleva falda va rápido, ya conoce el territorio. Hay poco polvo en el camino y el pasto se ha extendido como una alfombra.

Pasa junto a las matas de follaje denso con penachos blancuecinos, sobre unas varas de tallo recto, limpio y brillante. También hay de los otros, de porte pequeño y pardos. Menos alegres, más pobres, con sus hojas parecidas al esparto, que suelen verse más cerca del agua, debajo de la barranca, en comunidades sobre la tierra desnuda y muy oscura, como no hay en Sevilla.

Lucía observa el río y percibe el cambio en la fuerza de la corriente, poderosa y muda. Pasan los camalotes enredados como

atolones abstraídos, ajenos. Se da cuenta de que hay muchos más que de costumbre, y se dice que el río trae más agua.

Tal vez esté creciendo. Y lo hace de una manera muy diferente a la de sus ríos menudos y nerviosos. Aquí no hay nervio, aquí el río acontece, como la misma planicie, lerdo e inexorable.

El río crece como si fuera desde la tierra, como si la tierra misma le insuflara más agua en infinitas cantidades, y lo estuviera atiborrando desde otro lado. Nada tiene que ver esta con la lluvia, se dice Lucía Montes. Esta, si es que es agua, viene de otro lado, y crece fluida y espesa, como una montaña de lodo.

Se pregunta si esos islotes planos y verdes son capaces de sostener a una persona. Seguramente que no, o tal vez puedan, si la persona se acuesta sobre ellos.

Va tranquila río abajo, con su falda sobre la gramilla y en medio de los matojos grandes y esbeltos, y de los otros, pobres y herrumbrosos.

Lucía Montes camina por más de una hora, siempre en la misma dirección.

Se aleja mucho del poblado, y Bernardo piensa que, si ella se da cuenta de que él la está siguiendo, se va a enojar. Además, él quedaría expuesto porque no sería un encuentro casual.

Eso sería bueno: un encuentro casual. Lo mejor sería quedarse donde está, o más cerca de la población, para que, al volver, ella se tope con él y así puedan estar juntos, solos y lejos de la gente.

Además, es peligroso retirarse tanto. Puede haber animales, o incluso indios. Bernardo duda.

No sabe si seguir a esa mujer que ahora no es gigante, sino una figura pequeña y apagada, que parece saber a dónde va.

Bernardo decide volver.

Camina río arriba y comienza a sentirse solo. Pero continúa hacia el pueblo. Se pregunta si va por el camino correcto. Se dice que no puede haber error, porque ha estado siempre junto al río. Sin embargo, no se siente seguro del todo. Es extraño y está solo ahora.

Lucía Montes se ha alejado hasta desaparecer.

Bernardo vuelve. Camina muy rápido, con mucha energía. Sigue así por una buena media hora. Ha empezado a transpirar.

Por fin, puede ver el pueblo, chato y seguro, allí, donde siempre.

Decide detenerse. Está en el camino que ella debe desandar cuando vuelva. Quizás vuelva por otro, pero este es el más probable. Bernardo se sienta sobre la gramilla, muy cerca del filo de la barranca, a menos de un brazo de distancia e imagina el momento en que ella se detiene, de regreso de su excursión.

Se representa el encuentro casual y la sonrisa, y a él mismo invitándola a que se siente para mirar el agua bajo el sol que ya ha comenzado a calentar el día. Piensa en cómo se verían sus dientes blancos y sus ojos brillantes bajo el sol. Tal vez podría decirle algo con respeto a su belleza, algo como lo que dicen los libros sagrados.

Se deja llevar por la sensación de que ella va a venir, de que se van a encontrar al acaso donde no hay nadie. Imagina su sonrisa, y el momento en que ella le dice que sí, que a ella le gusta tanto estar con él como a él con ella.

Después, como una revelación, llega un silencio al alma de Bernardo.

Un silencio para que se dé cuenta de que está ahí solo, contemplando un agua que no ve, bajo un sol que no le permite dejar de transpirar. Para que se dé cuenta de que ella está muy lejos de volver y que, casi seguro, no va a pasar por allí.

Bernardo se incorpora, contempla el río y se prepara para seguir camino hacia el pueblo.

Piensa en lo lejos que se ha ido ella.

Piensa que siempre puede ir detrás de ella para ver qué hace y cómo lo hace. Pero tiene que cuidarse. Tiene que estar seguro.

La próxima vez que vaya tras Lucía Montes, Bernardo llevará la pistola.

...



“A ver, ¿cómo es eso de que no ha intimado con ninguna mujer?”

Edgardo de Villanueva lleva unos greguescos negros y amplios, botas de lustroso cuero negro, y una camisa parda cerrada, con cuello de lazos. Sus larguísimos cabellos relucen como la pez bajo el sol, igual que su dentadura que pasa, como siempre, detrás de la misma sonrisa.

Todo brilla en Villanueva, la ropa y los ojos, y parece irreal esa elegancia en medio del paisaje compuesto de colores a los que les cuesta definirse. Colores que se alargan y se aplastan como la masa para el pan.

Allí está Villanueva, lustroso, en medio del día que quisiera deslucir cualquier brillo, cualquier realce, que no sea el propio.

Cuán difícil sería para los pintores de España transmitir las imágenes que aquí se suceden, inmóviles, delante de nosotros. Cuán difícil para ellos, hechos al drama del relieve, del claroscuro, del rictus del dolor o la ebriedad, pensará alguna vez Lucía Montes.

Aunque a Villanueva lo lograrían con realismo, recortado allí, tan neto y español, haciendo relumbrar la negrura de su cabello, mientras todo gira lerdamente alrededor de él.

La única figura consumada en medio de todos los elementos que parecen querer mezclarse, es la de este Villanueva, que posa frente a Lucía Montes, como lo podría hacer, según dicen, en el escenario de algún teatro de Londres.



¿Le gusta el teatro, Don Edgardo?

Villanueva arquea aún más su boca y ensaya una reverencia contenida que desconcierta a Lucía Montes, sentada bajo su olmo.

La interpretación de ese ademán como respuesta a su pregunta, corre por cuenta de ella.

Villanueva se mantiene en su gesto, esperando a que Lucía Montes continúe. No es una imposición, es un gesto natural. Él no tiene nada que decir, y no lo dice, pero sabe que el encuentro no termina allí.

Lo miro así, digamos, como usted es, y me es imposible no imaginarlo en un escenario, representando alguna obra.

Villanueva baja y estrecha los hombros, como si aceptara la idea de Lucía Montes.

Ella también se ríe.

A ver dígame, ¿Por dónde anda usted? ¿Qué busca?

No busco nada, me acomodo a lo que hay, en todo caso.

¿Vistiéndose así?

¿Cómo?

Tan elegante, tan notable entre esta tierra que blanquea.

¿Notable?

Sí, notable.

¿A usted le gustan las letras, las metáforas digo?

Me gustan los tratados, los estudios sobre los fenómenos difíciles de explicar, me gusta la ciencia. Y las palabras sencillas.

¿Y qué más?

Lucía Montes se da cuenta de que Villanueva no responde a sus preguntas, que ahora es ella la que está respondiendo. Y que el diálogo lo define él.

Lo que más me gusta son los puñales.

¿Cómo?

Eso, los puñales.

Villanueva no atina a emitir palabra y ella no reprime una carcajada. Una de las que le encanta oír a su padre. Una carcajada de puertas abiertas de par en par, una de las de su hija.

Pero hay algo detrás de la carcajada. O en medio. En medio de su carcajada Lucía Montes se da cuenta de lo que hay allí, y deja que se apague.

¿Y usted, Lucía, qué obra representa?

Hasta ahora no represento ninguna que yo sepa. Nunca me ha gustado eso del teatro, me gusta la vida real, y su camino firme.

¿Firme?

La vida real es muy firme. Los que vacilamos somos nosotros.

Pareciera que le gustaran las letras y las ideas complicadas, dichas de una manera sencilla.

Pues no, las letras son lo mismo que el teatro.

En la escuela no opinaban así, mi padre tampoco.

Su padre.

Por eso ha venido, porque esta vida le parece más real. Porque este es un lugar para explicar, un fenómeno que tenemos que entender.

Sí, tal vez haya algo de eso, pero le diría que la razón de que esté aquí es el aburrimiento.

¿Y aquí no se aburre?

La pregunta la lleva de nuevo hacia otro lugar, río abajo, a un lugar marrón y polvoriento, donde un hombre marrón y polvoriento la posee, y le instila el germen de una tortura que ella se ha buscado.

No, aquí no me aburro. Aquí me preocupo, responde Lucía Montes, con un timbre de voz opaco por fuera, pero con un chillido adentro.

Villanueva calla de nuevo, y se centra en la mirada de Lucía Montes que ahora se dirige a él con un gesto que parece asumir lo que dice. Que dice: esto es lo que me pasa, esto es lo que soy.

Pues quizás no debería preocuparse tanto, señorita, quizás le convenga tener compañía.

Qué desparpajo. Muy suyo, sin duda.

¿Le gusta?

La verdad es que sí. Me gusta... usted... me hace olvidar de las cosas. Tal vez me convenga su compañía.

¿Le parece?

Me parece que sí. Aunque ahora que lo pienso, soy bastante poco original, ¿no?

Villanueva hace silencio y no deja de sonreír. Su bigote fino es apenas una línea leve y recta sobre la boca, y sus ojos

entornados se aguzan dispuestos a continuar el juego, aún sin nada que decir.

Claro, dice Lucía Montes, a lo mejor me convenga su compañía, una mujer no puede estar sola en estas tierras.

Villanueva sigue sin hablar.

A ver, ¿cómo es eso de que no ha intimado con ninguna mujer?

¿Qué es lo que no entiende?

No le creo. No creo que no se haya acostado con ninguna mujer.

Soy virgen, Lucía.

Hay un silencio que Villanueva no se preocupa por atenuar.

Lucía Montes no puede reprimir un sentimiento de ternura hacia Villanueva, y también un deseo de que este hombre se una con ella, no porque la urja intimar con él, sino, más bien, para protegerlo.

¿Por qué, Don Edgardo?

Porque padre me lo ha pedido. Y porque yo he hecho votos para eso.

Lucía Montes tarda en hablar. Reflexiona sobre esa frase. ¿Su padre se lo ha pedido?

Sí, padre me lo ha pedido. Y a mí me parece bien, responde Edgardo de Villanueva con la sonrisa de siempre en su rostro.

Ella se da cuenta de que jamás tendrá contacto íntimo con este hombre. No sabe si le gusta eso. Sin embargo, está segura de que será así.

Debería ver a Guadalupe, ella es como usted, querido Edgardo.

¿Le parece? Y usted, Lucía, dígame, ¿con quién debería estar?

Villanueva se acerca y apoya su mano sobre el hombro de Lucía Montes.

Ella levanta la vista y lo observa, como si fuera a decirle algo.

Después baja el rostro, mientras una afilada soledad le quita las fuerzas.

Villanueva se queda donde está, esperando en el silencio de la mujer. Son largos instantes donde él parece comprender lo que sucede y decide dejar que pase.

Lucía quiere seguir así, ensimismada, y bajo el cobijo de la presencia de un hombre, de este hombre. No recuerda haber

sentido eso. No recuerda haber buscado la protección de nadie, ni siquiera la de su padre. Prolongaría indefinidamente esos momentos, experimentando lo que para ella es una novedad, una novedad imprescindible ahora: la apagada suavidad del consuelo.

Le parece que Villanueva se puede quedar cuanto haga falta, para siempre, si ella lo propusiese desde su silencio y su cabeza gacha.

El hombre no se mueve, sigue allí, y Lucía Montes querría que él le levantase la cara y le diera un beso en la boca.

Es Lucía Montes la que, inesperadamente, levanta su cara y le da un beso corto en la mejilla, apenas encima de sus labios.

Villanueva no se ha movido de su posición. Se aboca a mirar a la mujer bajo una sonrisa que parece haberse vuelto de piedra.

Entonces, ella se separa y contempla a Villanueva con un dejo de perplejidad.

Él sigue tan quieto como antes, como si se hubiera ido a otro mundo, como si no estuviera dentro de sí.

Qué extraño. Qué lugar tan extraño, dice, al cabo, Lucía Montes, recuperando por completo su natural apostura, como si lo que pasa, le estuviera pasando a otros.

Sí, es un lugar extraño, pero nos vamos acostumbrando, responde Villanueva. Hace que hagamos cosas que no soñábamos.

Ella no atina a responderle enseguida. Se da cuenta de que en el hombre no hay segundas intenciones. Sí, y tal vez lleguemos a olvidar nuestra tierra, dice por fin.

Olvidarla no, pero esta se empieza a volver cotidiana. Y puede que al final sea más fácil vivir aquí, con el tiempo.

No lo creo, tal vez más seguro que ahora, pero más fácil no.

¿Qué haríamos entonces?

Volver a España, qué otra cosa, Don Edgardo.

¿Le parece?

Pues, ¿dónde si no, hombre?

Estamos aquí porque hubimos de querer salir de donde estábamos, tanto usted como yo. Y no creo que sea un problema de lugar.

Sí, lo comprendo y lo comparto: no queremos salir de un lugar, queremos salir.

Sí, eso mismo.

¿Usted lo considera un desatino?

Lo considero un destino. Y no exclusivo de gente como nosotros. Lo considero como un destino de todos.

Salir.

Salir de lo que somos, por eso nos vamos.

No le voy a preguntar qué es lo que somos y dónde vamos, porque la respuesta me resultaría sumamente aburrida. Le pregunto de dónde queremos salir.

Usted lo sabe.

Queremos salir de la condición... humana. Queremos encontrar el cielo en otro lugar porque aquí no está. Y por eso le ponemos Río Argentino a este caudal desmandado de agua al que no le importa en absoluto el nombre, o Eldorado a donde lo único que hay son alimañas.

Son ilusiones, Edgardo.

Pues no lo sé, lo que creo saber es que la belleza y la alegría están más allá. Y vamos detrás de algo que se aleja.

¿Llegaremos?

A veces parece que hemos llegado. No nos damos cuenta de eso sino después, cuando lo perdimos.

Está bien. Usted se acaba de perder una linda mujer, ahora, dice Lucía Montes, y empieza a sonreír.

Conservo la ilusión de eso, y ya hemos convenido que vamos tras ilusiones, pues hay que seguir abonándolas. Además, usted se olvida de mis votos.

Mucho no le creo, pero vamos, hay que seguir andando, que siempre habrá una luna como la de anoche que nos espere.

Debería dedicarse a componer poemas, Lucía.

Y usted al teatro, Don Edgardo.

...

El río sigue vertiendo mucha agua. El hombre ha tenido que recurrir a su trampa en el arroyo, donde quedan los bagres. Se ha preguntado por qué ella no ha traído más comida, sobre todo el alimento suave y blando como una yuca seca. Está más delgado. No es falta de comida. Es falta de ganas de comer.

Los días han pasado y su único contacto humano ha sido esa mujer, tan parecida y tan diferente a las suyas, a Arapy.

El hombre ha dispuesto de más tiempo para reflexionar porque se ha detenido. Ha instalado un lugar, provisorio, pero no como con su gente. Más provisorio aún, con la infinita precariedad que supone no poder volver a donde se pertenece, y a experimentar como un manto oscuro, pesado y adverso, la vida de cada día. Como si el cielo sólido lo ahogase contra la tierra indiferente.

Se ha sentido más cerca de no ser, en ese anonimato de hombre perdido para su gente, de hombre en relación consigo mismo, y nada más. Es un modo de experimentar su ser profundo y triste a la vez. Debería volver para encontrarse, pero sabe que es imposible, y esa es, quizás, una ventaja que le permite ser diferente, otro hombre, alguien nuevo.

Pero es amargo, está lejos del contacto con los otros, está lejos de la sonrisa, salvo de aquella que provocan ciertos recuerdos. Y de alguna otra, fortuita, debida a algún hecho más reciente que le resultó amable.

Para el hombre es implacable el exilio y, por eso, se rehúsa a entregarse. Aún no. Por eso pesca y se alimenta. Por eso ha juntado madera y se ha hecho un lugar donde protegerse del agua y del sol. Sabe que tendrá que matar alguna vaca para por su cuero para protegerse del frío. Tendrá que ingeniárselas, es un animal grande, pero ya ha cazado los ciervos de su tierra.

Está ella, a la que no acaba de esperar, a la que nunca sabe si quiere volver a ver. Esta mujer que significa un misterio y una amenaza, pero que disfruta en su cuerpo pequeño y blanco. Tal vez sea ella, más que ninguna otra cosa, lo que vuelva a darle un sentido a sus actos, tal vez sea ella la que le permita seguir siendo, o ser de nuevo.

Al hombre le cuesta entender que su vida ha cambiado para siempre. Se rehúsa a entregarse a estos días ajenos que le van quitando el ser, paso a paso.

Y, sin embargo, siente que debe seguir, que hay muchas cosas por descubrir, todavía.

El hombre se ha dedicado a hacer lo poco que necesita. Recoger el pescado, asarlo, comer frente al agua ajena, explorar sin explorar, meterse al río, tratar, con poco éxito, de fabricarse un cuenco donde beber.

Y a esperarla, aunque no acabe de esperarla.

El hombre se queda en este lugar porque ha conocido a Lucía Montes, pero ha perdido el apetito porque espera lo que no ha de pasar, aún si ella siguiese viniendo.

Ya hubiera partido de la gran soledad orlada por la planicie y el agua tan grande sino hubiese puesto casi todo su deseo allí: en la presencia de esta mujer con la que no puede hablar.

Sentirse de este modo es algo nuevo en él. Antes no esperaba así, lo hacía como la mayoría de los de su tribu. Antes hacía lo que debía hacer, sabiendo que la tierra le daría lo que le estaba asignado.

Ahora tiene lo que necesita y el tiempo ha comenzado a sobrarle, sobre todo desde que posee el hacha y debe cazar solamente para él.

El hombre ha comenzado a experimentar otro tipo de espera: el tormento de la espera.

Para él es nuevo. Tan nuevo como su viaje desde las tierras altas hasta este lugar con tan pocos árboles, este lugar sin bosque.

Ha esperado a esta mujer sin saber bien qué es lo que quiere, sin preguntárselo. Ella es lo que ha venido deseando desde que la conoció.

Tal vez sea tiempo de partir. Partir siguiendo el arroyo, hacia arriba donde debería haber más plantas, más animales.

El hombre yace con las palmas de las manos bajo su cabeza, contemplando el cielo, laxamente, mientras dos lágrimas corren desde la comisura de sus ojos hasta las orejas. Tal vez lllore por su gente perdida, por la seguridad de que tarde o temprano ha de perderlo todo, porque no hay manera de cambiar las cosas, y el destino hará su trabajo como debe.

Siente que lo que necesita no ha de llegarle, que hay un error, o tal vez una mentira. Ese modo de pensar le valió el exilio de su pueblo. Ese modo de pensar lo ha llevado, quizás, a la mujer, y a esperar.

Lucía Montes vuelve su cara y percibe las lágrimas que bajan por las sienas del hombre. No parece corresponderse con el animal de primera clase que la puso de espaldas hace unos instantes y se lo hizo así, como los animales, rápida y ferozmente, sin dejar que ella pudiese experimentar la máxima intimidad con su propio cuerpo.

Y, sin embargo, le ha gustado. Le ha gustado ver al hombre en manos de lo que no puede controlar: el deseo por el cuerpo de ella, por poseerlo. Le ha gustado su modo de expresarlo.

Ese modo que fue como un grito, como un ataque feroz, lleva implícito el dolor, el miedo al propio daño, la descarga del tormento.

Por eso, comprende las lágrimas del hombre.

Lucía Montes, al volverse hacia el hombre, se hace notar por él y con cautela y suavidad lleva su palma a su cara para secarla.

Yacen desnudos sobre la falda marrón de ella, bajo la luz reverberante de un día pesado. Bajo un sol enfermo de humedad, un sol con la fiebre de estas tierras, pensará Lucía Montes.



Hace calor, y ambos han transpirado. En la piel oscura del hombre el sudor brilla tanto como huele. Es un olor potente pero opaco, un olor a madera quemada que invade el calor del día. Lucía Montes se ha acostumbrado, y ahora la atrae.

Le agrada ese olor que ella no podría producir nunca, que es propio de ese hombre, el olor de su masculinidad, de esa raza, eso que lo ha llevado a ponerla de espaldas y a enterrarse en ella hasta vaciarse. El olor del poder.

Y de la debilidad.

Lucía Montes se incorpora extendiendo su mano para invitar al hombre. Sin embargo, él no responde a la invitación. La observa levantando apenas su cabeza. Quiere ver el cuerpo de la mujer, desnuda y de pie. Algo de lo que un hombre no puede cansarse nunca.

Ella lo sabe. Ella sabe que él quiere mirarla, que quiere el disfrute de hollar la intimidad de su cuerpo, y lo deja hacer, sin ningún pudor.

Es solo cuestión de un momento. Lucía Montes sabe que él se incorporará y que hará lo que ella sugiere.

El hombre va, de la mano de Lucía Montes, hasta la línea translúcida del agua. Ella tira de él.

El hombre se detiene un instante para observar el río. Siguen pasando los camalotales, pero van lejos de la costa. Mira hacia el norte y comprueba que no se acerca ninguno.

Se meten juntos. Ella lo observa sonriente, y después se echa y comienza a nadar.

El hombre se concentra en el modo de nadar de la mujer, sacando los brazos del agua y golpeándola alternativamente.

Se ríe. Esa mujer no sabe nadar, esa mujer juega con el agua. El hombre no puede reprimir una carcajada al ver cómo nada Lucía Montes, azotando el agua. Así no podrá cazar ningún animal, espantando todo cuanto hay cerca.

Ella alcanza a escuchar la carcajada. Es una carcajada como la de cualquier hombre. Una carcajada que no reconoce diferencia de lengua. No entiende de qué se ríe, lo comprenderá después, cuando todo sea recuerdos.

Se queda expectante, como pidiendo una explicación. El hombre se zambulle y comienza a nadar sin sacar los brazos del agua, en silencio, sin los chasquidos de cada brazada. Se desplaza haciendo circular sus brazos y pateando, con velocidad y en silencio.

Lucía Montes detecta el animal que hay dentro de él, y se da cuenta de que es verdad lo que ha dicho su padre. Están más cerca de los animales que ellos, los españoles.

Por eso se lo hizo así, como lo hizo. A Lucía Montes le gusta cómo el hombre nada y quiere que la posea de nuevo.

Cuando el hombre se detiene y se incorpora con el agua a la cintura, ella se acerca y lentamente posa sus labios sobre la boca de él y los separa con su lengua hasta tocar sus dientes blanquísimos. Se toma un tiempo para jugar con la boca del hombre. El hombre responde quedamente, como si aún no alcanzara a comprender. Después, sin separar sus labios y su lengua de los de él, ella baja su mano en busca del sexo, que comienza a expandirse.

Enseguida el hombre la alza colocándola encima de su cintura y la penetra sin dejar de mirarla con fijeza.

Lucía Montes también lo mira. Es la primera vez. Hay un cambio en el indio. No es deseo y pulsión. El indio, ahora, responde a la voluntad mutua de buscarse con los ojos, a cumplir con el compromiso de ambas miradas de expresar, de exponer, de dar testimonio de lo que pasa. Algo que lo testifique, que le dé un valor único.

Ella expresa con sus ojos que sabe plenamente lo que está pasando. Él puede saberlo, puede entender lo que la mujer está diciendo.

Ella intenta con toda su fuerza penetrar la voluntad del hombre pero sus ojos oscurísimos, la imposibilidad de diferenciar el iris de la pupila, y un rayo lerdo de amoralidad, lo hace inabordable; provoca un velo en sus ojos, una pátina cenicienta.

Sin embargo, sabe que él está ahí, completamente, como ella, aunque no pueda verlo. Allí, detrás de la opacidad de sus ojos, está él, entregando lo que le corresponde para que el rayo de las miradas fulgure en su oficio.

El indio sabe qué le pasa a la mujer, ha comprendido el código.

Lucía Montes también y, casi de golpe, llega a la puerta sombría de la incertidumbre, pero no deja que cunda, se sostiene convencida y le da todo lo que tiene ahora, a través de los ojos.

Van por el mismo camino que los conduce al puerto del orgasmo compartido.

El hombre, mucho más que ella, exhibe la mirada de las bestias apenas antes de morir.

...

Montes ve.

Ve el rostro demudado de su hija. Ve la cara estirada, echada hacia atrás, la inexpresividad del dolor o el miedo. También ve la falda sucia, como otras veces. Montes se da cuenta de que su hija sospecha lo que él sabe.

Le hace la pregunta. Pero no quiere la respuesta. Lo que quiere es una respuesta. Una respuesta cualquiera, menos la respuesta.

¿Qué te pasa hija, cómo estás?

Estoy bien.

Montes insiste, aunque no quiere.

¿Qué has hecho?

Nada.

¿Cómo nada?

Bueno, nada especial, he salido a explorar como siempre.

Experimenta algún alivio. El escuálido consuelo de que no va a saber la verdad, de que es mejor poner la comunicación en un camino más llano, más doméstico.

Montes puede con el poblado, con la comida extraña, con las enfermedades de la gente, con el barro amargo, después de los temporales, y hasta con Ximena, pero no puede con la íntima realidad de su hija. O tal vez sí, afrontando un dolor que no es para este momento, que prefiere posponer.

¿Estás bien?

Sí... bueno, no lo sé.

¿Por qué?

No es fácil estar aquí. Uno no sabe lo que debe hacer.

Es verdad. De todos modos, no queda otra cosa que hacer lo que nos parece mejor.

Pues, yo no lo sé.

¿No lo sabes?

No.

En buena hora, piensa Montes. Es su hija que se pone en sus manos, un modo de entrar en ella, de sacarla del peligro que él teme.

¿Y has intentado saberlo?

Pues, claro.

Entonces, más o menos.

¿Qué dices?

Haz lo que sientas, aunque no sepas si es correcto o incorrecto. Aunque no sepas bien qué haces. Más o menos, y adelante.

Lucía Montes no responde. Reflexiona, y también experimenta alivio. Le gusta lo que ha dicho su padre, tan profundamente humano, tan de hombre.

Allí no hay “peros”. Allí hay acción. Allí se termina el reino de esa palabra que lo único que refleja es la imposibilidad de la razón para allegarse a la verdad. Y el reconocimiento de eso.

Lucía Montes ha sentido, demasiadas veces, cansancio frente a su padre. Se alegra de escuchar eso, tan opuesto al cansancio de no poder concluir algo de un modo definitivo, opuesto a la incertidumbre, a la amargura de la relativización de todo. Esa frase se opone a la desilusión de ese hombre que, sin embargo, es una factoría de voluntad, que cada día se aboca a tomar decisiones, a gestionar el pueblo y sus necesidades, a proyectar la producción y las posibles riquezas.

“Más o menos y adelante”

Ese hombre ha seguido la senda, primero asombrosa del aprendizaje que significa una cadena de “peros”, ese sucederse de los descubrimientos, uno tras otro, con sus luces fugaces, hasta el tedio final de comprobar que la cadena no tiene fin, y que todo depende de cuán lejos se lance la piedra del razonamiento.

Pero el razonamiento se acaba con el deseo, con esa fuerza mucho más subterránea, extraída de la tierra y expresada en el cuerpo, en la carne, en el movimiento.

Por eso ella ha ido cada día río abajo, por eso salió de Sevilla y su puerto de tráfico, mugre y guirnaldas. Por eso perdió su virginidad así.

Y por eso tendrá que hacerse cargo de un destino que su padre recela y rechaza.

“Más o menos y adelante”.

El hombre es también acción, se dice Lucía Montes. Ingenua acción pura. Belleza.

Y su padre doblemente bello, porque actúa así.

Pero sabe. Un hombre hecho a perder, aunque gane todas las batallas.

Ambos sonríen.

Dime, hija, ¿has visto a Villanueva?, pregunta Montes mientras repara en la falda arrugada y sucia de Lucía Montes.

No, pero saldré un rato antes de que oscurezca. No te preocupes, me quedaré por aquí.

No me preocupo por ti, lo hago por Don Edgardo. Aunque él parece acomodarse siempre bien.

Así parece.

Lucía Montes sale y vuelve a sentir el peso de la atmósfera caliente. Aún no llega la brisa de cada tarde. Cruza en diagonal el espacio que hace de plaza donde crece el ombú, ese árbol globuloso como si estuviera hecho todo de corcho, con sus hojas amargas y gruesas. Lucía Montes no quisiera que fuese así y no lo va a decir, pero es un árbol feo.

Se acerca al cobertizo que hace de capilla y abre el portón de madera sin labrar. No le gusta que el chirrido delate su presencia. Se asoma, pero no ve a nadie dentro. Ni al cura, ni a Bernardo.

Estará trabajando en el huerto.

Bernardo pasa largas horas en su habitación mínima, aún a pesar de las advertencias del cura. Bernardo sabe que no está bien que pase tanto tiempo allí, pero ella lo llama desde el interior. El interior de su propio cuerpo. Ella, que va a entregarse

desnuda y alegre, que buscará su abrazo con una sonrisa mientras lo deja hacer, siempre igual. Ella, de pie, blanca y enorme, frente a él, con toda confianza.

Lucía Montes llega a la puerta del muchacho y duda. No sabe si llamar. Se da cuenta de lo que podría pasarle al muchacho de encontrarse, así, de golpe, frente a ella. Lucía Montes esboza una sonrisa. No es como aquella sonrisa, íntima y gozosa, de cuando el hombre la miraba hachar. Es una sonrisa de ojos bien abiertos, de interés por el juego.

Golpea con fuerza a la puerta del muchacho y acerca su cabeza para escuchar. Siente dos o tres ruidos apagados.

¿Quién es?

Soy Lucía, Bernardo. Buscaba al señor de Villanueva y pensé que tú podrías saber por dónde anda.

Pues no lo sé, Doña Lucía.

¿No abres?

Ahora mismo, Doña Lucía.

Cuando se abre la puerta Lucía Montes observa el rostro pálido y avergonzado del muchacho. Un rostro parecido al suyo cuando se encontró con su padre después de volver del río.

¿Cómo estás, Bernardo?

Bien, señorita, estaba descansando un poco.

Ya veo. Entonces, ¿no has visto a Don Edgardo?

Pues no, pero si lo desea, puedo acompañarla para buscarlo. No hace falta, no tiene importancia, pero si quieres ven.

Lucía Montes y Bernardo salen bordeando el ala de la plaza hasta donde hace esquina para doblar en dirección al corral de los bueyes.

¿Te gusta el ombú, Bernardo?

No la entiendo.

¿Si te gusta ese árbol?

¿Usted dice el de la plaza?

No, el ombú, el árbol, cualquier ombú.

Sí, responde el muchacho, que no sabe a dónde va Lucía.

A mí me parece un lindo árbol, aunque es un poco raro.

Sí, es un árbol grande.

Pero no es tan lindo como el fresno. El fresno es hermoso cuando llega el otoño. ¿Sabes cuál es el fresno? Mira, ese es un

fresno. Lucía Montes señala un árbol joven como la mayoría de los del lugar.

Es tan hermoso, señorita.

No sé cómo les sentará el otoño aquí, pero en España, antes de que se les caigan las hojas, se les ponen doradas, y es un primor verlos tan amarillos, tan amigables.

Bernardo se pregunta cuál será el significado de la expresión “un primor”.

Lucía Montes acompaña su frase con un ademán de arrobo.

El muchacho lo advierte y no hay nada que le gustaría más que ser un fresno, y muy amarillo.

Bernardo tratará de estar donde ella esté, siempre que pueda. Y de protegerla, como ha dicho el capitán.

Caminan hasta el corral pero por allí no se ve a nadie. Lo rodean y Bernardo se ubica delante de Lucía Montes para mostrarle el camino y evitarle la maleza, para comportarse como un caballero. Está encantado de poder mostrarle el camino, y de que Lucía Montes le obedezca dócil y silenciosa.

Vuelven por la calle que lleva a los galpones de las herramientas, y ella, sin levantar la vista, lo ve, mejor dicho, los ve.

Edgardo de Villanueva lleva una camisa blanca inmaculada, de cuello amplio y con volado en el pecho. Las botas se ven opacas sobre las calzas oscuras. A Lucía Montes le llama la atención que no estén relucientes a esta hora, cuando está terminando la jornada.

Villanueva no se inmuta, sigue en lo suyo, aunque se haya dado cuenta de que ella se acerca en compañía de Bernardo.

Villanueva sigue conversando bajo uno de los fresnos nuevos, con todo su peso echado sobre una pierna, y la otra en flexión. Es una postura elástica que denota comodidad, una postura de soldado, gallarda, orgullosa al fin.

Guadalupe está sentada sobre un tronco caído. Un tronco de pocos anillos y, sin embargo, lo bastante grueso. Está con un vestido color crema, especial para esta hora, aunque demasiado delicado, piensa Lucía Montes.

Allí está Doña Lucía, dice Guadalupe, elevando el tono de su voz.



Entonces Villanueva se vuelve y sin decir palabra realiza su sonrisa al enfrentarse a Lucía Montes.

Por qué siempre me parece que este hombre se está burlando de mí, se pregunta Lucía Montes. Hay algo que no le gusta en Villanueva, siempre tan contenido y elegante. Algo que no le gusta en ese encuentro con Guadalupe. No son celos.

¿Cómo está, Doña Lucía?, Guadalupe no dice más.

¿Cómo le va, Doña Lucía? ¿Paseando por la aldea?, saluda Villanueva.

Bien, y ustedes.

Pues aquí nos ve, conversando al fresco, mientras se va el día.

Nosotros hemos salido a recorrer un poco, solo para entretenernos.

Bernardo calla. No comprende bien por qué Lucía no le dice más a Villanueva.

Bueno, no queremos interrumpir su plática, seguimos camino.

Villanueva no contesta y Guadalupe no se atreve a hacer nada. A Lucía los silencios de Villanueva se le hacen, cada vez, más antipáticos.

Adiós, Guadalupe. Adiós, Don Edgardo. Sigán disfrutando de su charla.

Bernardo percibe la contrariedad en Lucía.

A dónde quiere ir ahora, Doña Lucía, se atreve a preguntar.

Ella percibe la palabra ahora. Como si el muchacho pensara que ella es caprichosa y él estuviese dispuesto a satisfacer caprichos.

Su rostro se ilumina.

¿Crees que soy caprichosa, Bernardo?

Bernardo abre los ojos todo cuanto puede.

Pues claro que no, Doña Lucía, usted es muy educada.

Se me hace que tú piensas que soy un poco caprichosa.

No, no, Doña Lucía, usted hace bien las cosas.

Lucía Montes extiende su mano y toca con su dedo índice la punta de la nariz del muchacho.

Acompáñame hasta mi casa, guapo, le dice con voz cantarina.

...

Cuando Lucía Montes entra a la sala donde se almuerza y se cena, encuentra a su padre sentado a la mesa con una vela encendida, aún a pesar de que la luz no se ha retirado del todo.

La vela ilumina su rostro parcialmente, realzando sus pómulos y sus marcados arcos superciliares, y dejando en la sombra las concavidades de sus mejillas y sus ojos.

Y así lo percibe Lucía Montes, sombrío.

Pero poderoso.

En las matas de pelo gris, en las ondas indóciles de su cabello, hay algo enérgico, algo de fuego. Lucía Montes sabe, sin ver, que en los ojos del hombre relumbra el rayo que le conoce. Ese mirar, casi desesperado, esa manera de registrar inmediatamente lo que hay alrededor, con un ansia inhumana de saber lo que está pasando. Alguna vez ella llegó a asustarse, como si en esos ademanes el hombre estuviera descubriendo una acechanza oculta para los demás. No hay mayor miedo que el de no ver el peligro manifiesto en el rostro del que sí lo está viendo.

Después se acostumbró y llegó a echárselo en cara. Decidió no hacer caso a ese apuro, a esa urgencia por saber.

Montes lo comprendió enseguida y accedió a reconocer su error. El viejo error de querer controlarlo todo, de prever.

Pero, aunque quisiera, aunque esa fuera una batalla perdida de antemano, ese hombre no va a cambiar, o cambiará muy poco.

A ese hombre no le queda más que aceptar lo que ocurra, aún frente a la tristeza, o la ardiente indignación de sus ojos claros.

Montes levanta la vista y le dice a su hija que ha llegado el correo, a modo de explicación.

Hay algo oscuro en su semblante. No le ha sonreído y los músculos del rostro están tensos. ¿Alguna novedad?

Nada en especial, salvo que vendrá la carreta con las vituallas que hemos pedido, tal vez la semana que viene. Ha atracado otro barco en Buenos Aires.

¿Solo eso?

No, también hay una carta sellada para ti.

Lucía Montes inquiere con rostro inexpresivo, como si sintiera que cualquier noticia que pudiera llegar no es bienvenida.

Montes no se explaya.

¿De quién?

De Rodrigo Balbuena.

Lucía Montes hace silencio.

Y a ti, te han llegado noticias particulares, por fin le pregunta a su padre.

A mí no me ha llegado nada, responde el hombre sombrío.

...

Es un aturdimiento. Un zumbido que no llega a sonar, y que, sin embargo, allí está, en el pecho y la cabeza.

Es un momento donde el tiempo se detiene en un signo de pregunta. Una incertidumbre que, sin embargo, no acierta a asustarlo.

Porque detrás de la incertidumbre está lo inexorable. Algo que tiene que ocurrir, que estaba escrito sin que él lo supiera. Algo que ahora se manifiesta con claridad, sin que pueda entenderlo del todo, porque él es lo que pasa, porque lo que ocurre le ocurre a él.

Hay en sus ojos la misma expresión que la de las fieras a las puertas de la muerte, ese interludio entre el hecho nimio y la ausencia completa, el no ser.

Hay ese descubrimiento de último momento, de último instante. Una luz quieta y sin futuro. Una luz que quedará inscrita en su último fulgor inmóvil.

Es el mediodía y está todavía ahí, todavía de pie frente a lo que queda de la escena, la escena del mundo, su mundo que se convirtió en una barranca, una planicie indiferente y un agua gigante que hace lo único que quiere hacer, llevarse todo hacia el sur, desde su fuente inagotable y mágica.

Un zumbido que no suena, que confunde y amenaza, como cualquier alarma.

Todavía está de pie, aunque no se ocupa de sostenerse. Está de pie porque hay una voluntad, que no es la suya, que se encarga

de mantenerlo así, anclado en sus dos piernas abiertas, frente a la escena donde reina el silencio. El silencio que zumba y que deviene después de la acción, donde ocurren las cosas que tienen, que tuvieron que ocurrir para manifestarse. Para que llegara este punto. Un punto donde ya acontece lo que aún no ha acontecido.

Él ya lo había visto en los animales, pero ahora es él, y sin pensarlo sabe que a él le pasa algo homólogo. A él le pasa lo mismo.

Allí está frente a la escena, o dentro de ella sin que lo sepa. Una escena sorda e instantánea, inmediata a la acción.

La acción presente en la otra mirada, la mirada de la mujer. La mirada de la mujer que aprendió a unirse con el hombre y a llevar su cuerpo adentro, la esencia de ese cuerpo que comenzó con su trabajo, dentro del de ella.

La acción está presente en la mirada de Lucía Montes, que a pesar de lo terrible, sigue teniendo capacidad de observar, de preguntarse qué va ocurrir.

En los ojos de Lucía Montes no se instala un velo lechoso, sino que conservan las chispas de ese marrón claro que en otro momento se pareció al de los pájaros de la laguna.

Lucía Montes, que llegó hace, tal vez, quince minutos, que llegó hace tanto tiempo que entre su llegada y ahora media toda una vida. Hace quince minutos se ha convertido en el pasado. Eso que va a lo venidero y que ya está muerto en sí. Mucho más muerto en este caso.

Lucía Montes llegó hace, tal vez, quince minutos, y como de costumbre, permaneció unos instantes alejada del cuerpo del hombre. Ese tiempo de espera a modo de saludo. Esa introducción a su presencia que ambos instituyeron como la manera de decirse: Hola, estoy aquí.

Y, como de costumbre, no se acercó.

En cambio, se dirigió hacia el montículo de leña con la rama donde alguna vez se sentara. Esa leña apilada desde hace tiempo de la que el hombre aún no ha echado mano.

El hombre percibió algo, casi antes del movimiento, como si hubiera sabido. Fijó su vista debajo de ella y la aguzó. También trató de oír. Alcanzó a verla.

Sus ojos están acostumbrados a percibir la levedad de los mínimos movimientos de los animales que van a ser cazados. Saben ver detrás de las matas la posibilidad de cobrar una presa.

El hombre buscó entre los intersticios que las ramas apiladas dejaban entre sí, y notó el movimiento oscuro y grácil.

Lucía Montes lo vio. Lo vio, en la mirada fija del hombre, y en su expresión. Una expresión parecida a la de ahora, aunque ahora sus ojos no están fijos en ella, están fijos en nada, en él mismo.

Lucía Montes conservará, mientras viva, esta mirada como testimonio del hombre, y del tiempo muerto que devino en lo que pasó luego, en lo que pasará cuatrocientos años después, en lo que pasará en cualquier futuro.

Ella lo vio, y supo que algo no estaba como ellos querían. También supo que no había qué hacer, salvo esperar a que lo que iba a ocurrir se manifestase.

El hombre se quedó tieso, como tratando de que todo permaneciese así, inmóvil.

Lucía Montes no pudo reprimir la necesidad de incorporarse para ir donde estaba él. Para acercarse y saber. Para estar a su lado, y entender, y ayudar.

Lucía Montes apoyó su mano, su mano izquierda, su mano fuerte, cerca del extremo de la rama para pararse y el hombre vio otro movimiento. Un movimiento veloz, como el de un ave al zambullirse tras su pez. Un movimiento hacia arriba, rectilíneo y retráctil.

El hombre vio la víbora, más gorda que las de su tierra, lanzarse hacia la mano de la mujer, y retirarse después de haberlo hecho.

Lucía ya está de pie. Acaba de soltar un grito agudo y breve, y observa, en el canto de su mano, los dos puntos rojos y ardientes que manan una sangre clara que se va a oscurecer enseguida, tal vez mucho antes de lo previsto.

Ya no hay vuelta atrás. No hay inmovilidad que sirva.

El hombre corre hasta el otro montículo de leña donde descansa el hacha y la toma para salir detrás del animal, que comienza a fugarse de su guarida. El hombre se dirige hasta la costa para evitarle el camino del río y la víbora cambia de dirección y busca de nuevo la tierra.

El hombre ha aprendido a manejar esa herramienta, sabe lo que hace en la carne y los huesos. También sabe que el bicho no ha de volverse contra él, ahora. Sabe que no va a escapar como no escapó aquella, mucho más pequeña que mordiera a Arapy, la más joven de sus mujeres.

Pero esta ha mordido en la mano, es diferente.

El hombre se zambulle sobre la víbora, estirando todo su cuerpo en el aire, con el hacha en ristre y asesta el hachazo. La hoja se clava hasta el cabo en la tierra blancuzca.

No hay un cuerpo seccionado debajo. El animal supo cambiar la ondulación de su desplazamiento y sigue hacia la barranca.

El hombre desclava el hacha que sale limpia y brillante de la tierra y emprende la carrera de nuevo, lanzado con la ceguera de la ira. El hombre es extraordinariamente rápido y esta vez flexiona sus piernas colocado detrás y en el flanco de la víbora, mientras descarga el hachazo en el medio del cuerpo del animal. La mitad que queda, se revuelve, pero enseguida sus movimientos menguan, camino de una quietud muy próxima. La que busca escaparse pierde la agilidad de hace un instante, y el hombre asesta otro hachazo apenas detrás de la cabeza.

El ondular aún sigue cuando el hombre ya se ha vuelto hacia Lucía Montes, que se sostiene la mano izquierda con la derecha.

Allí está la picadura. No como le pasó a Arapy, que también llegó a mirarlo, rígida, como él mirará dentro de unos instantes nada más, unos instantes que significan la suma de toda su vida.

El hombre, aunque no lo parezca, se detiene y reflexiona. Lucía Montes lo observa y aguarda.

Después el hombre sale a la carrera en dirección a ella. Le toma la mano y registra las dos pequeñas heridas por las que corre un hilo de sangre, aún clara. Ella inquiera y se deja hacer.

El hombre arrastra a Lucía Montes hasta el montículo de leña donde estaba el animal, cuyas partes ya han dejado de moverse por completo.

Se escucha su aullido. Un aullido que retumba lejos, un aullido que se transforma en una queja extendida.

El hombre separa el brazo izquierdo de Lucía Montes del resto del cuerpo, mientras ella se resiste con todas sus fuerzas, como si supiera lo que va a ocurrir. Lucía Montes se revuelve

como no lo tuvo que hacer nunca, pero sus fuerzas no pueden nada con las del hombre, que sabe lo que tiene que hacer, sin duda alguna, aunque ella, tal vez, también lo sepa.

El hombre apoya la mano y el antebrazo izquierdos de Lucía Montes sobre el mismo tronco donde, hace apenas instantes, ella estaba sentada.

Ella enmudece y eleva sus ojos siguiendo el brazo derecho de hombre, que se levanta esgrimiendo la herramienta. Él, a su manera, también sabe para qué sirve.

El ruido es seco y sordo, igual que el que produce una rama aún verde y de buena sección.

Se escucha el aullido nuevamente y, enseguida, se ve incorporarse la figura de Lucía Montes, tan alta como es, y luego caer hacia atrás, de espaldas.

Gira sobre su costado derecho y se derrumba con todo su peso sobre ese mismo flanco, levantando una menuda nube de polvo, con un ruido apagado.

El hombre ya abandona la mano, la misma con la que descolgó el hacha del establo, la misma con la que supo escribir, o manejar el estilete y el sable. La mano que mantuvo la tensión sobre el cuello de un marinero donde cundió el deseo, y cuyo último movimiento fue una contracción débil, en el instante de ser separada de su brazo. Su apretón postrero.

El hombre se vuelve hacia Lucía Montes, que yace de costado. Su mano derecha emerge desde abajo, y sostiene en alto el muñón sangriento. El hombre va a dar su paso cuando se escucha el estampido.

Un paso que se frustra. Un paso que muta en incertidumbre. Incertidumbre vacía.

Es un aturdimiento. Un zumbido que no llega a sonar y que, sin embargo, allí está, en el pecho y la cabeza.

...





Ha anochecido.

Montes escribe a la luz de las velas.

Como en aquella tarde, la luz amarilla realza las oquedades en los ángulos de su rostro. Más que en aquella tarde, por la oscuridad reinante, y porque Montes es, ahora, un hombre muy fatigado.

Un hombre sin razones para estar allí, alguien donde el sentido ocupó el lugar de la cansada vanidad.

Alguien que siempre vislumbró un dolor como ese, y al que no quiso prestar atención.

Montes es un hombre superado por la realidad que de algún modo preveía, y que nunca pudo admitir.

Y ahora no resta más que hacer eso, que cumplir con su destino. Un destino que invalida todos los recaudos, todo el afán de los quehaceres, la intención de programar la vida, de construir un lugar mejor, tanto aquí como en España.

Montes ha acomodado lo que necesita en la mesa. El candelabro está justo delante de él, en medio, frente a sus ojos. Hay tres cartas formando una pila perfecta a su izquierda, y él escribe mientras que el resto de las hojas vacías están a su derecha, en una posición casi simétrica a las de las cartas recibidas, aunque algo alejadas. El tintero está al costado de la lámpara, más cerca de él, y sostiene la pluma en su mano. Hacia su izquierda hay un mapa de la villa actual, donde figuran las casas y los depósitos, y se esbozan las futuras calles por las que se va extender el pueblo. Montes ha retirado un plato que quedaba sobre la mesa y la copa de vidrio, donde suele beber el vino.

Está inmóvil, porque en su mente los recuerdos fluyen caóticos, entre el pasado reciente, donde sufre la inquisición de unos

ojos ahítos cuya mirada no pudo sostener, un pasado lejano, donde se ve conversando con caballeros de la ciudad, vestido impecablemente e incómodo, una hija manca al otro lado de la pared, la incertidumbre respecto de lo que debe hacer, y el miedo de perderse a sí mismo.

El capitán Montes no puede poner sus ideas en orden, y sabe que no solo su mente, si no su cuerpo, están en vilo. El capitán Montes, que mantuvo la calma mientras fue necesario, se siente invadido por la confusión. Es algo nuevo, y es suave, paradójicamente, porque todo sucede en una cierta calma, la que le hace imposible hilar largos razonamientos. Apenas reconoce los hechos recientes, y los que no lo son tanto, pero salta de uno a otro sin poder posarse en ninguno. Tiene que tomar las resoluciones correctas. Se siente confuso. Aun así, sabe que es capaz de encontrar la energía suficiente para hacer lo que debe.

El capitán Montes está lejos de sus análisis agudos donde la palabra “pero” ha sido la llave de sus cavilaciones y su amarga ironía. Ni siquiera puede reflexionar sobre eso. Apenas se limita a insistir en hilvanar una secuencia lógica de pensamientos que lo lleve a una decisión atinada.

Deja la pluma en la pequeña bandeja junto al tintero y se observa las manos. Están limpias. Unos pliegues blancos y paralelos a lo largo de los dedos, que a él se le antojan nuevos, arrugan la piel como si se hubiera aflojado y empezara a caer laxa. Montes se mira las manos, ve sus arrugas y su piel que se separa del cuerpo de los dedos. Tal vez siempre fue así, se dice.

No sabe bien qué es lo que está pasando. Es la antesala del miedo.

El capitán Montes está extraordinariamente confundido, y solo gracias a su amarga voluntad, se mantiene en sus cabales, siendo consciente de que cualquiera que pudiese escucharlo comprendería su estado. Pero no puede darse ese lujo, ahora es tiempo de resistir. Resistir es una manera de esperar. Y no es un acto de esperanza, es una necesidad, porque lo único que sabe que no puede hacer es mostrar su fatiga. Tal vez, como mucho, echarse en la cama y aguardar a que el cuerpo y las ideas vuelvan a su cauce. Tal vez por una cuestión de supervivencia, porque siente que ya no hay nada o, tal vez, muy poco a su alrededor

que justifique su esfuerzo, su voluntad de hacer. Eso a lo que ha respondido toda su vida.

Montes ha acomodado sus útiles para escribir y los ha dispuesto de una manera inusual, perfectamente alineados.

Sin ser un hombre desprolijo, en general se ha ocupado poco de darle a los enseres, o los útiles, un lugar demasiado preciso. Siempre le fue fácil echar mano de lo que necesitaba. Encontrar los objetos le ha implicado poco esfuerzo, y ha preferido dejar que su mente se abocase a algo mucho más difícil: encontrar el camino.

Pero ahora teme.

Montes no se pregunta por qué. Lo acepta, y procura por todos los medios de poner las cosas en orden, de cumplir con la necesidad primera: hacerse del control. Sabe que está al límite, tal vez ya lo ha rebasado. Pero es lo que hay, se dice, como apelando a una calma que sigue estando muy lejos.

Así es, se dice. Y sin confiar en lo que está pensando, más bien como un ejercicio para ordenar su mente y encontrarse consigo mismo, se repite: así es, así se ha expresado eso, el destino, o el nombre de Dios.

Aún no se siente en condiciones de escribir, cometerá algún error, pero también sabe que no queda demasiado tiempo, que la carta puede llegar tarde. Montes comienza a respirar lentamente, como buscando en el aire el bálsamo para poner las cosas en su lugar, y deja que los minutos pasen, procurando vaciarse.

Vuelve a empuñar la pluma y escribe mientras la camisa marca su espalda que se rehúsa a descarnarse, que se mantiene firme y doliente en el cono de luz amarilla que proyecta la vela sobre la mesa grande.

Con los ojos húmedos, y apretando cruelmente sus mandíbulas, procura hacer una letra prolija, una letra noble y ajena.

Estimado Don Rodrigo Balbuena.

Así la encabeza, con un laconismo que recalca la diferencia social con ese marinero, y que denota el tenor grave de la carta.

Montes es un padre vencido, conminado por el destino a pedir ayuda. La peor de las ayudas. Esa referida a cuestiones de las necesidades del alma, de su alma, y, tal vez, la de ella.

Pedir víveres o herramientas, reclamar a la corona por las escaseces del pueblo nunca le ha parecido un síntoma de flaqueza, de orfandad, como esta carta en la que debe dirigirse a un hombre para contestar la suya, que su hija no ha pedido o no ha deseado contestar. O, quizás, no ha podido.

Se detiene esperando a que sus ojos se sequen. Son instantes en que fija su vista contra el muro para recuperar el aliento.

Después sigue.

Sigue hasta que piensa que le gustaría estar escribiendo otra carta. Una que no puede redactar, porque la que enviara antes nunca fue contestada.

Montes piensa en las manos blancas de esa mujer, sus manos leves bajo el mechón de pelo rubio y lacio, con su carta en la mano, y la indecisión o la imposibilidad de esa mujer de responderla. Esa mujer que dijo cuánto lo quería y que, sin embargo, no vino nunca más al poblado, y no permitió que él viajara.

Piensa en el olor dulce y opaco de Ximena, y en su suspiro contenido y lleno de profundidad.

Pero Montes no llora por esa mujer, no se lo permitiría. Quizás una lágrima, si supiera que ella está esperándolo, que ella lo espera con su voz, con su cuerpo, con su claridad difundida. Montes necesita el consuelo de una mujer, esa mujer a la que no puede escribir.

Ha llorado. Lo hizo por su hija, por no haber podido torcer ese destino que siempre entrevió.

Y ahora es el turno del marinero. El único hombre del que su hija habló por cuenta propia, el único del que su hija habló como de un hombre.

Lucía Montes yace en la oscuridad, en la habitación contigua. Sabe que su padre está del otro lado de la pared, sabe del dolor de su padre, pero de eso se ocupa cuando él está con ella, allí a su lado. Ahora la pared divide ambos dolores y cada uno se aboca al suyo porque es el momento.

Forma parte del engaño. El engaño mutuo que se deparan el enfermo con el sano, cada uno preocupado en aliviar el desconuelo del otro, cuando les toca verse las caras.

Ahora está el muro, y cada quien puede sumergirse en su propio espíritu.

Lucía Montes se da permiso para el llanto. Pero no deja correr las lágrimas.

Lucía Montes se aboca a llorar sin lágrimas. Y sin atreverse a levantar su brazo izquierdo. El brazo que remata en un vendaje blanco y ajustado.

Mantiene su rostro inexpresivo, inmersa en su dolor y, recurrentemente, pasa por ese momento, como si quisiera exorcizarlo.

Lucía Montes ve el florón de sangre en el pecho sin pelos del hombre. Ve la mirada fugaz sobre ella que buscó comunicarse por última vez, algo que nunca llegaron a hacer en verdad. Algo que quedó pendiente para ambos.

Ve cómo esa misma mirada se retiraba al fondo de sí misma, y como sin ningún atisbo de la violencia que había acontecido, se despojaba de cualquier pasión, aun estando viva.

Lucía Montes recuerda a Bernardo, allí, encaramado en la barranca con la pistola todavía en la mano. Recuerda el humo saliendo del cañón. Y recuerda que no pudo gritar, que no pudo decirle nada. Recuerda que, como una bola de plomo, el hombre al que sus piernas aún lo tienen de pie, el muchacho que acaba de disparar su bala, y su antebrazo romo y sangriento, le ahogan la voz.

Es el silencio del “ya no hay nada que hacer”, más que observar lo único que todavía está en progreso: la llegada de la muerte. Algo que ella había querido ver, como la vieron su padre y este mismo hombre, con seguridad.

Lucía Montes ve la muerte, que siempre es una, el arquetipo, igual en el hombre que en el carpincho. Y la inquisición de la muerte en los ojos, cuando está lista para decir su verdad.

Ve la muerte, la del hombre al que buscaba para que se le metiera adentro, para que le instilara su semen, el hombre que, casi, no le dijo palabra alguna.

Se da cuenta de que nunca hubiera querido ver esa muerte, aunque siempre sea la misma.

Esa no, porque el hombre que casi no le dijo palabra alguna hizo que la muerte no pudiera con ella, y, sin embargo, sí pudo con él, de manos de un muchacho enamorado que solo trató de

defenderla. Un muchacho que enamoró ella misma. Dos hombres para que ella esté viva.

Con uno habría alcanzado, se dice Lucía Montes en medio de la habitación oscura. Porque él nunca fue un animal de primera clase, él fue él, y lo lleva adentro.

Lucía Montes quisiera señalar el cielo mientras comienza a apretar sus mandíbulas, como lo está haciendo su padre en la habitación contigua. Quisiera hacerlo con su mano, con su verdadera mano, la que supo amenazar, la que ya no tiene. Lucía Montes solo tiene un aciago muñón cubierto de vendas.

Levanta el brazo izquierdo, y no siente su mano como hace un momento. Siente que iza su muñón en medio de la penumbra. Y que no hay cómo expresarlo, que la herramienta no sirve para eso. Le parece que el gesto que debería condenar, se convierte en una súplica, un ruego por piedad.

Para Lucía Montes no ha sido atroz perder su mano, para Lucía Montes lo atroz fue cómo llegó a perderla.

Deja que las lágrimas afloren, las deja fluir como si fueran ajenas.

Las lágrimas corren y hacen, quizás, el mismo efecto que el silencio en el capitán que respira detrás de la pared.

Lucía Monte se zambulle por fin en una larga inspiración, y deja que las cosas se vuelvan más claras, hasta hacerse netas, hasta que su modo de respirar se vuelve firme y preciso.

Se pregunta si todo es así. Si todo ha convergido en la misma voluntad. Piensa si había algo escrito desde que salió de Sevilla. Piensa si extraña a Sevilla, y se dice que no, que en absoluto. Pero le gustaría saber si esto estaba escrito, si esto que le pasa a ella, que les pasa a todos, ya estaba decidido. Lucía Montes quiere saber si eso es lo que fueron a buscar, o si es justamente lo contrario.

Se levanta de su lecho y se dirige a la ventana. Con mucho cuidado y con su mano derecha la abre. Se ve insegura, haciendo movimientos que son más bien tentativas. Se dice que tendrá que acostumbrarse, que no hay vuelta atrás, y que ahora, ella es solo una parte de la que fue: la parte derecha.

Observa cómo trabaja su mano, observa su vacilación, este aprendizaje de una lengua nueva, una lengua indiana, se dice, que utilizará de ahora en más, para siempre. Lucía Montes siente

que no ha de volver a ser la misma. Se pregunta si alguien sabía quién iba a ser ella, y quién es ese alguien.

Finalmente, abre la ventana. En su rostro no se expresa emoción alguna, apenas un dejarse llevar, una aceptación que también ronda el aturdimiento, la experiencia de no estar a cargo de las cosas, la sensación de que las cosas se han impuesto sobre ella.

Lo que ve Lucía Montes ya se lo figuraba, y, aún, a pesar de que tenía alguna duda, lo confirma.

Allí, en la cima del poste que servirá para instalar el campanario, no hay ningún nido de pájaro marrón. Arriba, está el extremo romo del palo, seco y vacío, esperando la mano del pobre Bernardo para instalar algo que, tal vez, dure tanto como un refugio de pájaro que no fue. Un pájaro, parecido a ellos, un pájaro que se instaló allí, en la punta de un campanario mustio, un pájaro que quiso prevenir.

Lucía Montes se queda contemplando el palo hierático frente a ella, fruto de la voluntad del cura, de la voluntad del hombre, de su padre, de la colonia y de España. España quitó el nido del pájaro, España quitó al pájaro, pero esta tierra ha de quitarle muchas cosas a España.

La mujer observa el extremo romo del poste, y después baja su vista para mirarse el extremo de su brazo izquierdo. Este es un lugar al que hemos venido a perder cosas, y a hacer que las pierdan. Pero no está mal.

La mujer se asoma a una pobre ventana pretensiosa, frente a una plazoleta polvorienta, donde, a un costado, ha engordado un ombú.

Esa mujer menuda, de cabello recogido y de reflejos rojos, llegará a ser La Manca Montes.

Lo será con el tiempo. Un tiempo que llevará ese apelativo hasta trescientos, cuatrocientos años después, y seguramente más. Un apodo que circulará por estas mismas tierras hechas al silencio y al agobio. Por estas tierras y las de más al sur, donde se extiende la planicie sin fin

...





El muchacho se ha encerrado en su cuarto. Fue mucho más simple de lo que había imaginado, e increíblemente rápido. Algo asombrosamente normal.

De alguna manera supo antemano que el disparo no fallaría, que la bala, que él mismo fabricara bajo la supervisión del capitán, iba exactamente donde había apuntado. Que el impacto es certero, que va exactamente allí, es algo que se percibe en el instante.

El muchacho piensa que él sabía lo que iba a pasar, con precisión, sin matices, y puede revivir la escena cuantas veces quiera. Puede volver a escuchar el estampido y el sacudón del indio. Puede repasar la imagen de la sorpresa, del estupor del indio tratando de entender qué pasa. Puede ver su asombro grave, su falta de miedo, su falta de ira. Ese quedarse en el lugar como sabiendo que “ya no hay nada que hacer”. Y eso lo obliga a guardar el secreto. Porque se da cuenta de que no ha sido como lo ve la gente. No ha sido un acto de valentía, una reacción apropiada.

Se da cuenta por lo que vio en el indio, en su rostro. Vio la falta de culpa, la falta de maldad en su mirada, como de animal, donde no hay lugar para esas cosas.

Pero ya había jalado el gatillo y ya sabía todo lo que ocurriría con exactitud.

Lo sabía hasta antes de que el indio se desmoronara, de que cayera sobre sus piernas que se doblaron a la vez, en actitud de arrodillarse, de que sus manos buscaran el suelo para tenderse sin golpear, para acostarse en la última dignidad de la que era responsable.

Se pregunta si el indio tendría voz. Porque nunca la escuchó. Apenas, tal vez, el resoplido ávido de una respiración que se retira.

Recuerda al indio apoyando la cabeza sobre el polvo, y volviendo la cara hacia la costa, dándole la espalda a él, dándole, sin que lo sepa, la importancia que verdaderamente tenía, la de no ser responsable, la de ser apenas un vehículo de lo que la tierra le tenía asignado.

El indio muere enseguida, con dos espasmos leves que él no ve porque ya está junto a ella que no habla, que ya ha dejado de gritar, y que lo mira provocándole miedo.

Lo apremia desde otro lugar, y esa es su verdadera valentía: no la de haber matado al indio, sino la de sobreponerse al miedo que le produce el gesto de Lucía Montes, que lo inquiere como si estuviera en otro lugar, un lugar siniestro que solamente ella conoce.

Su valentía es tomarla del brazo derecho para que se incorpore y enseguida, sin mirar el muñón sangrante, atarle la tira de tela debajo del codo mientras escucha el jadeo de la mujer. Ese jadeo que no reconoce género, el jadeo del herido que también queda sujeto a su destino, sin poder hacer otra cosa que entregarse a la labor del que lo asiste. Y esperar. Siempre esperar.

Su valentía es ir con ella hasta el poblado, dando gritos desde lejos que nadie escuchará hasta estar cerca, porque la corriente se lleva la voz río abajo.

Su verdadero valor es llevar a la mujer que no dice palabra, y que lo acompaña con una levedad que lo asusta, hasta muy cerca del pueblo donde los ven Guadalupe y Francisca, y enseguida Villanueva. Y poco después el capitán Montes, que llega donde el alboroto.

Bernardo tuvo la presencia de ánimo de llevar a la mujer hasta las cercanías de pueblo donde apareció la gente para socorrerla, y para que el médico, Díaz, se ocupara de la herida de inmediato.

Fue una tarde interminable y, sin embargo, fugaz. Una tarde donde resonaban las voces como ecos que venían de gente lejana y aturrida. Las preguntas se sucedían una tras otra y él contestaba sin matices, mínimamente. Él respondió cada pregunta con

la sinceridad del que no tiene nada que perder, y la del que no entiende lo que pasa.

Fueron dos o tres horas que pasó sentado a la gran mesa de la casa del capitán, respondiendo las preguntas hasta que el capitán le preguntó si podía llevarlos al sitio donde ocurrieron las cosas.

Guiar a la gente, guiar al capitán envejecido y seco hasta donde yacía el indio, en la posición que recordaba, no fue un acto de valentía, fue apenas necesario.

El indio estaba allí, en una posición que él reconoció como la misma en que había quedado, tendido sobre su pecho, con la cara vuelta hacia el río, como dejando todo atrás. El muchacho no se atrevió a mirar la cara del indio, permaneció a sus espaldas. No quiso revivir las facciones de alguien en que terminó reconociéndose en el último instante.

Todos miraron al capitán, envejecido y seco, observar al indio. Permanecer contemplándolo como si quisiera desentrañar lo que sucedió, lo que estaba sucediendo. Y el capitán, tal vez, supo, en esos instantes, mucho de lo que había ocurrido alrededor de ese hombre muerto, y de su hija.

Después, como si viniera desde abajo, con una autoridad incontrastable, se escuchó su voz sin inflexiones.

Entiérrenlo aquí, como a un cristiano. Como a un cristiano, ¿está claro?

El muchacho, encerrado en su cuarto, sabe que el capitán se dio cuenta de las cosas, y que por eso no le dijo nada. No lo felicitó como los demás.

Montes supo cómo fueron las cosas, y que no había que felicitar a nadie. Al muchacho le han dicho que hizo bien, que hizo lo que debía, que ella está viva gracias a él, que nunca hubiera llegado al pueblo sin su ayuda.

Ella está viva gracias al indio. El indio sin odio, el indio que apenas se asombró ante el calor en su pecho.

Ella hubiera llegado sola al pueblo. No le hacía falta su ayuda, de eso está seguro.

Y, sin embargo, ella no dijo nada. Pero lo va a decir, a su padre primero, después a Villanueva, y a nadie más.

Porque Lucía Montes no tiene ganas de hablar, y menos con él. Ese muchacho que enamoró haciéndole creer que era otra. El muchacho que piensa en su cuarto y que ya ha dejado de amarla. El que piensa en su valentía, en ella, y muy poco en el resto de la gente.

El muchacho que vio en los rasgos del indio algo que no entiende del todo. Eso que trabaja detrás de su alma, dejando un regusto incierto y triste, que le quita la ilusión, que tendrá que llevar como una marca indeleble para que se acuerde siempre.

El muchacho, indio por sangre, español por crianza, y el vacío. El hueco oscuro, la náusea de la cavidad sin fondo cuya referencia es su propia persona. Un abismo delimitado por su corteza. Un abismo que lleva un nombre, una corteza, que no significa nada: Bernardo Iñiguez. Porque en este caso ese nombre: Bernardo Iñiguez es una mera corteza que no lo define. Tal vez lo defina más la falacia de su apariencia, su caricatura de español, su vestimenta apócrifa. Tal vez lo defina más su sangre y la tierra en donde le tocó nacer, ser gestado. Porque este muchacho, que tiene que llamarse Bernardo Iñiguez, debería llevar un nombre diferente, un nombre pacífico y genuino, como el del indio al que mató.

Un abismo imposible de definir: ser mitad y mitad, o sea nada. Y eso lo sabe desde el instante en que dio muerte al indio, desde que reconoció el gesto que le abrió la puerta a su propio abismo. Porque en ese momento lo vio.

Bernardo Iñiguez vio que él también es un indio.

Y necesita aferrarse a algo, a algún cabo de donde sostenerse, de donde sostener su persona, que se pierde como el humo del hogar cuando se abre la puerta.

Necesita una referencia porque no la encuentra, porque todo se disipa en el hueco del miedo.

Bernardo Iñiguez no puede pensar más que en el capitán Montes, porque él le ha enseñado casi todo. Fue él el que le enseñó a empuñar el mosquete y a fabricar las balas. El capitán Montes, que se volvió amarillo.

...

Amarillo. Todo amarillo, hasta el pelo entrecano se ha puesto amarillo, como si lo supiera desde hace tiempo. El capitán acaba de llegar donde la asisten a Lucía. Tiene la cara y el pelo amarillos mientras imparte órdenes que cualquiera podría impartir, mientras observa cómo el médico trabaja sobre su hija, mientras le dice palabras de consuelo, sencillas, cotidianas, como si nada pasara. El capitán habla con un tono neutro y un mechón de su pelo entrecano cae amarillado sobre la frente, como si todo él estuviera enfermo del polvo del río, del olor del río, y del lodo, del bochorno de la siesta, de los mosquitos y la transpiración.

No es tiempo de preguntarse nada, aunque todas las preguntas están allí, detrás del gesto doméstico, de las palabras sencillas. Detrás de lo que el capitán le dice a Lucía Montes, están todas las preguntas y dos palabras. Simplemente dos palabras hermanas del mismo apellido; una hierática y gris, la otra rechoncha y boba. Detrás de las palabras neutras de Montes están las dos hermanas del mismo apellido: soledad y vanidad.

Pero Montes continúa con lo que hay que hacer. Lo que hay que hacer: aliviar a su hija. Montes no pierde la calma. Está desesperado.

Guadalupe presta atención al modo de hablar del capitán y más que nada al silencio de alrededor. Guadalupe percibe cómo todos, alrededor de la herida, frente a su casa, hacen silencio ante las palabras del capitán. Ese modo contenido del hombre que vela una desesperación que no es nueva. Que estuvo siempre

allí, al acecho y que ni siquiera ahora termina de aflorar. Un tormento viejo, de color amarillo en la piel y el pelo enfermos del capitán. Un sentimiento que emana del capitán, y que obliga al silencio de todos, porque no hay nada que hacer más que esperar, como se espera la catástrofe, con toda seriedad.

El capitán, cetrino, no termina de inclinarse sobre Lucía Montes. Le habla desde arriba, reflexionando con su voz que chilla debajo del tono cuidado. Le habla, y hay algo que apenas puede resistir, apenas y fugazmente. Lo que el capitán Montes casi no puede resistir es enfrentar la mirada de su hija. No porque le tema a ella, sino por lo que ese encuentro revela, por lo que da a luz.

Ese encuentro, efímero e insoportable, manifiesta exactamente lo contrario; la plena conciencia de la separación, de la pérdida, y de esas dos hermanas que tanto él como su hija han repudiado, sabiendo que son la enfermedad del hombre. El mismo mal que deja amarillo al capitán, y el sabor del desprecio en su hija.

...

Eso es: desprecio. Porque a través de ella misma suceden estas cosas. El dolor inevitable que le causa a su padre. Es ella la que lo ha privado de su mano izquierda, ella la que ha copulado con un indio, el indio que está adentro de ella. Desprecio, porque enamoró a un chico que, a la postre, la ha salvado.

Todo parece haber ocurrido a través de ella. Ella ha enamorado al muchacho y ha conseguido darle fin a una historia extraña, ajena, que vino desde otra realidad y que se metió por accidente dentro de la que debería haberle correspondido: esta realidad donde, también y de otra manera, todo es difuso, todo provisional.

Lucía Montes compara. Tiene la suficiente frialdad para comparar, para someterse al juicio de la razón, tan manca como ella, tan débil. Sí, débil como para no impedir lo que ella hizo con el indio, lo que hicieron juntos. La razón subyugada por la fuerza del deseo, de ese ahora que no piensa, de ese turbión que ha de llevar inexorablemente al dolor.

Lucía Montes hace el ejercicio de comparar. Quizás por dar alivio a su sufrimiento, quizás porque busca una justificación a lo que ha pasado. Y la justificación es la ignorancia.

No saber.

Eso que mueve al hombre. Que lo mueve a tientas, que juega con él, que lo hace andar buscando. Y decidiendo, aunque cualquier decisión sea apenas provisoria. Precaria como todo en el pueblo, y en el día a día.



Lucía Montes compara.

Evoca al indio. Imagina su día a día, su disposición a esperar sin esperar. Su mínimo trabajo para obtener el sustento.

Imagina sus largas horas frente al silencio, frente al río indiferente, apático y feroz como un lagarto, frente al aire que se mezclaría con su cuerpo, como si todas las cosas fueran meras expresiones de un mismo material.

Rememora al indio nadando; ese nado, mitad juego, mitad acecho, y la observación. Eso, la observación, ese disponerse a aprehender, a entender sin clasificar, o quizás clasificando menos.

Lucía Montes contrapone la imagen de su padre. Y la vida del pueblo, que es como una extensión de su padre, una extensión de la colonia, de España.

Y como dijo Villanueva, se trata de prever, de tener el establo lleno de víveres y herramientas, de prevenir las necesidades del cuerpo y el espíritu. Para eso están el huerto y los animales, y los mosquetes y el hacha. El hacha con que ella invitó al indio a que previera. A que acumulara, a que se preparara para la escasez. El hacha que el indio usó con habilidad. Esa que el indio usó para salvarle a vida. Y la que terminó matándolo a él.

Está el cura, para las cuestiones del espíritu. Qué tan divididos tendría el indio su espíritu y su cuerpo. Poco.

Qué tan divididos los tendría Bernardo, enamorado y esclavo del deseo, instruido por el cura en cuestiones de cuerpo y alma, y por su padre en cuestiones de matar y proteger.

Y, sin embargo, todo parece fracasar. Lo uno y lo otro. El indio y su padre. El indio y ella.

Fracasar. Sobre el fracaso ha de constituirse la vida. Un hombre, un animal de primera clase muerto, correctamente muerto. Su mano izquierda, la del puñal y la pluma, la de arreglarse el pelo, muerta como el indio, esa misma mano izquierda que no era solo suya, que también era de su padre, la mano izquierda que ella le ha hecho perder a su padre.

Sí, sobre el fracaso ha de constituirse la vida, y aquí está la prueba, piensa Lucía Montes. Adentro mío.

Mitad indio y mitad español, o mitad india y mitad española. Genuino y postizo, auténtico y falso a la vez.

Adentro mío, alguien que debe comenzar con una tradición que no tiene. Alguien que tendrá que elaborarse nuevas referencias, nuevos dioses. Alguien, tal vez una niña, con una guerra interna entre mi crianza y su sangre compartida. Su sangre, donde también nada un indio sin sacar sus brazos del agua, donde hay un indio que come carne cruda y vive bajo un cobertizo hecho de maleza.

He de criarla, eso mismo, darle mis dioses y mis frustraciones y los de mi padre doloroso y enamorado.

Hemos de mentirnos una condición que este niño que llevo adentro no tiene. Pero está bien, porque soy la madre, y él está dentro de mí, y seré yo quien se ocupe de él, solo yo.

No será como Bernardo, condenado a reconocerse en los ojos de aquel al que le dio muerte. La niña o el niño llegará vacío o vacío, obligado a hacerse, a buscar lo que ella y el indio no tuvieron que hacer nunca, porque ya lo tenían: una tradición. Tal vez tenga más libertad. Y más incertidumbre. La incertidumbre de hacerse cargo de sí mismo, las vacilaciones, el miedo de tener que decidir solo, con sí mismo como única referencia.

Bernardo no nació vacío, Bernardo nació destinado al engaño. Al peor de los engaños, aquel que se viste con la buena intención. La intención de enseñarle, de educarlo, de querer convertirlo en lo que no es, un cristiano hecho y derecho, un español adoptivo, esa idea imposible. Imposible en esta tierra donde cambia todo, hasta los mismos españoles que llegan. Imposible donde, por culpa de las ganas de prever, de progresar, ellos, los españoles, trajeron más herramientas, más sangre y dolor, más incertidumbre, hasta lanzar un caos donde la tierra empieza a manifestarse. La misma tierra que se ocupó del indio hasta el día que cesó su trabajo con un estampido y un plomo perfectamente circular que le entró en el pecho de manos de uno como él, de manos de Bernardo, otro indio, pero engañado.

Y Bernardo quizás entrevió el engaño en la mirada de aquel al que mataba, la mirada de otro indio, la que él mismo debe llevar, que debería llevar.

Bernardo ahora lo piensa en la soledad de su claustro, donde no hay más lugar para el amor por Lucía Montes, ni para el

placer de imaginarla desnuda y enorme. Hay lugar para la marca indeleble de unos ojos que entendieron, que mientras morían parecían querer decírselo: ¿te das cuenta de que eres como yo?, ¿te das cuenta de que queremos lo mismo?

Bernardo ya no quiere a Lucía Montes, porque ella no es la misma desde que lo miró con la mayor de las lejanías, con el desprecio mudo, con la convicción de que él era un imbécil, y que nunca lo sabría.

Bernardo se dio cuenta de que Lucía Montes no era la mujer sonriente y prendada de él, era en realidad una mujer manca que ahora odia.

...

Los hábitos nuevos para los nuevos fracasos.

Lucía Montes zarpó por eso.

Ella zarpó en un barco con otras mujeres y su alma jamás festejó lo que festejaban sus compañeras, porque su alma, como la de su padre, sabía de qué se trataba.

Y vuelve a sentir desprecio, en la penumbra del dormitorio.

Este es, quizás, el peor de los desprecios, aquel que no tiene destinatario. Es decir, el desprecio por estar, por ser, el desprecio por uno mismo. Ese que se ha transformado en una irreparable mano ausente, y en un hijo que va a crecer en su seno. El vientre que solo ha conocido un indio.

...



Edgardo de Villanueva no es un hombre diferente. Apenas deja de sonreír unos instantes.

Edgardo de Villanueva es el hombre que conozco, se dice Lucía Montes mientras conversan en el salón sentados a la mesa grande, de madera clara y vetas largas. La misma mesa donde su padre escribió la carta al marinero, y no escribió la carta a la mujer de pelo luminoso y fragante.

Villanueva ha entrado para encontrar a otra mujer, sentada y contemplando la pared en silencio. Y así, en silencio, se ha acercado a ella.

Es la primera vez. Ni siquiera cuando ha tenido que arriar los bueyes su ademán ha sido tan grave. Pero también, tan lleno de naturalidad. A Villanueva no le hace falta disponerse a compartir el dolor, lo comparte. Y se ha acercado en silencio a la mujer en la que adivina la marca que el dolor ha dejado en su boca. La misma que alguna vez supo sonreír insinuante. Y también explotar en una carcajada.

Se ha acercado y se ha sentado junto a Lucía, que deja su brazo izquierdo arriba de la mesa. Ni siquiera eso, la evidencia de lo que ocurre ahora ha quitado, en la expresión de Villanueva, su gesto de grave placidez.

Durante unos instantes no se han dicho nada. Villanueva ha esperado.

Ella retira su vista del muro y se vuelve hacia él.

Es media mañana y la temperatura ha bajado mucho. La canícula se ha retirado de golpe después de dos días agobiantes, con una lluvia corta y generosa. Lucía Montes se da cuenta de que la sonrisa de Villanueva es necesaria. Se da cuenta de que la sonrisa de Villanueva no se equivoca.

Lucía Montes enarca sus labios delgados y baja un poco los párpados, pero sin dejar de mirar a Villanueva, desde allí, desde abajo. Sabe que va a provocar lo que necesita: al Villanueva de siempre.

Cuánto ha bajado la temperatura, ¿ha visto, Don Edgardo?

Sí, mucho. Y el aire es otro, ¿le agrada?

Claro, ¿a qué le recuerda?

Al de España, en abril.

Exacto. ¿Y cuál es la diferencia?

Pues, no lo sé.

Piense, Don Edgardo. Son dos diferencias.

Tal vez algo más húmedo.

Yo lo siento bastante seco.

Sí, quizás porque es natural compararlo con el aire de ayer y anteayer. Parecía que llegaba una tempestad. Y no ha pasado nada, apenas una lluvia tranquila y gorda.

El aire es diferente, y no es solo un problema de humedad.

¿Qué es, Doña Lucía?

Lucía Montes fija sus ojos sobre Villanueva, como para hacerlo reflexionar. Villanueva sigue sonriendo, como si ya hubiese comprendido.

¿Cómo está, Doña Lucía?

Mejorando, ya ve.

Sí, ha mejorado rapidísimo.

Soy una mujer fuerte.

Villanueva no responde, se limita a estar allí, a compartir el tiempo.

Villanueva no es un hombre diferente, se dice Lucía Montes. Todos los hombres del pueblo, los viejos y los jóvenes, salvo él, han pasado a ser eso: hombres diferentes. Hombres que no saben bien cómo conducirse frente a ella. Hombres que se presentan porque es su deber. Una cuestión de humanidad y buena

educación. Y otros, los menos, han preferido no venir, tal vez en la torva sordina de la sospecha, o de la certeza de su encuentro con el indio, apenas algo más que un animal. Todos esos hombres y mujeres, van con el talante de la alarma en su silencio adusto.

Lo cierto es que todos han cambiado, más que ella misma.

No Villanueva, que, sin embargo, ahora se mantiene expectante y deja que la conversación haga su juego, como si tuviera voluntad propia.

¿Cómo anda su amiga, Don Edgardo?

¿Me pregunta por Guadalupe?

Claro, hombre, ¿por quién más?

Bien.

Me imagino. Y usted, ¿cómo está?

Bien.

¿Sigue todo igual?

¿A qué se refiere?

A su estado, bueno, sus votos, usted me entiende.

Villanueva aumenta la curva de su boca y aparecen dos abanicos de pliegues en las comisuras de los ojos.

Tal vez tenga que volverme a España.

¿Por qué habría de hacerlo?

Tengo que ver a mi padre.

Lucía Montes adelanta su cabeza hacia él con ojos elocuentes.

¿Es por eso, Don Edgardo?

En verdad no lo sé. Pero yo no he venido a quedarme, he venido, como tantos, a ver lo que pasaba por aquí. Y a probar fortuna.

¿Y qué me dice al respecto?

Pues que estoy pensando en regresar. Necesito saber cuál es mi sitio y debo estar de nuevo en España.

Si se va, quizás no nos veamos nunca más.

Eso, se lo aseguro, no me gustaría nada, Lucía.

¿De veras?

Usted es mi amiga, pero siento que debo regresar, que soy de allá.

¿Y vuelve para renovar sus votos?, pregunta sonriente Lucía Montes. ¿O ya es tarde para eso? Además, ¿qué va a decir Guadalupe? ¿Y yo, acaso, no le gusto, Edgardo?



Lucía Montes no le permite una respuesta.  
Bueno, a ver. ¿Ya se ha dado cuenta qué es lo que hace a este  
aire diferente al nuestro de  
España?

Lucía Montes y Edgardo de Villanueva se ven oscuros en el contraluz de la ventana, abierta de par en par a fin de que la nueva frescura impregne toda la casa. Están allí, sentados, uno junto al otro, acompañándose en la mitad de la mañana, cuando todo el pueblo se aboca a sus quehaceres.

Él está impecablemente vestido, lleva una holgada camisa blanca de amplias mangas y un lazo en el cuello. Ha suplantado los greguescos por un amplio calzón negro que hace juego con las botas del color marrón de las hojas secas.

Ha dejado su pelo libre. Es la primera vez.

Lucía Montes no había imaginado en qué situación iría a ver el cabello libre de este hombre. Mucho menos habría podido imaginar que en una como esta. El cabello es, en verdad muy largo, y de ondas amplias. Forma una mata pesada que cae sobre los hombros y buena parte de la espalda, dándole un aspecto extraño y noble a la cabeza. Parece más joven, piensa Lucía Montes. Un muchachito, un noble muchachito destinado a disfrutar de las riquezas que le corresponden por derecho.

Villanueva calla y ha recuperado el gesto sonriente. Es bien capaz de quedarse en esa actitud todo el tiempo que haga falta.

Lucía Montes piensa que tal vez sea aún virgen y no ve qué importancia pueda tener. Sin embargo, la tiene. Todo cambia radicalmente cuando se pierde esa condición. Es tan importante como lo sugería su tía pacata, pero por motivos que ella ni siquiera soñaba, o quizás sí.

Lucía Montes se queda contemplando la mirada brillante de Edgardo de Villanueva que extiende sus brazos y toma la mano derecha de ella con su mano izquierda, y cubre el vendaje con su mano derecha. Lucía Montes acentúa la fuerza de su mirada. Villanueva sigue igual, como esperando.

Son amigos. Ella sabe que no podrán ser otra cosa, y no quiere otra cosa.

No alcanzo a saber. Dígame usted, dice Villanueva al cabo, continuando una conversación que parecía agotada.

Lucía Montes reflexiona para retomar el hilo. Después comienza a esbozar las líneas de una de sus sonrisas más sugerentes. La más enigmática y amoral.

En primer lugar, y como usted lo sugiriera, este aire nos agrada más que lo usual porque al anterior, con el calor, el bochorno y la lluvia loca... se le fue la mano.

Villanueva renueva el gesto con el que entrara al salón.

Y, en segundo, no sé si también es su caso porque ha sido muy inteligente y no me ha respondido y ya no estoy segura de que quiera saberlo. En segundo lugar, digo, mi estado, y eso es un hecho, mi estado no es el mismo que antes.

...



Lucía Montes ha empuñado el hacha. Se ve extraña con la herramienta en su mano derecha, mientras el brazo izquierdo descansa extendido hacia abajo, con una leve flexión en el codo, como si aún dejara lugar para continuarse en una mano que ya no está.

Hay poca luz. Ella prefiere la penumbra durante casi todo el día y aún no ha salido, salvo para asomarse a la puerta en compañía de Francisca. Es con ella con quien mejor se siente. Porque Francisca parece haberlo sabido desde un principio y, sin embargo, se mantuvo en silencio, haciendo, a lo sumo, alguna advertencia mínima.

Lucía Montes prefiere la penumbra, no porque no quiera que la vean manca, sino porque es ella la que no quiere verse en los espejos que hay en cada habitación.

Por qué tantos espejos, se ha preguntado indignada. Por qué su padre ha insistido en ese detalle de lujo cuando apenas hay la posibilidad de vestirse y maquillarse para ir a misa, o para algún pequeño festejo, en donde todo el mundo trata de ocultar una melancolía tan segura como la tierra plana.

Lucía Montes, en la penumbra y alejada del espejo de su cuarto, contempla el hacha pequeña, de cabo lustroso por el uso, y de hoja que aún no ha perdido el filo. La hoja de metal sigue perfectamente encastrada en el cabo y ella advierte que la herramienta parece pesar mucho al sostenerla con su única mano.

Camina hasta su lecho y la apoya en la pequeña mesa en la que siempre estuvo desde que ella, con un grito y con los ojos trastornados por la furia, ordenó que se la trajesen.

Se sienta en el borde de la cama y la contempla. Piensa en las manos que la han empuñado, en las voluntades que trabajaron sobre ella y confluyeron para transformarla en lo que es ahora, un objeto retirado, un testimonio.

Lucía Montes piensa en el cabo lustroso deslizándose dentro de la palma del indio, piensa en cuánto de lo que es el hacha se lo debe a ese indio. Cuánto del indio hay en el hacha. Tal vez esté todo el indio en esa hacha.

Ella sabe que él aún está allí y no dejará que la hagan desparecer como quiere su padre, que solo puede relacionarla con la mutilación de su hija y con un ser impuro con el que ella tuvo intimidad.

Lucía Montes piensa cuál ha sido el significado del hacha en su vida, qué fue lo que la motivó a descolgarla del establo, a esa, la de la izquierda, y no otra. Qué fue lo que la impulsó a llevársela al indio para que pudiese hacerse de leña con más facilidad, y para que pudiese hacer el montículo que una pobre bestia mortal eligió como refugio y escondite. Y para que esa bestia cometiese el error de defenderse de alguien que jamás la atacaría.

Un error. De nuevo el error.

O tal vez no, tal vez el simple juego de la vida y de la muerte.

Sin embargo, no es así, porque ella ha vertido lágrimas, ella no quiso que pasara lo que pasó. Ella ha perdido su mano y ha causado lo que nadie procura: dolor.

Otra vez su mente se fija en el indio.

Inocente, se dice.

El hombre era inocente, y no por ausencia de culpa, sino por ingenuidad. Por una ingenuidad salvaje, como la del animal, que lo llevó a comer de su comida, a copular con ella, a jugar. Tal vez a esperarla.

Lucía Montes, con lágrimas en los ojos, quisiera inquirirle al hacha si él la esperaba o si era lo mismo que ella fuese o no. Si alguna vez ese hombre reflexionó acerca de ella, si pensó si ella era buena o mala, si la comparó con otras mujeres, si la encontraba más o menos bella, y si sabía lo que iba a pasar.

Lucía Montes no quiere equivocarse de nuevo. Conservará el hacha para que le responda las preguntas que aún le quedan, y que todavía no sabe.

El hacha le dice que sí, que él la esperaba, que para él ella era importante y que por eso se atrevió a usarla contra ella.

¡No!, grita en rabioso silencio Lucía Montes. No, el indio no la utilizó contra ella, la utilizó para salvarla de una muerte segura, y probablemente horrible. Fue ella misma quien se la llevó desde el establo, para que la salvase, y para que él muriese en manos de otro indio que ella misma transformó en imbécil.

Lucía Montes sabe que en el hacha está el indio y está ella, quizás tanto como en ese ser que se va creciendo dentro de su vientre manco.

La contempla sobre la mesilla y le parece que la madera del cabo relumbrara, como si tuviera un halo donde juegan las manos, los hombres que la empuñaron. Allí también está su mano, pequeña y segura. Su placer de empuñarla, casi tanto como a la daga. Allí está su poder, el poder que le daba su mano izquierda.

Lucía Montes toma el hacha y se lleva el cabo a la nariz. Lo huele cuan largo es. Ya lo ha intentado otras veces.

No puede evitar un estremecimiento, una náusea. Allí, detrás de ese olor parecido al pan, siente el otro, acre y picante, que estaba adherido a la piel lustrosa del indio.

Se frota la mejilla con el cabo del hacha, y recoge lo poco que queda de aquel que ella eligió para que se le metiese adentro, para que la dejara preñada, y para que la aferrara a una tierra de la que jamás volverá a salir.

...



Sopla el viento del suroeste, ese viento fresco que llega desde la tierra abierta, de la lejanía desconocida. En el pueblo ya saben que trae buen tiempo, y a veces frío, pero aquí ya llega el verano, o eso parece. La costa se ve límpida, tanto hacia el norte como hacia el sur, pero el río está bravo, como si por primera vez quisiera decir algo.

Suben y bajan olas grandes como las del mar y el viento las riza, haciendo refulgir las gotas que vuelven a estrellarse en la masa parda. Parece que la corriente se hubiera intensificado y que el río fuera a crecer. Pero el río está en el mismo nivel de los últimos días.

No se ven camalotes. No se ve absolutamente nada en su superficie, ni siquiera pájaros volando por encima de él, como si su rabia espantase todo lo que pudiera acercarse.

Y, sin embargo, no ruge. O no puede. Tal vez sea esa su rabia, la incapacidad de rugir como el mar, y por eso se sacude tanto. Ni siquiera se escucha al viento, es extraño porque es claro que sopla, se lo ve en los pocos árboles, en los pastos. Tampoco hay polvo. La lluvia lo ha pegado al suelo, y la atmósfera está límpida, tanto como en Sevilla cuando empieza mayo, más aún. La atmósfera está perfectamente limpia y barrida por ráfagas enérgicas y duraderas, como la misma llanura.

Las dos mujeres contemplan el agua y las islas enfrente. Sus figuras cortan la línea de la barranca, y sus vestidos se pegan a sus espaldas y flamean por delante con el empuje del viento. Ambas han adelantado un pie para sostenerse mejor.



Es una imagen que lo dice todo, piensa el capitán Montes al observarlas desde lejos, detrás de su casa a donde ha llegado en busca de su hija.

Una imagen que nadie va a registrar por falta de pintores, y porque ni aún el mejor ingenio puede concebir un cuadro así: dos mujeres recortando el cielo contra el infinito, contra la vastedad honda del horizonte vacío. Dos mujeres hechas estandarte de un lugar lejano y presente cada día. Haría falta un gran artista, tal vez el griego loco de Toledo, que viajó tanto desde su isla, que conoció Venecia, como yo, para transmitir esta imagen que lo dice todo.

Dos mujeres como banderas, frente al río que Montes no ve, y que puede imaginar perfectamente porque, antes que nadie, pasó largas horas contemplándolo para saber qué podía depararles, qué leyes lo regían. Miró y miró, y nunca pudo sospechar que ese río amargo podría traer víboras.

Allí están las mujeres, contra el cielo. Son ellas las que domestican la tierra y no los hombres, piensa Montes. Los hombres les quitamos la ropa a la tierra, la encontramos donde quiera que esté, pero son ellas las que la amansan con su paciencia y sus vientres, con su infinita capacidad de quedarse. Es esa pequeñez femenina, ese gesto mínimo repetido infinitamente que acomoda las cosas, que establece el lugar. Las mujeres son las banderas de España en estos países, banderas que habrán de cambiar de color, y que harán que cambiemos la tierra.

Allí están su Lucía y Francisca, posando para un pintor que no vino ni vendrá, diciendo lo que pasa en el lugar, diciéndoselo a Dios, si es que tiene ojos y se acuerda de mirar.

Lucía se vuelve hacia Francisca, que espera atenta como para escucharla.

Francisca.

Dígame, señorita.

Me gustaría seguir río abajo, y quisiera que me acompañaras.

Francisca no responde. Trata de comprender si eso puede hacerle bien a la muchacha, y duda.

Claro, Francisca, quiero ir hasta allí y necesito que me acompañes.

Como usted quiera, pero, ¿no va a hacerle daño, señorita?

Quiero ir Francisca, y charlar contigo.

Está bien, señorita.

¿Has visto? Aquí va a empezar el verano. Los árboles han florecido y ya comienzan a crecer los frutos.

Pues sí.

Y en España ahora llega el invierno, estamos en diciembre, debe hacer bastante frío allí. ¿Tè das cuenta?

Es verdad, es tiempo de invierno y aquí está llegando el verano, ¿cómo puede ser?

Y porque este es el culo del mundo, Francisca. Normalmente lo que pasa en la cabeza es lo contrario a lo que pasa en el culo.

Y sí, señorita, aunque a veces es mejor lo que pasa en el culo.

La vieja carcajada de Lucía Montes se deshace en el viento.

Sin embargo, una sombra se posa en su rostro.

Voy a tener el niño, Francisca.

Por supuesto, señorita, qué otra cosa podría hacer.

Podría hacer muchas cosas, Francisca, pero lo voy a tener, y creo que lo criaré.

No la entiendo, señorita.

No me siento bien, Francisca, a veces tengo asco por lo que llevo adentro. No me malinterpretes, no es porque sea hijo de un indio. Tengo asco de tener esa cosa dentro, lo sentiría cualquiera que fuese el padre. ¿A ti no te ha pasado?

No sé, yo estaba embarazada y sabía que iba a tener un hijo, y fue una hija.

Pues yo lo pienso. Es decir, siempre he pensado que era asqueroso gestar a alguien.

No la entiendo, cómo dice eso, señorita.

Eso, me daba asco pensarlo, eso de llevar a alguien creciendo dentro del cuerpo. Y ahora también, pero mucho menos. He cambiado.

Pues claro, todas cambiamos cuando estamos encintas.

Y lo voy a tener.

Pero, señorita, no la entiendo, ¿qué otra cosa habría de hacer?

Ya te he dicho que muchas cosas, pero déjalo ahí. Lo que ha empezado a preocuparme es cómo he de criarlo.

Pues como su hijo, qué más.

A eso voy, ¿cómo lo criarías tú, como un español, como un cristiano?

Pero claro, de qué otra manera se puede criarlo.

Tal vez tengas razón y no haya otra manera de criarlo. Pero tiene un padre que no es ni una cosa ni la otra.

Pues bueno, ha quedado usted. ¿Y qué sabe usted de criarlo de otra manera?

¿Tú crees que él se sentirá alguna vez español y cristiano como tú y yo?

No lo sé. Supongo que hará lo que dice su madre y ha de confiar en ella.

Entonces, si he de merecer su confianza tendré que decirle la verdad.

Es su hijo, y con eso es suficiente.

¿Tú crees? Ese hijo mío será la comidilla de todos, especialmente las mujeres. Porque no es lo mismo que un hombre le haga un hijo mestizo a una india que al revés, como en mi caso. Aquí es un indio el que le ha hecho un hijo a una mujer española, a una hidalga.

Pues es su hijo y se terminó. Búsquele un padre.

No es eso a lo que voy. Quisiera saber cómo será para él o ella, pobre niña. Yo soy la responsable. Piensa en Bernardo, ¿has pensado en cómo ha de sentirse? ¿Cómo se sentirá ahora que ha matado uno de su propia raza?

Es muy difícil entenderlo, señorita.

Si es muy difícil. Imagina que, si es así de difícil para nosotros, cómo ha de serlo para alguien que tiene que vivir eso en carne propia.

No lo sé, señorita, haga lo mejor que pueda.

Más o menos y adelante, dijo mi padre.

Eso mismo, señorita.

Todo es así en esta tierra. Todo así, siempre.

Lucía Montes se suelta el pelo y deja que el viento la despeine y haga flamear su cabellera rojiza hacia el río. Francisca le advierte que perderá completamente el peinado y que su cabello se ensuciará. Lucía Montes sonrío con su sonrisa íntima, la que ejecuta para ella sola.

Siempre me ha gustado despeinarme y no me ha preocupado la mugre, dice levantando la mirada.

Las dos mujeres siguen río abajo entre las rachas de viento. Avanzan en silencio, diseñando su día igual que si se tratara de un tejido. Un tejido mucho más difícil porque nunca se sabe la prenda que se está confeccionando, pero ellas quizás estén hechas a eso, a comenzar a tejer cada mañana la misma prenda.

Caminan en silencio, un silencio elocuente y compañero, por lo que las espera. No hay nada que hacer más que caminar juntas hacia el sitio donde ocurrieron las cosas, todas las cosas.

Francisca sabe que cualquier palabra sería una palabra hueca, y que lo que tiene que hacer es compañía. Eso tan necesario e imperioso como la comida misma.

Lucía Montes va en su mundo, y puede estar en él porque viene Francisca. Sería imposible si fuese sola.

Caminan despacio y acompasadamente. Francisca toma el brazo izquierdo de Lucía Montes. La muchacha lo flexiona aceptando el amor de la mujer que siempre recordará como cantarina y sonriente.

Es la primera vez en su vida que lo hace. No recuerda haber ido con nadie del brazo. Lo seguro es que jamás utilizó para tomarse un brazo sin mano. Pero no importa, no es tan diferente, se dice.

Van siguiendo la línea de la barranca, y si Montes las viera, probablemente seguiría pensando en tierras domesticadas y en pintores.

Por fin llegan hasta donde acampaba el indio. Lucía Montes se detiene y no puede reprimir un temblor. Aún queda leña acumulada que nadie se ha preocupado en llevar. Más lejos está la cruz de palo que ha de durar apenas más que el encuentro entre el indio y la mujer, y la tierra removida donde han dispuesto troncos, para que los animales no escarben.

Lucía Montes tiembla cada vez más y Francisca la toma entre los brazos. Lucía Montes no oculta el rostro en el seno de Francisca, mira por encima de su hombro el lugar donde conoció a ese hombre, apenas algo de ese hombre: la costa del río, la desbaratada pila de leña, la tierra donde copuló y la tumba donde aún está él.

No deja de temblar, pero se da valor para no soltar un chillido cuando piensa que el hombre está ahí, bajo la tierra, a metros de ellas. Allí está él, del que trata de retener la última mirada, la mirada hueca y mansa de cuando había terminado de salvarla.

Allí está, con los ojos cerrados mirando para adentro y para siempre.

Lucía Montes se separa de Francisca, baja finalmente el rostro, se dobla y comienza a sollozar como no lo había hecho nunca en su vida. Francisca tiende su mano para acariciar la melena desordenada de la muchacha.

No pasa mucho tiempo, apenas más de un minuto, y Lucía Montes comienza a apagar sus sollozos.

Aún se atreve a acercarse sola a la tumba del indio que nunca supo qué era ser enterrado como un cristiano. Se atreve a contemplar el lugar desde tan cerca.

Sufre de nuevo el espasmo de la desesperación, pero lo reprime inspirando hondamente. Después, como habiendo salido de sí, se vuelve hacia donde la espera Francisca.

Las dos mujeres comienzan a desandar el camino. Lucía Montes ahora percibe al viento como un enemigo porque sus fuerzas han mermado, pero Francisca está con ella.

A poco, la mujer se da cuenta de que la respiración de Lucía Montes se ha quietado.

¿Cómo se siente, señorita?

Mejor Francisca, tenía que hacerlo, ¿lo entiendes?

Creo que sí.

Me pregunto cómo deberé criar este hijo que voy a tener.

Ya lo sabrá, señorita, no se preocupe.

Me refiero a qué debo hacer con la historia, con lo que pasó con su padre.

Tal vez no tenga que decirle nada de eso.

Dime, Francisca.

Diga, señorita.

¿Le gustaría saber a un hijo, o a una hija, que su padre, un indio, salvó la vida de su madre?

...

¿Cómo se encuentra, señorita?

Lucía Montes fija los ojos en el hombre.

Su mirada alberga la furia y la convicción de un perro que acecha. Lucía Montes no se arrepiente de nada. Sabe que no es fruto del azar lo que ha ocurrido. Pero también sabe que no podía hacer otra cosa. Para eso salió de Sevilla. Por eso se alejó de los malvones y las tardes largas y candentes. Y no se arrepiente de haberse ido, de estar allí donde está, en el mismo salón donde su padre escribe, donde últimamente ha tenido que pasar mucho tiempo entrenando su mano derecha. Donde ha tenido que observar el extremo romo de su brazo que parece mendigar lo que ya no tiene, su mano izquierda. Por eso, trata de contemplarlo, para superar la aprensión que le causa, para hacerse cargo de su invalidez, de su falta.

Y enfurece en silencio. Ha tomado el estilete y ha ensayado con la mano derecha. Se ve normal y se da cuenta, como si siempre hubiera sido esa la mano que se ocupaba de la faena. Esconde su brazo izquierdo detrás del talle y ataca el aire con el estilete. Le parece fácil. Le parece que hacerlo rápido es simple. Pero sabe que será distinto cuando tenga que hendirlo, cuando sienta la resistencia de la carne del otro lado. Se pregunta si su muñeca tendrá la suficiente firmeza. Lucía Montes ensaya un ataque con el estilete, de pie y solitaria, en el gran salón sombrío.

Allí está completa, se dice, allí en la oscuridad, con su brazo izquierdo detrás, sola. Allí está ella, aprendiendo otra vez,

abordando un camino nuevo y dejando otro que no ha de retomar nunca. Allí está, ensayando una estocada con el puñal en la mano derecha. Al final he tenido que enderezarme, como todos, ahora soy diestra, se dice soltando una sonrisa realzada por la furia.

Y conserva esa mirada. La de un perro que acecha al posible intruso, reteniendo apenas la acción, listo para el ataque.

Tal vez mi presencia no le es grata.

Demasiado pronto. Parece que todo se ha precipitado. Todo quiere seguir el ritmo desencadenado de lo que pasa dentro de su vientre. Todo parece precipitarse como el agua de las cataratas monstruosas que dicen que llegan desde el norte, donde hay indios, otros indios que matan, salvajes, menos humanos.

¿De dónde habría venido él? ¿De qué tierras, de qué bosques? De allí no, porque él era humano, muy humano. El aprendió, mejor que nadie, lo que había que hacer con el hacha. Él fue el único capaz de hacer lo que debía, de salvarla. De salvarse él mismo, también, de morir de la mejor manera, con la mejor dignidad, y de dejar su semilla que seguirá girando dentro de almas y cuerpos hasta trescientos, cuatrocientos años después, y más aún.

Lucía Montes conserva el hacha que descolgó con su mano izquierda, que le sirvió para “enderezarse”.

El hacha que tuvo que llevarle al hombre para que las cosas fueran como debían. Y no está triste, está furiosa, porque ella no ha decidido nada. Ella no ha podido determinar qué está bien o está mal, quiénes son animales o no. Y, además, ha lastimado a su padre. Siente que debería sosegarse, que debería aceptar, tal vez como Don Edgardo, que nunca cambió su trato, y que no dejó de sonreírle.

Eso es, debería sosegar me, se dice Lucía Montes que está en el salón sombrío donde su padre escribe siempre, y donde también se come, ella con su mano derecha, como corresponde.

Pero deja que la rabia rebose.

Lucía Montes se incorpora de un salto con el puñal que aprieta desde hace media hora y que le ha puesto rígida la mano.

La cólera la levanta y ensaya estocadas al aire de la penumbra. Está bien, está bien, se repite mientras deja que la brizna de ira quede agazapada detrás de su pensamiento.

Tal vez mi presencia no le es grata.

Habría que ver a quién le es grata. Habría que ver si para don Edgardo lo es. O para su padre, que finalmente ha recibido una carta. Una carta escueta, compuesta por palabras de amor, claras, definitivas, anhelantes.

Y con una prohibición.

Una prohibición muda que siempre está allí, y que ha aumentado el ansia por el perfume, por la seda de ese pelo rubio, y la voz grave, a mitad de camino entre la pasión y la ternura.

Una carta como las últimas, sin ninguna fecha, sin ninguna hora, apenas con un “más pronto de lo que crees”.

Un pronto que nunca lo es. Pero la expectativa alegre de que esa mujer esté, que de alguna manera siempre lo esperará, basta para acelerar el paso de Montes y para permitirle tomar las decisiones de la jornada con energía, por lo menos ahora. Tal vez por un tiempo. El tiempo que aquí, en la tierra donde todo se agiganta, está sujeto a eso: la distancia.

Hubo y hay que acostumbrarse a la distancia, al silencio mustio, a esperar y a tratar de hacer lo que hemos venido a hacer, ganar dinero, hacernos ricos, poderosos, y si se pudiera nobles, piensa Montes que, sin embargo, sabe de esas dos primas ominosas del mismo apellido, y de su protegido: el error.

Porque allí está Lucía, sola como nunca, condenada a sí misma. Y él, de alguna manera, lo vio desde que aquella niña se trepara por segunda o tercera vez a su regazo, desde que comenzara a tratarlo de tú, desde que desdeñara cuanto galán se le acercase.

Allí está Lucía, que tendrá que saber cómo arreglárselas con un hijo de indio adentro, con otro mestizo lanzado a esta tierra que hemos hollado para acristianarla y civilizarla, piensa Montes y vislumbra, como vislumbrara el destino de su hija, la revolución que han venido a traer, la sangre que empezó a correr, el desencuentro y la miseria propia de una riqueza que nadie sabe cómo manejar.



Tal vez mi presencia no le es grata.

Rodrigo Balbuena está allí de pie frente a la mujer sentada a la mesa grande, en la penumbra.

Llegó acompañando la carreta. También llegó porque se lo han pedido.

Rodrigo Balbuena pasó los meses en Buenos Aires, haciendo, quizás, lo que hace un marinero en tierra mientras espera zarpar de nuevo. Pasó su tiempo entre el adobe, entre las casas de ladrillos y tejas que no se parecen en nada a las de España, tan grandes y bajas. Allí, en la ciudad que no para de crecer entre mercaderías que llegan con los portugueses, y que valen menos de la mitad que las del Perú. Balbuena ya había visto esta gente extraña, tan mezclada y preocupada por el dinero, por el comercio venal, por el valor de los negros, por el contrabando. Gente que habla de cualquier tema con una solvencia que no tiene.

Balbuena no vino solo porque esté cansado de la ciudad que no para de crecer y de preocuparse por el ascenso a través del dinero. Porque esté cansado de gente de paso, de gente extraña y de que siempre estén demoliendo y rediseñando como si la ciudad nunca estuviera conforme con su estado, como si no tuviera la menor idea de lo que quiere.

No vino solo porque se lo haya pedido el capitán Montes. Ya sabía de él, sabía de su comportamiento, de su condición de soldado sin haberlo sido nunca, de su condición de señor alejado de su señorío, de hombre altivo y lejano.

Balbuena no vino solo por una daga que todavía siente en la garganta, como el resabio de una vieja enfermedad. No vino porque eso estuviera pendiente, porque lo estuviera desde cuando no quiso mirar mientras ella bajaba del barco, junto a las otras mujeres.

Balbuena vino porque Lucía Montes lo nombró una vez, dos veces, frente a su padre y él vio el gesto de su hija al decir su nombre, él sintió cómo la indiferencia y el desprecio cedían frente a lo incierto.

Montes anotó ese nombre en su mente y tomó una resolución apelando a lo que no habría apelado de no ser por esa mano perdida, y por un futuro de soledad.

De futuro se ha tratado siempre, del futuro de la colonia, del futuro de la fortuna familiar. De conquistar el futuro, esa estupidez supina, esa bestialidad que nos ha llevado a matar y morir, a tristes penurias, al maltrato incansable del cuerpo y el alma. Todo por conquistar el futuro, piensa el capitán Montes, que recuperó, pero de un modo reservado, esquivo, la misma luz de su hija en los ojos. El futuro tiene cara de esqueleto, se dice. Alarga los pasos camino del cobertizo, donde se guarda lo imprescindible para afrontar las necesidades del pueblo, donde cuelgan dos hachas compañeras de otra que no fue enterrada junto a un indio, como él hubiese querido, un hacha que yace sobre la mesa del dormitorio de su hija.

El capitán Montes camina con el paso firme y la actitud reconcentrada. No es alegría ni tristeza, es decisión. Decisión equidistante de cualquiera de esos sentimientos. Es la sensación de estar lanzado a lo que hay que hacer, es la seguridad inexorable de estar en medio del acto.

Y, sin embargo, vuelve a pensarlo.

Pero ahora sí. Ahora hay un futuro palpable, inmediato, evidente. Ahora importa el futuro de su Lucía, encerrada y áspera, piensa Montes mientras cruza la plazoleta con su paso despojado y ágil.

Tal vez mi presencia no le es grata.

Balbuena llegó con las carretas porque esa muchacha, enducida de golpe como el metal en el agua, lo nombró una, dos veces, frente a su padre, y no pudo olvidarlo ni despreciarlo.

Y no llegó porque esa misma mujer le hizo sentir desprecio por sí mismo, porque esa mujer no podía ser abrazada, salvo cuando ella quisiese.

Balbuena llegó porque Lucía Montes perdió su mano. La mano del estilete, la que desplegó la distancia entre él y ella, entre el deseo de él y el tiempo de ella.

Tal vez mi presencia no le es grata, dice Balbuena, frente a la mujer sentada a la mesa que lo acecha en la penumbra.

Hágamelo saber, señorita, porque si es así, me retiraré de inmediato.

Dígame por qué ha venido aquí. Por qué ha venido a verme.  
Porque quise, entre otras cosas.

¿Qué otras cosas?

Por pedido de su padre.

¿Qué más?

Porque usted es Lucía Montes y porque no creo que pueda hendirme la daga en la garganta de nuevo.

¿Por qué?

Porque no puede.

Un perro. Una perra. El instante en que muta el velo de la hostilidad por la mansedumbre, el instante de la comprensión. Un cambio que entonces se prolonga en un perro o una perra, y que suele durar un buen rato. Porque un perro o una perra están dispuestos, porque se quedan en el presente, porque piensan de otro modo.

Es un instante encendido que clausura las palabras en Lucía Montes. Un cambio fugaz, una mutación que hace una promesa, pero que, a la larga no se cumplirá, porque esa luz, no suele durar tanto en las personas.

Gracias por venir, dice ella. Tome asiento, Don Rodrigo.

Gracias.

No cuente con que no pueda usar el estilete. Eso, también, depende de usted.

Balbuena hace silencio. El silencio del hombre que sabe que no logrará mantener el ritmo de la conversación que la mujer propone.

El silencio que sabe del valor del silencio y la espera. Es cuestión de esperar porque en algún momento las cosas se acomodan. En el mar implacable, en los días sin viento, se aprende. Se aprende a colocar el pensamiento donde jamás los colocó Lucía Montes. Ella es demasiado inteligente. Peligrosa. No alcanza a comprender por qué ella dijo “también”.

Lucía Montes se da cuenta. Ve en el hombre la capacidad de espera, allí, detrás del dolor o el deseo trunco, ve en el hombre, que ha surcado tanto el mar como la enfermedad, la capacidad de permanecer quieto.

Lucía Montes inclina la frente y esboza su sonrisa archivada por mucho tiempo, la sonrisa de arco largo y ojos bajos que se retira a un lugar muelle y protegido de su intimidad.

Le gustaría quedarse en ese sentimiento, pero no es un perro o una perra que pueden. Allí, tal vez, pudiera quedarse, si no fuera manca, si no tuviera en el vientre el hijo de otro hombre.

Lucía Montes piensa en su mano perdida, en su brazo manco. Y lo levanta para apoyarlo encima de la mesa. Lo hace enseguida, apurando el trago.

Balbuena observa sin hablar, no ve para qué decir algo.

Allí está su antebrazo vendado, oculto bajo la manga ancha de su jubón. Allí está la mano ausente que le diluye la sonrisa, pero que, al final, no deviene en una sorda ira.

Deviene en el mismo silencio que ejerce Balbuena, un silencio que explora, que comprende, y que se abre a una posible tranquilidad, a una mañana.

Por qué me ha dicho “también”, Doña Lucía, por fin pregunta Balbuena.











